

○ San Andrés

Espacialidades del destierro y la re-existencia

○ Barranquilla

○ Lórica

Afrodescendientes desterrados en Medellín, Colombia

○ Turbo

○ Apartadó

Riosucio ○

Andrés García Sánchez
Autor

Bahía Solano ○

Medellín ○

Guatapé

○ San Carlos

○ San Luis

Quibdó ○

○ Bajo Baudó

Bogotá D.

Espacialidades del destierro y la re-existencia.

*Afrodescendientes desterrados en Medellín,
Colombia*

Trabajo de investigación para optar al título de
Magíster en Estudios Socioespaciales

(Primera cohorte)

Andrés García Sánchez
Autor

Vladimir Montoya Arango
Director

Maestría en Estudios Socioespaciales
Instituto de Estudios Regionales
INER

Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Junio de 2010

RESUMEN

Esta investigación aborda la producción de espacialidades por efecto del destierro de poblaciones afrodescendientes en Medellín, Colombia. En las *espacialidades del destierro* configuradas por el conflicto armado y las interrelaciones de poderes diferenciales entre el régimen del capital globalizado, actores armados, el Estado, la sociedad civil, los movimientos sociales, las víctimas de la guerra y los demás agentes sociales involucrados, se desenvuelven las vidas de los desterrados quienes son confinados y dominados en los espacios del desarraigo: *lugares de expulsión, albergues o refugios, asentamientos y nuevos barrios de reubicación urbana*. El destierro afrodescendiente en Colombia entendido como un proceso social, político y económico de dominación y control produce unas espacialidades concretas que afectan formas territoriales específicas producidas ancestralmente por las comunidades afrocolombianas, al tiempo que hace emerger nuevas condiciones territoriales que configuran a su vez la cotidianidad de los desterrados, sus culturas y formas de organización.

En los espacios del destierro también se dan acciones y discursos de resistencia por parte de los mismos desterrados, lo que pone en juego la dialéctica de la producción social del espacio, haciendo posible que los sujetos desterrados articulen distintas formas de organización para sobrevivir al interior de una sociedad que los discrimina y excluye, tanto por su condición de afrodescendientes como de desterrados. En los *contraespacios de la re-existencia afrodescendiente* se despliegan distintas prácticas y discursos para sobrevivir a la muerte, el olvido y la marginalización a través de la activación de las *memorias desterradas* y de una serie de *prácticas de re-existencia* que apelan a los conocimientos configurados en los territorios de origen y a la actualización de las identidades urbanas para producir nuevas subjetividades individuales y colectivas.

*A Janneth Martínez y su familia... donde quiera que se encuentren reconstruyendo sus
vidas*

*A Jorge Murillo quien murió en medio del destierro, la impotencia y la desatención estatal
(Q.E.P.D)*

*A la memoria de don Cecilio Santos Saucedo, músico y poeta
(Q.E.P.D)*

CONTENIDO

Introducción	10
Capítulo I	17
Producción social del espacio y diferencia colonial. <i>Geografías racializadas y subordinación afrodescendiente</i>	
Capítulo II	30
Destierro afrocolombiano	
Capítulo III	47
Espacialidades del destierro	
Capítulo IV	98
Contraespacios de re-existencia afrodescendiente	
Conclusiones	119
Bibliografía	128

AGRADECIMIENTOS

Este texto, y las investigaciones que lo sustentan, no hubieran sido posibles sin el apoyo y confianza que me brindaran las mujeres y hombres afrocolombianos de la ciudad, niños, jóvenes y adultos, lideresas y líderes de organizaciones y asociaciones, las comunidades negras en general que habitan en los diferentes barrios y sectores recorridos, así como la gente no afrocolombiana que comparte la lucha por estos territorios en Medellín. Agradezco a todos por permitir que me acercara a sus vidas y por enseñarme las formas en que resisten a la muerte y la exclusión urbana. Este conocimiento producido de forma colectiva y con su activa participación es fundamentalmente para ustedes y sus luchas cotidianas. Deseo hacer un reconocimiento especial a las siguientes mujeres y hombres por compartir conmigo sus tiempos, formas de pensar y sueños de futuro durante estos dos últimos años. Gracias por participar en los talleres, por conversar durante horas, por invitarme a sus casas, por las comidas, cervezas y el biche compartidos, por permitirme acompañarlos por la ciudad, por aceptar las invitaciones a la Universidad de Antioquia, por sus preguntas y desconfianzas, y por la risa sincera de sus ojos que día a día buscan la libertad.

En el barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios, corregimiento de Altavista a:

Esneda Quinto, Janneth Martínez, al Grupo Memoria Chocoana, a sus lindas abuelas Ana Escolástica Ríos, Sol María Mena Córdoba, María Elvia Mosquera, Cecilio Santos Saucedo (Q.E.P.D.), Katherine Quinto, su hermano y hermanas, Omaira Pinillo y su esposo Luís Alfonso, Orlando Arzuza, Ovidio Córdoba, Jorge Murillo (Q.E.P.D) y su esposa Carmen, Julia Mosquera, Daniel Mosquera y Teófilo Palacios, Cristina Abadía, Nubia Mosquera, Martha Salas, Ana Rosa Rentería, Paula Petronila Pérez, Rosalba Palacio, María Odilia, Andrés Palacios, Jamir Gallego, Walter Vieras Salas, Mónica Ocoró Sanderó, Julio Moreno Córdoba, Liliana Marcela Tenoico, Waidy Rivas, Katerin Martínez, Luz Mery Galeano, Ana Surley Escobar, Elvia Mosquera, Jerson Alexis Baena, Bairon Manuel Castillo, Cindy Johana Hernández, Cindy Paola, Cristian Córdoba, Cristian David Palacios, Cristian Lemus, Cristian Murillo Ríos, Cristian Pacheco, Dayana Mosquera, Diana Julieth Palacios, Eder Daniel, Hugo Andrés Martínez, Isabel Cristina Escobar, Johan Hinestroza, Jorge Isaac Ramírez, Julián Alonso Figueroa, Kate Yuselis Santos, Leison Palacio, Leyson Andrés Rodríguez, Luis Fernando Serrano López, Luz Dayana, Makia Yurleidy, Manuela Díaz, María Alejandra M, María Paula Cifuentes, María Yurleidy, Mónica Eliana Guzmán, Nalliby Vargas, Patricia Carolina Ramírez, Weimar Hinestroza, Wendy Dayana Mena, Wendy Rivas Mosquera, Yarleyson Sánchez Guerrero, Yimmy Benítez, Yuneyver Alexander Baena, Yuliana Díaz, Yuliana Mosquera Hinestroza, Maye, Yurleidys Granados. Y a los demás niños y jóvenes de OMEALFA, LEMNA, Talento Afro y Elipsis.

Igualmente a los distintos funcionarios e investigadores que de diversas maneras intervienen en el barrio por su disposición para conversar y por brindarme información y apoyo durante diferentes actividades. Especialmente a las valientes chicas de la Fundación Sumapaz y a los profesionales de Cedecis y Fenavip.

En la urbanización Mirador de Calasanz, comuna 13 – San Javier a:

Darwin Mosquera, Walter Mosquera Londoño, Aldemar Blandón, Andrés Felipe Padierna, Andrés Mena, Dareilys Mosquera, Asprilla, David Santiago Arias, Deyci Echavarría, Diana Marcela Asprilla, Didier Sneider Romero, Eliana Mosquera Gómez, Erlim Cañizales, Gisela Mosquera, Gisela Mosquera, Gloria Elena Domínguez, Jhonatan Smith Caicedo, Jonathan Asprilla, Kelly Johana Romero, Kiara Vanessa Sánchez, Leidy Paola Mormolejo, Luisa Fernanda Palacio, Marcela Echavarría, Marta Isabel Obregón, Nicolás Sucerquia Cuadros, Paola Gómez, Paola Mosquera Gómez, Rafael de la Vega, Roxana Mormolejo, Yasmely Mendoza M, Yeison Darío Monrroy Ruiz, Yennifer Andrea Rivas, Yessenia Cañizales, Yomaira Mosquera, Yuli Andrea Mosquera, Sandra Palacios Hurtado, Yessenia Romaña, Andrés Mena, Lorena Mosquera, Yulissa Gutiérrez, Janio Lemus, María Carolina Martínez, María Moreno, Olga Elena Palacio, Javier Santos Córdoba, Milena Blandón Mosquera, Martha Muñoz, Organización Mujeres Afro. A los demás niños y jóvenes de JOVENEF y Nueva Generación.

A las personas que apoyaron como encuestadores en el proyecto adelantado en el segundo semestre de 2009:

María Isabel Chaverra, Adriana Patricia Galeano, Yorleny Mosquera, Alfredo Terán Palacios, Ana María Quinto, Darwin Mosquera, Derly Sorelly Seguro, Dina Vanessa Romaña, Eliana Montiel Martínez, Ely Johana Mosquera, Ermelinda Coa, Felipe Páez, Jhony Medina Castillo, Jorge Eliecer Montoya, , Nerica Chaverra, Paula Astrid López, Rudy Clarivel Mosquera, Teylor Blandón, Walter Mosquera Londoño, Wilmar Alberto Granados, Bangy Steel Henao, Any Patricia Mosquera.

En el asentamiento Esfuerzos de Paz I, comuna 8 – Villa Hermosa:

Ana Celia Mosquera, Ana Rita Perea, Aníbal Echeverry, Beatriz Elena Torres, Bernelicia Asprilla, Celia Palacios, Cruz Marina Ibarguen, Cruz Marina Vargas, Deisy del Carmen, Deisy Mosquera, Delfa Arboleda, Diana Marcela García, Diana Mena, Eliana Córdoba, Everilda, Francia Chaverra, Francia Hinestroza, Francisca Córdoba, Francy Elena Sánchez, Hermicio Palacios, Isabelina Moya, Isaura Ayala, Josefina Pulido, Lina María Martínez, María Chaverra, María Feliza Ibarguen, Marlenis Chalá, Pastora Ibarguen, Perxides María Roa, Rosa Ángela Albono, Rubiela Quejada, Sor Inés Mena.

En el asentamiento Esfuerzos de Paz II, comuna 8 – Villa Hermosa:

Ana Lucía Rodríguez, Angélica Machado, Aura Inés Murillo, Carmen Pertuz, Cornelia Mosquera, Cristina Ibarguen, Doris Prestan, Esmeralda Chaverra, Fary Lucelly Perea, Jarly Verónica Asprilla, Jesús Londoño, Julia Esther Mendoza, Julieth Katherine Ocampo, Kelly Alexandra, Asprilla, Leidy Vanesa Murillo, Leidy Katherine Rivas, Leidy Vanessa Asprilla, Liz Dayana Rivas, Luisa Fernanda Rivas, María Candelaria Rivas, María Mosquera, Maritza Chaverra, Marta Cuesta, Miguelina Ibarguen, Nelly Johana Rivas, Neyla Janeth Ríos, Sabina Asprilla, Sandra Yennifer Girón, Sofía Miguelina Ibarguen, Sonia Marleny Asprilla, Yasiris Palacio, Yolanda Durango, Alicia Ricardo, Félix Chaverra, Rubiela Asprilla, Jaime Pino, Franci Helena Sánchez.

En el asentamiento Unión de Cristo, comuna 8 – Villa Hermosa:

Adelaida Mena, Ana Cristina Palomeque, Andrés Sánchez, Ángela Patricia Julio, Celanés Mosquera, Diana María Carvajal, Diana Milena Uta Loaiza, Dominique Díaz González, Enefina Palomeque, Fabio Lucío Rodríguez, Inefina Palomeque, Jesús Edilberto Blandón, Jhon Freddy López, Kelly Johana Romaña, Kevin Santiago Ossa, Leingi Alexander Blandón, Ligia de Jesús Loaiza, Liliana María González, Lorena M, Luz Oneida Mosquera, Manuela Valoyes Mena, María Magdalena Rodríguez, María Mosquera, María Mosquera Ibarguen, María Rentería Palomeque, Milsen Rentería, Mónica Bibiana Pérez, Natalia Andrea González, Natalia Lemes, Nilsen Rentería, Ninfa Moreno, Norma María Martínez, Rafael Darío Parra, Rosa Palomino, Rosaura Córdoba, Sandra Ibarguen, Sandra Santamaría, Tarsilo, Yasmina Díaz, Yina Paola Campaña, Yuleidy Escobar, Yuliana Rentería Arboleda, Cruz Helena Rentería, Abel Ibargüen, Teonila Baloyes, Pedro Osorno, Ángel Lisinio Palacios, Jair López, Guillermo, Berta Mena, Edilberto Blandón, Juliana Rentería.

En el asentamiento Altos de la Torre, comuna 8 – Villa Hermosa:

Argemiro Guerra, Aura Rosa Seguro, Baldomera López, Blanca Oliva Arias, Carlos Alberto Moreno, Carmen Dorila Ortiz, Deyfi Ramírez, Dilinton Ortiz, Edison Alexis Moreno, Edwin Fernelis Mosquera, Franklin Córdoba, Genny Edith Mosquera, Gladys Elena Tamayo, Gladys Muñoz Ceballos, Jefferson Mosquera, Jhonis Mario Mosquera, Jonathan Bermúdez, Jorge Antonio Sánchez, José Álvaro Tellez, José Murillo Sánchez, José Rumaña, Julian Hurtado, Justina Rentería, Libia Ester Nagles, Luis Parmecio Córdoba, Luisa Nery Martínez, Luz Marina Herrera, Luz Ortiz, María Alejandra Chala, María Belén Galeano, María del Carmen López, María Elvia Seguro, María Lucelly Bolívar, María Rosalba Ocampo, María Rosmilna, Martha Licenia Morales, Matias Palacio, Nalazy Asprilla Arco, Nicolasa Palacios, Paulino Gómez, Robinson Tuberquia, Solaine Ortiz, Yuly Fernanda Gil, Augusto Córdoba, Albertina Gamboa, Jhony Mosquera, Grupo Focal Hombres, Rosa Castro.

En el barrio Ocho de Marzo, comuna 9 – Buenos Aires:

Alejandro Mendoza, Ana Milena Mosquera, Ana Palacio Mena, Ana Sulma, Ángel Wilson, Quinto, Ángela María Quinto, Arcadio Asprilla, Arcenia Guerrero, Buenaventura Mosquera, Carolina Martínez, Claudia Arenas, Cristian Ibarguen, David Moreno, Deymer Díaz, Eida Martínez, Eidy María Mosquera, Elvia Rico, Francio Angulo, Francisco Mena, Inés Mariela, Jennifer Cano, Jennifer Gómez, Jennifer Yulieth, David Beltrán, Yulitza Gamboa, Nidia Díaz, Lucía Mazo, Marta Lucía Toro, Rosa Quintero, Julitsa Gamboa.

Especialmente al equipo de trabajo del Instituto de Estudios Regionales -INER- por su apoyo y acompañamiento en mi formación como investigador y docente. Particularmente a sus dos últimos directores, los profesores Diego Herrera y Lucelly Villegas. A su actual coordinadora de investigación Claudia Puerta y al Consejo de Dirección. Al personal administrativo, a Dorita Gutiérrez, Luz Clarive Rincón, Reynaldo Villareal, Bernardo Hernández, Cristian Taborda. A Julián Giraldo, Yon Restrepo, Marta Vera y Marco Rivera, así como a los estudiantes auxiliares. También a la directora del Grupo Estudios del Territorio GET, Clara Aramburo y a la directora del Grupo Rituales y Construcción de Identidad, María Teresa Arcila. Al profesor Emilio Piazzini, así como a las demás investigadoras e investigadores del INER. Gracias a todos ustedes y un fuerte abrazo. Igualmente a los profesionales y estudiantes que participaron en las

investigaciones afrocolombianas que realizamos en 2008 y 2009: Ángela Martínez, Gilberto Díaz, Juan Cañas, Marta Matute, Guberney Muñeton, Claudia Restrepo y Alexander Copete.

Al grupo de investigación DIVERSER de la Universidad de Antioquia, a sus directoras Zayda Sierra e Hilda Mar Rodríguez, especialmente a Alexandra Henao y Fernando Estrada por ese valioso aprendizaje que significó las investigaciones que realizamos junto a los maestros afrocolombianos, indígenas y mestizos en el Urabá antioqueño. También a todas y todos los demás investigadores del grupo por su apoyo.

Agradezco a CLACSO, a su programa de becas CLACSO-ASDI y al concurso “Cultura, poder y contrahegemonías”, del cual fui becario en la modalidad *junior* en el periodo 2008-2009.

A los funcionarios y dependencias de la Alcaldía de Medellín que durante los últimos dos años y a través de diferentes convenios interadministrativos con el INER de la Universidad de Antioquia, se han comprometido en la realización de una serie de investigaciones sobre las realidades de personas afrocolombianas habitantes de diferentes comunas en la ciudad. Especialmente a los Programas Diversidad Étnica y Memoria y Patrimonio de la Secretaría de Cultura Ciudadana y a sus coordinadores Melquiceded Blandón y Herman Montoya por su apoyo permanente. Igualmente deseo agradecer a Ramón Perea, coordinador de la Casa de Integración Afrocolombiana de Medellín por facilitarme el acceso a los barrios y por su cuestionamiento constante acerca de los procesos investigativos desarrollados junto a las comunidades afrodescendientes de la ciudad. Igualmente a la Secretaría de las Mujeres, particularmente a la coordinadora del proyecto de “la exclusión al reconocimiento”, en su primera fase, Alicia de la Torre por su permanente apoyo.

Especialmente a las y los docentes de la primera cohorte de la Maestría en Estudios Socioespaciales por sus enseñanzas y por compartir sus experiencias como investigadore/as sociales con nosotros sus estudiantes. Así mismo, a los compañeros de la maestría por los primeros impulsos para terminar de embarcarme en este viaje socioespacial.

A los parceros y parceras de la Corporación Pasolini en Medellín por su invitación a crear fuera de los límites de la universidad y por la insistencia en producir películas para *desarmar mentes y cuerpos*, especialmente a kapoq, anitamaria, perro luckas, leo tostao y al Duviduvi. Abrazos y... *jacción y rueda!*...

Al profesor Vladimir Montoya Arango por sus valiosos aportes como asesor académico y metodológico durante la realización de ésta investigación y maestría. También por haber acompañado los distintos proyectos de investigación en calidad de co-investigador y por contribuir a la generación de espacios académicos y políticos para debatir la racialización de las personas afrocolombianas y los territorios donde habitan. Por su insistencia desde la coordinación de la línea de investigación Espacio y Poder, adscrita al Grupo de Estudios del Territorio -GET-, por la producción de conocimientos socialmente pertinentes y la generación de espacios para el diálogo de saberes entre distintos sujetos políticos. Finalmente, por su amistad y apoyo en otros momentos y circunstancias de la vida durante los últimos años. *Gracias parcerero.*

A los profesores Clara Inés García y Ulrich Oslender por la dedicación en la lectura y evaluación del presente texto, así como por cada uno de los comentarios, críticas y sugerencias que me

fueron de valiosa utilidad para ajustar apartados del escrito, clarificar ciertas ideas y replantear algunos de los argumentos centrales de la tesis. Me enorgullece haber contado con cada uno de ustedes como interlocutores durante esta última fase de la maestría.

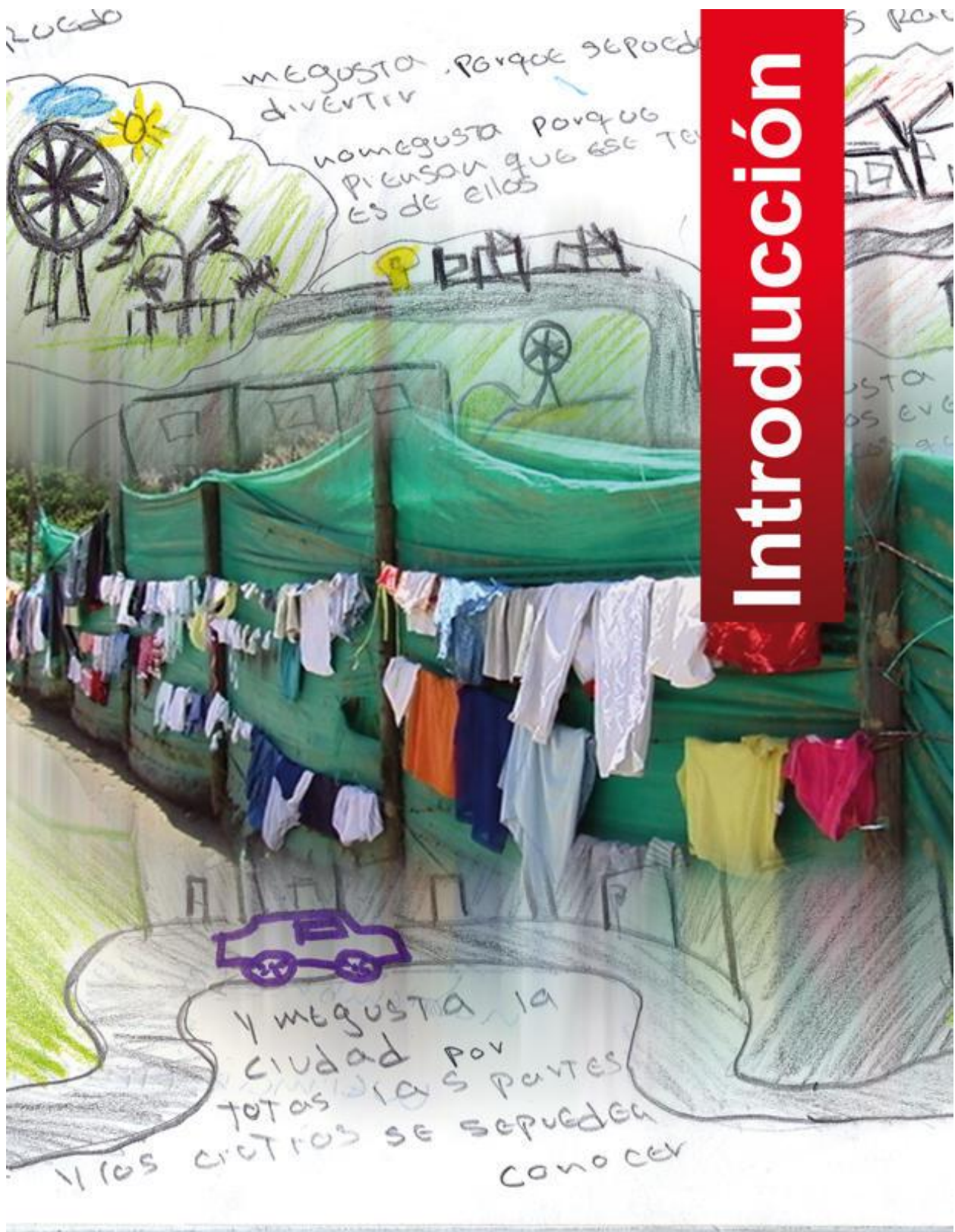
A la estudiante de antropología Catalina Montoya por su apoyo académico y logístico durante los distintos proyectos de investigación realizados durante los últimos años. Agradezco tus esfuerzos por cumplir con las propuestas de trabajo y con los compromisos que asumimos con las distintas comunidades. También le agradezco a tu familia por entender tus ausencias, traspasadas y madrugadas durante diferentes momentos de las investigaciones.

A Yon Leyder Restrepo por su apoyo en el diseño gráfico de las distintas imágenes que anteceden cada uno de los capítulos del informe de investigación y el mapa de los sectores donde habita la gente afrocolombiana en Medellín.

A Anita por su amor y apoyo incondicional y por sus constantes aportes y sugerencias para que la investigación responda también a los intereses de nuestros interlocutores y trascienda los escenarios académicos. También a su familia nuclear y extensa por su apoyo durante muchos momentos de mi vida en Medellín.

A Amparo, Ariel, Daniela, Nicolás, Jeimy, Paula y César por respetar mis ausencias durante distintos momentos en que el trabajo me separó de su compañía. Así como al resto de mi familia, especialmente a los Gutiérrez Sánchez, por su apoyo y confianza. *Este trabajo es por ustedes.*

Finalmente gracias a todas aquellas mujeres y hombres que de diferentes maneras me apoyaron en estos últimos años para realizar mi investigación de maestría y que mi mala memoria ha impedido que les reconozca como se merecen.



Desde hace algunos años se viene hablando del “giro” espacial a raíz del renovado interés que desde distintas disciplinas sociales ha recobrado el estudio del espacio, las espacialidades y sus múltiples relaciones con la economía globalizada, la política, la cultura, la ecología, los movimientos sociales, la historia y las geopolíticas comprometidas en la producción del conocimiento. El novedoso campo de los *estudios socioespaciales* permite ubicarnos en las fronteras epistémicas y metodológicas de las ciencias sociales, retomando formas discursivas e interpretativas provenientes de la geografía, la filosofía, la historia, la arqueología, la antropología, los estudios culturales y la arquitectura, para comprender los procesos sociales y las relaciones de poder a través de los que se producen el espacio y las espacialidades. Para las personas que hemos sido inicialmente formadas en un campo como el de la antropología, la tradición disciplinar ha estado abocada al conocimiento de distintas realidades socioculturales producidas espacialmente, no obstante, la aceleración de los procesos de globalización del capitalismo neoliberal, la mundialización de las culturas, el flujo incesante de capitales, personas y consumos, así como la *contracción del espacio-tiempo* identificada por David Harvey como característica de la posmodernidad, nos implica un descentramiento disciplinar y la apertura al diálogo con otras ciencias para construir una mejor comprensión del espacio y las espacialidades como producciones y productores de nuestra contemporaneidad.

Distintos autores han llamado la atención acerca de que en el pensamiento geopolítico moderno el tiempo ha primado sobre el espacio, que el espacio ha sido aniquilado por el tiempo y que la *cronopolítica* ha sido funcional a la ideología geopolítica moderna que ha ubicado a las “sociedades no occidentales” en momentos y espacios premodernos o incivilizados, negándoles la contemporaneidad temporal y espacial a poblaciones y territorios ubicados *más allá* de Europa Occidental (Fabian, 1993 y Piazzini, 2006). A este respecto, el geógrafo John Agnew, plantea lo siguiente,

“[...] el espacio se ha simplificado demasiado porque se ha reducido a una serie de simples contenedores con unas determinadas características. El lenguaje del pensamiento moderno está lleno de expresiones de la fusión del tiempo con el espacio en distinciones binarias entre aquellas áreas [y poblaciones] “avanzadas” o “aventajadas” y las “atrasadas” o “subdesarrolladas” (Agnew, 2005: 40).

No obstante, las comprensiones y usos del tiempo y el espacio han ido modificándose durante los últimos años, haciendo que del pensamiento dicotómico inicial se transite hacia una nueva concepción que hace del tiempo y el espacio esferas inseparables e interdependientes. La nueva perspectiva analítica ofrecida por los estudios socioespaciales hace a un lado la vieja idea del espacio como simple receptáculo donde se desenvuelven las relaciones sociales, para abordarlo en su productividad y articulación con otras esferas de la vida social y como elemento fundamental en la transformación histórica de las sociedades. A partir de estas perspectivas analíticas y políticas, el espacio deja de ser algo fijo, absoluto o simplemente geométrico para ser entendido como producto social, como lugar practicado en el cual se expresan distintas relaciones de poder y saber. Así mismo, el espacio también es concebido como productor de relaciones sociales y de poder específicas. Estamos asistiendo a un nuevo tiempo del espacio y las espacialidades.

En las formas de conceptualización espacial por parte de la teoría social había primado el dualismo entre historia y geografía, entre tiempo y espacio, haciendo que las transformaciones

históricas se analizaran como si el espacio en que se sucedían dichos cambios se mantuviera invariable y como dado de antemano. La raíz de esta concepción binaria se remonta a la configuración de lo que el geógrafo John Agnew ha denominado como *imaginación geopolítica moderna*, propia de la expansión de la política mundial que iniciara en el siglo XV y se consolidara siglos después. Analizando los intereses políticos y económicos propios de la experiencia europea, y posteriormente de las experiencias euronorteamericanas, Agnew plantea que el mundo es “[...] activamente “espacializado”, dividido, etiquetado, clasificado por geógrafos políticos, otros académicos y líderes políticos en una clasificación de lugares de mayor o menor “importancia” (Agnew, 2005: 3). Como en una especie de geometría del poder, el espacio se dividió en *centros y periferias* para hacer del mundo una sola entidad integrada que tuvo en el desarrollo del Estado territorial el ideal de su organización política y económica. Al mismo tiempo, esta forma de *visualizar* el mundo produjo una forma particular de *narrar* los acontecimientos que se sucedían mundialmente en una forma lineal, en una dirección teleológica en la cual se sucedían estadios evolutivos que conducían hacia la civilización y cultura moderna europea. A estas formas de dominación espacial y temporal se sumó la jerarquización de la población mundial en base a la idea de “raza”, consolidando la dialéctica civilizatoria europea en un nuevo *patrón de poder moderno colonial* (Quijano, 2000). Este modelo dicotómico de ordenamiento y dominación sigue vigente en nuestra actualidad.

Con los nuevos desarrollos en las formas de conceptualizar las relaciones espaciales desde la teoría social, se entiende el espacio como dinámico, como socialmente producido y a la vez como productor de la vida física, ecológica, política y económica de los individuos y grupos sociales. El geógrafo David Harvey (2001), ha planteado la necesidad de analizar el espacio desde los procesos, los flujos y las relaciones, dejando en un segundo lugar los elementos, las estructuras y las cosas. En ese sentido, el geógrafo colombiano Ovidio Delgado (2006) plantea que si el espacio es producido socialmente por relaciones de poder y saber, debemos interrogar acerca de qué espacios se producen, cómo se producen, quiénes los producen, para qué son producidos y qué consecuencias sociales, políticas, económicas y culturales se derivan de dicha producción. Retomando estas preguntas, intento proponer algunas respuestas a partir de la producción de las espacialidades del destierro generadas por las lógicas de la guerra y el capitalismo que instrumentalizan el espacio, el poder y el saber, para dominar y explotar a poblaciones y territorios particulares.

El proceso social y reflexivo que me condujo al desarrollo del presente trabajo de investigación tiene su origen en los diálogos que he sostenido con activistas y organizaciones afrocolombianas en Medellín que trabajan alrededor de reivindicaciones étnicas desde el campo de *lo cultural* y lo etnoeducativo, así como con algunos de los colectivos de estudiantes universitarios afrocolombianos presentes en instituciones de la ciudad y con los representantes por comunidades negras en la administración departamental y municipal. De estos diálogos derivó el interés de realizar mi trabajo de pregrado en antropología alrededor de la configuración de identidades afrocolombianas en el espacio urbano, especialmente entre los jóvenes afrocolombianos estudiantes de la Universidad de Antioquia. En ese entonces, recurrentemente las problemáticas del desplazamiento forzado, la violación de los derechos humanos y de los derechos étnicos afrocolombianos, así como las difíciles situaciones de vida por las que atraviesan miles de personas negras en Medellín, especialmente población afro desterrada por la guerra, se identificaban como asuntos medulares en las agendas de acción de líderes y organizaciones étnicas, no obstante, no se contaba con estudios o análisis que se dedicaran a la

comprensión de estas situaciones específicas, ni tampoco con experiencias locales de intervención estatal que procuraran beneficiar a las poblaciones afrodesplazadas en la ciudad desde enfoques diferenciales étnicos. Por esa época también conocí a lideresas y líderes afrocolombianos que recientemente habían sido reubicados en el Corregimiento de Altavista tras el incendio del asentamiento Mano de Dios donde vivieron durante algunos años, y con quienes inicié un acercamiento a través de visitas y el acompañamiento de algunas actividades que ellos realizaban en su nuevo barrio de reubicación. En estos intercambios se fue consolidando la idea de visibilizar por medio de la labor investigativa y del acompañamiento a otras iniciativas propias de las comunidades y organizaciones afrocolombianas, las distintas situaciones problemáticas por las que atraviesan los afrodescendientes desterrados en la periferia urbana de Medellín.

En medio del interés y apoyo recibido por parte de las comunidades y activistas afrocolombianos, las dinámicas de investigación, sus tiempos de ejecución, las fuentes de financiación y la distribución de los recursos, los resultados esperados y alcanzados, entre otros, han sido en ocasiones motivo de tensiones entre comunidades e investigador externo, máxime cuando constantemente arriban a los barrios otras personas e instituciones con nuevas intervenciones y proyectos para realizar, sin que las problemáticas estructurales de pobreza y marginalización se transformen plenamente en beneficio de las propias comunidades negras. Sin embargo, el acompañamiento y apoyo a ciertas iniciativas promovidas por las mismas organizaciones y comunidades afrocolombianas, así como las relaciones de amistad que se tejen durante estos procesos, me han permitido mantener durante los últimos dos años un contacto cercano con las realidades de distintos espacios donde habita la población afrocolombiana en Medellín, así como el desarrollo de nuevas iniciativas de investigación y formación comunitaria, especialmente entre la población joven afro de distintas comunas, sin que ello implique necesariamente la desaparición de dichas tensiones entre comunidades y agentes externos. Finalmente, las dinámicas del conflicto armado que vive la ciudad han producido el desplazamiento de líderes y lideresas de algunos de los sectores en los cuales he trabajado durante los últimos años, lo cual ha implicado alejarme temporalmente de ciertos barrios y comunas no sólo por el riesgo que implica el ingreso y permanencia en los sectores, sino por el peligro que significa también para las mismas personas y organizaciones afrocolombianas su trabajo e interlocución con personas externas. Durante los últimos meses, mujeres y hombres afrocolombianos con quienes había venido trabajado han sido nuevamente obligados a desplazarse por la presión de los actores armados que controlan sus barrios, fragmentando las iniciativas organizativas y productivas que habían consolidado, y en algunos casos, condenándolos a muerte en el exilio.

Este trabajo de investigación retoma diferentes experiencias de campo de los últimos dos años en los siguientes proyectos con personas afrodescendientes desterradas en la ciudad de Medellín: “Visibilizando contrahegemonías en medio del destierro: resistencias sociales y culturales de los desplazados afrocolombianos en Medellín, Colombia”, financiado por CLACSO-ASDI 2007-2008 a través del concurso “Cultura, poder y contrahegemonías” para becarios *junior* y apoyado por el Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia; “Jóvenes afrocolombianos en la ciudad de Medellín. Identidades, representaciones y territorialidades” financiado por la Secretaría de Cultura Ciudadana de la Alcaldía de Medellín y el Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia; “Diagnóstico rápido participativo de carácter socioeconómico con enfoque de género e inventarios de expresiones artísticas y culturales de las y los habitantes afrocolombianos de los asentamientos Altos de la Torre,

Esfuerzos de Paz I, Esfuerzos de Paz II y el barrio Ocho de Marzo de la ciudad de Medellín” financiado por la Secretaría de las Mujeres de la Alcaldía de Medellín y el Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia. Finalmente, el proyecto “Elaboración, desarrollo e impresión de textos pedagógicos sobre patrimonio inmaterial y pedagogía ciudadana de la población afrocolombiana que habita los asentamientos Esfuerzos de Paz I, Esfuerzos de Paz II, Unión de Cristo y Altos de la Torre de la comuna 8 y el barrio Ocho de Marzo de la comuna 9 de la ciudad de Medellín, en el marco del proyecto AM-BBI “De la exclusión al reconocimiento” financiado por la Secretaría de Cultura Ciudadana de la Alcaldía de Medellín y el Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, permitió la publicación de la serie de cartillas “Afrodescendientes en la ciudad de Medellín. Aprendizajes para una interculturalidad equitativa”, durante el primer semestre de 2010. Esta serie de materiales pedagógicos recoge los resultados de algunas de las investigaciones mencionadas y pretende visibilizar las problemáticas de las personas afrodescendientes en la ciudad y provocar la reflexión y el debate público sobre las necesidades que afrontan, así como las estrategias cotidianas que despliegan para sobrevivir física y culturalmente generando espacios de inclusión en una ciudad racista que se empeña en desconocer los aportes que hacen los afrodescendientes a la construcción de la sociedad local, y antioqueña en general.

Para acercarse a las experiencias del destierro contemporáneo entre mujeres y hombres afrodescendientes, a las formas en que la desterritorialización ha marcado sus vidas individual y colectivamente, a los procesos históricos por medio de los cuales se producen las espacialidades del destierro y las nuevas dinámicas de reterritorialización urbana, así como a las memorias desterradas a través de las cuales se re-existe socioculturalmente, ha sido necesario transitar por las fronteras metodológicas de distintas disciplinas sociales, especialmente de campos como la antropología, la geografía y los estudios socioespaciales. En la tradición antropológica, la etnografía siempre ha sido una *práctica espacial* a través de la cual se despliegan distintas técnicas de construcción de información en el campo, en los lugares del encuentro con el *otro*. Durante los últimos dos años he apropiado algunos de los postulados de una *etnografía multisituada* propuesta por Marcus (2001), permitiéndome rastrear en diversos espacios, situaciones y contextos, la circulación de prácticas, discursos, pensamientos, identidades y representaciones que la gente afrodescendiente desterrada y no desterrada elabora para sobrevivir física, cultural y materialmente en Medellín. Asumir una etnografía multisituada ha implicado una práctica de observación y participación directa en distintos escenarios, momentos y espacialidades relacionados con la gente negra y afrocolombiana: acompañamiento en hogares, sectores, barrios y comunas donde habitan, entrevistas y diálogos con líderes, lideresas, representantes de organizaciones de base y funcionarios afrocolombianos que laboran en instituciones públicas, asistencia a actividades y eventos relacionados con la afrocolombianidad y participación de la cotidianidad de resistencia y sobrevivencia urbana de mis interlocutores. Esta movilidad entre espacios y situaciones ha trascendido los límites urbanos de Medellín y me ha permitido conocer de cerca, aunque por cortos periodos de tiempo, las formas en que se producen los espacios y las representaciones como comunidades afrocolombianas en otras regiones de Antioquia, especialmente en la región del Urabá y en los municipios que limitan con el departamento del Chocó. Este tránsito entre lugares, procesos organizativos y luchas cotidianas entre las personas afrodescendientes contribuyó a la consolidación de la idea y conceptualización de las *espacialidades del destierro* y de los *contraespacios de re-existencia*.

La voluntad ética/política/epistémica de valorar y visibilizar positivamente los saberes y las formas de pensamiento de las personas afrodescendientes desterradas en la ciudad, implicó también el acercamiento a la producción de mapas y cartografías sociales que distintas disciplinas, entre ellas la geografía, han venido desarrollando en el país y otras regiones de Latinoamérica durante los últimos años, para acercarse a los conocimientos y formas locales de representación del territorio. La propuesta de investigación social a través de la metodología de la cartografía social tiene un gran potencial para facilitar el *diálogo de saberes* entre diferentes sujetos políticos que producen conocimientos pertinentes social y culturalmente. La construcción colectiva y horizontal de conocimientos sobre el territorio y sus habitantes está en el centro de la propuesta metodológica de la cartografía social, de lo que se deriva que tanto *el proceso* como *sus resultados* finales sean considerados productos conjuntos y colaborativos en los que participan activamente los investigadores/cartógrafos/antropólogos y sus interlocutores/cartógrafos locales/afrodescendientes, en el caso particular de ésta investigación. En ese sentido, las cartografías sociales trascienden su papel de herramientas para la indagación sobre el territorio y se convierten además en nuevos productos, en los que se consideran tanto las cartografías producidas con y por los grupos e individuos afrocolombianos, como aquellas otras que resultan de los procesos de análisis, interpretación, reelaboración y confección de nuevos mapas. Además de propiciar el *diálogo de saberes* entre las comunidades locales y los investigadores foráneos, la potencia epistémica y política de la cartografía social radica en la visibilización, comprensión y proyección social de las *otras geografías* que han sido negadas, relegadas y subvaloradas por el pensamiento social y las políticas de gestión y ordenamiento territorial, las cuales encarnan distintas maneras de habitar, sentir y experimentar el territorio por parte de las poblaciones locales, tal y como es presentado por Montoya (2009a).

El presente texto está estructurado en cinco capítulos. En el primer capítulo titulado “Producción social del espacio y diferencia colonial. *Geografías racializadas y subordinación afrodescendiente*” reviso algunas de las discusiones acerca de la producción geopolítica y biopolítica de los espacios y la diferencia colonial afrodescendiente en el marco de la modernidad y la expansión del modelo de acumulación capitalista. Luego examino las formas en que la *racialización* del espacio y las poblaciones han subalternizado históricamente a los afrodescendientes y sus territorios en Colombia y en Antioquia. Finalmente, planteo una propuesta sobre tres distintos momentos históricos del poblamiento negro en Medellín, lo que permitirá la contextualización de la fase más reciente del destierro y desarraigo de miles de personas afrocolombianas de sus territorios ancestrales y su arribo a la ciudad.

El segundo capítulo titulado “Destierro afrocolombiano” parte de los postulados del movimiento social afrocolombiano, de las víctimas de la guerra en Colombia y de algunos sectores de la academia, quienes defienden política y epistémicamente el uso de los conceptos de *destierro* y *desterrados* para nombrar la historia de desarraigo y usurpación material y simbólica provocados por el conflicto armado y la guerra contemporánea, así como por las violencias históricas y estructurales que han marcado durante siglos la vida de mujeres y hombres afrodescendientes. Estos conceptos se proponen ante el desacuerdo político con la manera en que se maneja desde distintas instancias públicas la representación y atención de los “desplazados” y el “desplazamiento”. Posteriormente, se presentan los estudios afrocolombianos que abordan la situación del destierro y sus efectos sobre las poblaciones negras y las territorialidades que han construido históricamente en los escenarios rurales, evidenciando la falta de investigaciones similares que analicen los procesos de producción de nuevas territorialidades en los lugares de

recepción, particularmente en Medellín. Por último, se revisan algunos estudios sobre el *desplazamiento forzado* en la ciudad evidenciando los silencios acerca de las afectaciones entre las poblaciones étnicas, especialmente afrocolombianas y se presenta la forma como las políticas públicas locales de atención al destierro “reconocen” y representan los pueblos afrocolombianos e indígenas.

En el capítulo tres titulado “Espacialidades del destierro” se presenta un acercamiento a algunos de los postulados de los estudios socioespaciales, especialmente a la propuesta de Henri Lefebvre acerca de la producción del espacio y de Ulrich Oslender sobre las “geografías del terror” y la “espacialización de la resistencia”, a partir de los cuales propongo las categorías de *espacialidades del destierro* y los *contraespacios de re-existencia afrocolombiana*. La primera hace referencia a las configuraciones espaciales en que se desenvuelven las vidas de los desterrados quienes son confinados y dominados por la guerra, mientras que la segunda remite a los lugares desde donde procuran sobrevivir física y culturalmente por medio de distintas estrategias cotidianas. Presento en forma extensa distintas voces y testimonios de mujeres y hombres afrocolombianos quienes narran su historia de destierro en cada uno de los lugares del desarraigo: lugares de expulsión, albergues o refugios, asentamientos y nuevos barrios de reubicación urbana. El quinto espacio propuesto, el del retorno, se presenta a partir de la información que produjo la revisión de prensa nacional y local. Se recurre a las fotografías y cartografías socioculturales producidas durante las distintas experiencias de campo para presentar en detalle diferentes elementos materiales de las espacialidades del destierro en el escenario urbano.

El cuarto capítulo se titula “Contraespacios de re-existencia afrodescendiente” y examinan las formas como los afrodescendientes producen ante el destierro, la exclusión socioracial y el abandono del Estado, las *espacialidades de la resistencia o contraespacios* donde confrontan la muerte y el olvido a través de la activación de las *memorias desterradas* y de una serie de *prácticas de re-existencia* que apelan a los conocimientos configurados en los territorios de origen y a la actualización de las identidades urbanas para producir nuevas subjetividades individuales y colectivas. Finalmente, el quinto capítulo presenta los aprendizajes, las conclusiones y las nuevas sendas de búsqueda que deja abierta la investigación de maestría.



1

Capítulo

Producción social del espacio y diferencia colonial. Geografías racializadas y subordinación afrodescendiente

"TODOS NACEMOS PARA
SER LIBRES"

Afrodescendientes en proceso de ocupación de un terreno en el asentamiento la Honda, Comuna 3 de Medellín. Julio de 2008. Fotografía del autor.

“Desde los albores de la modernidad, cada generación sucesiva ha dejado sus naufragos abandonados en el vacío social: las «víctimas colatelaes» del progreso” (Bauman, 2005: 28).

¿Quiénes son estos abandonados? ¿Dónde han sido relegados/confinados? ¿Cuándo provocamos su naufragio? El capitalismo produce incesante espacialidades propicias para la disposición de sus desechos, cifradas por el terror, la inmundicia, la sequedad, el miedo y el silencio. Estas espacialidades emergen incluso en las pulcras tribunas del primer mundo, donde campean los vencedores del modelo jerárquico del capital, ya que allí se han filtrado los excluidos del modelo en busca de compensaciones históricas o de sobrevivencia física y material ¿Qué decir entonces del “tercer mundo”, que desde su nominación misma ha sido declarado perdedor/subalterno/condenado? Allí se multiplican los desechos humanos, la incapacidad de subir al tren del progreso impulsado por el capital multiplica exponencialmente la producción de seres prescindibles, al tiempo que instiga la colonización/normalización de los espacios que ocupan. De aquí la potencia de la reflexión que propone Bauman y que exploraré en adelante para el caso del destierro de personas afrodescendientes en Medellín, buscando comprender cómo la dialéctica civilizatoria de la modernidad se ha hecho compleja y ha profundizado su letalidad, al entrecruzarse con los presupuestos de un capitalismo omnipresente que espacializa la *diferencia colonial* segregando a los miserables, a los residuos. Así comprendo el sentido que Harvey desde el materialismo histórico-geográfico propone para reconocer que las dinámicas geopolíticas de acumulación del capitalismo producen una organización/jerarquización específica del espacio y de sus habitantes (Harvey, 2001).

Modernidad para unos, colonialidad para otros

La configuración espacial de las relaciones políticas, económicas y culturales no es neutra ni ingenua, está por el contrario, inscrita en relaciones de poder, saber, dominación y control que históricamente han dispuesto jerarquías en la división del mundo, produciendo unas espacialidades con mayor importancia que otras al distinguir el espacio físico y social entre “centros” y “periferias”, que articulados en redes globales de comercio, capital y guerra, consolidaron un nuevo *patrón de poder moderno colonial* orquestado desde Europa Occidental, inicialmente sobre América y posteriormente sobre el resto del mundo (Quijano, 2000a).

En la expansión mundial del modelo económico capitalista y del proyecto de modernidad europeo desde finales del siglo XV, la humanidad fue clasificada jerárquicamente a través de diferentes regímenes de poder donde la idea de “raza”, junto con la división internacional del trabajo, fundamentaron la dominación y explotación europea sobre gentes y espacios recientemente “descubiertos”. La política de dominio de aquellos seres recién descubiertos y de sus espacios que fueron catalogados como atrasados, improductivos e incultos y sometidos en consecuencia al rigor de la dialéctica civilizatoria de la conquista y la dominación, hizo de la “raza” el criterio primordial de la clasificación social de la población en el mundo, y junto con los

procesos de *racialización*, es decir, de marcación de diferencias en base a rasgos biológicos, culturales, morales, epistémicos y ambientales tanto de poblaciones como de territorios, estuvieron en la base de la emergencia y consolidación del Estado-nación moderno, instrumentalizados para la conformación de nuevas *identidades sociales* (blancos, indios, negros, amarillos) y *geoculturales* (Occidente/Oriente), como lo expone Aníbal Quijano (2000b).

La división jerárquica de la humanidad en base a diferencias fenotípicas y a supuestos biológicos entre colonizadores y colonizados, naturalizó la superioridad de los primeros al igual que la inferioridad de los segundos, de los “otros” no europeos occidentales. La idea de “raza” y la ideología del “racismo” que la hace operativa, han sido por más de cinco siglos mecanismos eficaces de dominio y explotación que legitiman la *colonialidad del poder* y la producción y reproducción de la *diferencia colonial*, entendida ésta última como una diferenciación jerarquizada que ubica gentes -y también espacios- física y simbólicamente en las periferias políticas, económicas y epistémicas del orden mundial (Mignolo, 2003). Desde entonces, la colonialidad se convirtió en la cara visible de la modernidad para los sujetos y espacios colonizados, lo cual es planteado por Aníbal Quijano cuando afirma que, “[...] la colonialidad se constituyó en la piedra fundacional del patrón de poder mundial capitalista, colonial/moderno y eurocentrado”.

La colonialidad trasciende entonces al colonialismo, pues no está referida únicamente a la dominación mediante la presencia irrefutable del poder metropolitano en las periferias, sino que connota la gestación de una matriz de saberes, prácticas e ideologías que perpetúan la sujeción de aquellos espacios y seres sobre los que se irradia. La colonialidad significa la conquista de sujetos que en adelante serán imbuidos en procesos de blanqueamiento, moralización, culturalización e instrumentalización productiva. La modernidad gestó así su propia imaginación geopolítica, cuyas características son el eurocentrismo y la aplicación de la geografía al pensamiento y a la praxis política para la clasificación jerárquica de los espacios y las poblaciones que los habitaban (Agnew, 2005), provocando que los sujetos coloniales fueran asumidos como inválidos y permitiendo que la administración y civilización de aquellos legitimara la superioridad cultural, económica y política de los poderes metropolitanos. La imaginación geopolítica separó a los conquistadores de los conquistados garantizando su acceso de manera diferencial a las instancias de decisión política, económica y cultural del orden mundial.

Estas formas específicas de producción del espacio vinculan también una perspectiva temporal en el establecimiento de las relaciones jerárquicas de poder y saber. Desde la perspectiva eurocéntrica de la historia se *re-localizó* a los pueblos colonizados, así como a sus respectivas culturas y formas de pensamiento, en el pasado de una trayectoria temporal que finalizaba en Europa Occidental. Los “otros” ya no sólo representaban la diferencia colonial dominada, sino que se convirtieron también en la *anterioridad* de los europeos, ya que: “[...] el patrón de poder fundado en la colonialidad implicaba también un patrón cognitivo, una nueva perspectiva de conocimiento dentro de la cual lo no-europeo era el pasado y de ese modo inferior, siempre primitivo” (Quijano, 2000a: 221). La colonización del espacio y del tiempo, especialmente a partir del siglo XVIII, ocultó y deslegitimó la coexistencia temporal y espacial de diferentes formas de producción económica, cultural y epistémica más allá de los límites europeos, negó la *simultaneidad* en palabras de Fabian (1983), institucionalizando un pensamiento dicotómico, que a manera de dispositivo de poder y saber, clasificó a la humanidad entre “civilizados” y “primitivos”, “modernos” y “tradicionales”.

¿En qué condiciones fueron insertos los sujetos afrodescendientes en este modelo? En la dialéctica civilizatoria lo negro fue asumido como condición de subalternidad, atraso, ignorancia y miseria. Mientras lo blanco representó la virtud, lo negro arrastró consigo la depravación y el oprobio. Esto fue visible desde los albores de la modernidad evocados por Bauman, pues a la inclemencia corporal de la esclavitud se aunó la negación de las culturas y los saberes negros, que fueron invisibilizados o satanizados bajo las premisas del dogma religioso judeocristiano. La esclavitud, el despojo de los territorios africanos originarios, el secuestro y dispersión de individuos y pueblos, entronizó la raza como criterio fundacional de la sujeción y dominación en la estructura colonial. Como muestra Catherine Walsh, en el caso de los afrodescendientes la colonialidad va mucho más allá del régimen político, atravesando la constitución de los seres:

La colonialidad del ser se entrelaza con la colonialidad del poder y su uso de raza como clasificación social, política y económica, dando esta clasificación un status ontológico en el cual los negros como grupo no quedan solo inferiorizados sino que negados (por medio de la esclavización y más allá de ella) como gente, una negación que plantea problemas reales en torno a “libertad y liberación” (Walsh, 2007: 204).

Con la conquista de América la noción de “raza” posibilitó una justificación natural/biológica de la dominación política ejercida en las colonias (Quijano, 2000). En aquella América colonizada, los espacios habitados por los negros/inferiores/primitivos, pasaron a ser considerados inhóspitos, malsanos y salvajes, mientras que las ciudades de los conquistadores fueron asimiladas a la civilización y el progreso. Es así como Lao-Montes plantea que, para las poblaciones afrodescendientes de las Américas y el Caribe, su condición diaspórica “[...] es resultado de las lógicas de terror y muerte de la esclavitud transatlántica y tiene como consecuencia la implantación en el largo plazo de condiciones persistentes de desigualdad económica, exclusión política y desvalorización cultural de los sujetos afrodiaspóricos” (Lao-Montes 2007a: 36). Desde entonces, la diáspora africana es sinónimo de subalternidad y desarraigo, marcando un horizonte de lucha para las *memorias negras* que desean afirmar su diferencia y reclaman su liberación.

Racialización del espacio y diferencia colonial afrodescendiente en Colombia

El proyecto geopolítico moderno eurocéntrico fue encarnado a su vez por los “estados descolonizados” de América Latina, particularmente por Colombia, donde el poder y el saber representados por las élites políticas y la intelectualidad criolla, reprodujeron ideas y representaciones dominantes *racializando* tanto poblaciones como geografías para legitimar su control, explotación y dominio (Castro-Gómez, 2005). La configuración del Estado-nación independiente se dio sin la consecuente “descolonización de la sociedad”, favoreciendo una rearticulación de la *colonialidad del poder, del saber y el ser* sobre nuevas bases institucionales que reprodujeron la exclusión, la segregación espacial y la discriminación socioracial contra las poblaciones negras, indias y mestizas que no fueron pensadas como parte del proyecto nacional diseñado por las élites (Quijano, 2000a).

Desde finales del siglo XVIII, y principalmente durante la segunda mitad del XIX, la raza y la racialización estuvieron en el centro de la configuración epistémica de las diferencias entre los

sujetos de la nación y el territorio nacional, contribuyendo a instaurar un nuevo orden jerárquico republicano que en el centro ubicaba la “civilización” mientras que localizaba la “barbarie” en la periferia social y espacial. Las representaciones elaboradas por las élites intelectuales criollas sobre los territorios y las poblaciones que habitaban la Nueva Granada, dotaron a ciertos espacios, principalmente aquellas regiones ubicadas en las montañas de los Andes, con atributos ambientales, morales, culturales y raciales que las posicionaban naturalmente como superiores respecto de otros espacios, las regiones selváticas, los bosques húmedos y las zonas costeras, así como de otras poblaciones no “blancas”, particularmente de los ciudadanos de segunda clase, indios y negros. La articulación entre poder colonial y los conocimientos eruditos desplegada inicialmente para el dominio y explotación europeo sobre América, entre otras regiones del mundo, fue reproducida por las prácticas y discursos de las élites económicas e intelectuales criollas al definir las características raciales y espaciales de la naciente república “libre” colombiana (Wade, 1997; Múnera, 2005; Serje, 2005 y Palacio, 2007). Al racismo estructural se le sobrepuso un fundamentalismo cultural que hizo de los negros el escalón más bajo de la escala evolutiva. Según muestra Julio Arias, las poblaciones fueron clasificadas bajo unas premisas de orden racial, de modo que:

Las taxonomías poblacionales del siglo XIX fueron elaboraciones racialistas, desde las cuales las diferencias eran planteadas en una jerarquía de valores y naturalizadas por medio de una relación incuestionable entre la constitución social-moral y la constitución física individual y del “medio físico”. El racialismo funcionó como sustento de un ejercicio diferenciador que era eminentemente político. Un ejercicio que permitió la definición de estructuras de poder alrededor de lo nacional, articulando las relaciones desiguales entre los pueblos y territorios incorporados, y de éstos con los centros de poder del Estado nacional (Arias, 2005: 64).

La raza como criterio diferenciador propició que las élites políticas e intelectuales reclamaran para sí mismas la superioridad cultural sobre los demás pueblos que integraron la nación. Los discursos y prácticas de la ciencia occidental se entronizaron como conocimiento universalmente válido, haciendo que los saberes derivados de la experiencia y el legado cultural ancestral de negros e indígenas fueran subalternizados y condenados a la asimilación. Mientras que la élite política e intelectual monopolizó la producción intelectual validada por los regímenes de poder, a los negros se les consideró seres impensantes y destinados al trabajo físico. Según muestra Arias, sobre los negros pesaron dos representaciones hegemónicas primordiales, una de las cuales los encasilló como trabajadores serviles de las haciendas y minas, considerados inferiores moral e intelectualmente y legitimando por esa vía su subordinación; mientras que la otra representación los situó como salvajes, barbarizados, distantes del control económico, político y cultural de la nación: libertinos, vagabundos y perezosos. Esto dejó verse claramente en las narrativas ofrecidas por la Comisión Corográfica, expedición científica encargada por el gobierno colombiano en la segunda mitad del siglo XIX de construir la cartografía y la geografía humana del estado-nación (Arias, 2005). Estas representaciones de los negros consumaron las *colonialidades del ser y el saber*, enclaustrándoles en un rol de fuerza bruta y desconociéndoles cualquier participación en la producción de conocimiento y en la administración pública.

Cristina Rojas (2001) plantea que las categorías raciales en Colombia fueron construidas por la intelectualidad criolla desde el siglo XIX en base a una representación de identidad nacional “blanca”, católica y masculina, excluyendo de dicha imagen tanto a los indios y negros como a las mujeres. Rojas ha definido los diferentes mecanismos discursivos por medio de los cuales se

han legitimado la dominación, la violencia física y el aniquilamiento del “otro” imaginado inferior y peligroso, como *violencia de la representación* (2001: 77). Esta violencia y los *regímenes de representación* que expresaron los *deseos civilizadores* de las élites colombianas, tuvieron en el “mestizaje” y el “blanqueamiento” geográfico y poblacional, los principales mecanismos para fusionar las razas y buscar acabar con su heterogeneidad.

Otros autores han planteado que dicha *violencia de la representación* ha sido el resultado de la consolidación de un *racismo científico* que contribuiría al establecimiento del orden jerárquico entre poblaciones dominantes y subordinadas, así como a la diferenciación regional en el territorio que hoy es Colombia (Friedemann, 1984 y Restrepo, 2007). La civilización, el progreso y la modernidad históricamente han sido connotados desde lo “blanco”, porque como la ha mostrado Peter Wade: “[...] detrás de este discurso democrático de lo mestizo, que oculta la diferencia, yace el discurso jerárquico del blanqueamiento, el cual hace notar la diferencia racial y cultural, valorizando lo blanco y menospreciando lo negro y lo indígena” (Wade, 1997: 50). En otras palabras, en la construcción de los discursos nacionalistas coexistieron el mestizaje que buscó emblanquecer las poblaciones para ubicarlas en las sendas del progreso y la discriminación que puso en desventaja a los negros e indígenas que fueron pensados desde entonces, y hasta nuestros días, como atrasados, marginales e inferiores (Wade, 1997: 39-51).

Los discursos y las representaciones elaborados por las elites intelectuales, políticas y económicas “blancas”, legitimaron las formas de intervención y explotación de los territorios habitados por pobladores “salvajes” e “incivilizados”, principalmente indios y negros (Múnera, 2005: 45-88). Por su parte, Arocha y Moreno (2007) han denominado a este paradigma colonial y excluyente como *andinocentrismo*. Para estos autores, el Estado, la nación, la civilización y el progreso se configuraron en un doble movimiento agenciado desde los centros de poder nacional y regional; de un lado, espacializando diferencialmente las razas, y de otro, dotando de contenidos raciales las geografías regionales.

En el proyecto del estado moderno colombiano, estos antagonismos podrían ser salvados por medio de las intervenciones promovidas por las “razas superiores” sobre dichos territorios relegados y las “razas inferiores” que en ellos habitaban. Espacio y raza se articulaban en estos discursos oficiales para diferenciar jerárquicamente entre las costas y selvas que se presentaban como atrasadas, en oposición a las zonas andinas donde el clima frío posibilitaba la civilización y el progreso. Un primer ejemplo de la racialización del espacio y las poblaciones producida por los discursos letrados posteriores a la segunda mitad del siglo XIX, se refiere a la descripción que del país realiza el liberal José María Samper:

La introducción de la esclavitud y las diferencias de los climas y las razas determinaron una distribución de la población muy distintamente marcada, escalonada según las exigencias de la topografía. La raza europea se fijó casi totalmente sobre las altiplanicies más o menos elevadas y los pliegues de las montañas; la raza africana, esclava, fue condenada a la explotación de las minas y a los desmontes de colonización, en los valles profundos y ardientes; y las razas indígenas, explotadas y abrumadas donde quiera, permanecieron en sus respectivas comarcas. Así se tuvo, pues: arriba, la civilización; hacia el medio, el abandono; abajo, las violencias y los horrores de la esclavitud. En virtud de esa distribución de razas y de las condiciones sociales, todo el trabajo de la civilización en Nueva Granada debía resumirse en un doble movimiento de descenso y ascenso. La civilización tenía que descender hacia las faldas y los valles para

propagarse allí, explotando el suelo aurífero y verdaderamente tropical. La barbarie debía subir hacia las altiplanicies para desaparecer o modificarse profundamente (Samper, 1861).

Otro ejemplo del pensamiento racista y de la racialización del espacio durante el siglo XIX es tomado de la obra de Agustín Codazzi, miembro de la Comisión Corográfica. El pasaje se refiere a la indolencia que según Codazzi caracteriza al negro del Chocó y a como la intervención en primer lugar del antioqueño y, posteriormente, de los extranjeros, contribuirían a mejorar tal situación encaminando con ello a la región y sus pobladores en las sendas del progreso moderno:

Una nueva era se presentará al Choco: la serranía se verá cultivada y habitada, quedando en las bajas orillas del Atrato los negros indolentes, siempre desnudos, siempre pobres. Puede ser que el contacto con gente activa y que el progreso rápido que siempre hacen los lugares de ricos minerales, los haga salir de la estupidez, letargo y abandono en que viven y busquen con el trabajo el modo de imitarlos. Extendiéndose la raza blanca por las altas cordilleras del Atrato, Andágueda y sus afluentes, solo así tendrá Quibdó un porvenir halagüeño, porque entonces será esta ciudad un punto de escala para enviar víveres y mercancías a los que se hubieren establecido en las alturas y los vapores llegarían cargados hasta allí (Codazzi, [1853] 1959: 328, citado en Restrepo, 2007: 39).

Según los corógrafos¹, las múltiples riquezas de las tierras salvajes e inhóspitas habitadas por negros e indígenas podrían ser salvadas y aprovechadas introduciendo un cambio poblacional en ellas, ocupándolas con pobladores (blancos) activos e industrioses, los cuales además aportarían a la transformación de la ignorancia y atraso de la raza negra y la dispondría para el trabajo y la riqueza (Restrepo, 2007: 37-42). Estos *regímenes de poder* operaron en la cotidianidad de un país que fundamentó sus procesos educativos y de formación ciudadana en la lengua castellana desconociendo las lenguas criollas e indígenas, que por mucho tiempo no permitió el acceso a cargos de representación pública entre la gente negra y que negó sistemáticamente sus conocimientos propios.

Diferentes factores históricos, económicos y políticos han permitido que en Colombia la “raza” y las identidades raciales tengan dimensiones espaciales de carácter regional (Wade, 1997). En Antioquia, provincia floreciente de la naciente república en el siglo XIX, que ya desde el régimen colonial había mostrado su importante papel en la economía, la diferencialidad auspiciada por la geografía de poderes descrita, provocó una reacción de las élites locales que buscaron contraponerse a la hegemonía manifiesta de la élite emplazada en Bogotá, capital de la República. Esta oposición propició la generación de un modelo de desarrollo diferenciado que buscaba posicionar la provincia de Antioquia en el primer renglón de la economía nacional. Sin embargo, esta oposición con la élite capitalina no significó una ruptura con las praxis y las narrativas que se estaban implementando para la constitución de la identidad nacional, por el contrario, la consolidación territorial de Antioquia trajo aparejada la intensificación de los regímenes de exclusión de lo indio y lo negro y la supervaloración de una matriz cultural mestiza

¹ Durante la segunda mitad del siglo XIX, la Comisión Corográfica auspiciada por el gobierno se encargó de elaborar informes etnográficos, clasificaciones climáticas, inventarios de recursos explotables, ilustraciones paisajísticas y cartografías para describir las regiones y pobladores de la nueva república. Ver: Comisión Corográfica, *Jeografía física i política de las provincias de la Nueva Granada por la Comisión Corográfica bajo la dirección de Agustín Codazzi*, Provincias de Soto, Santander, Pamplona, Antioquia y Medellín. Bogotá: Publicaciones del Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, 1958.

que copó los espacios de representación y participación política. La *colonialidad del poder, del saber y el ser* presentes también en el proyecto hegemónico regional antioqueño, establecieron un ordenamiento jerárquico entre las montañas donde se ubicaba lo propiamente antioqueño y las demás regiones ardientes y profundas donde habitaban los negros y sus diferentes mezclas. En términos regionales, *lo antioqueño* fue asociado con los principios de una vida moderna que se imponía progresivamente en el país, como lo describe a finales del siglo XIX, el geógrafo y médico antioqueño Manuel Uribe Ángel: “[...] el antioqueño es apasionado, trabajador infatigable, patriota, excelente padre de familia, valiente, emprendedor, hábil para los negocios, dócil y obediente; caritativo, hospitalario, propenso a viajar, y progresista” (Uribe, 1885: 471, citado en Arias, 2005: 110).

En la representación de lo antioqueño, la presencia y aportes del negro -y también del indio- fueron invisibilizados. La región antioqueña fue construida desde entonces teniendo como referente un ethos socioculturalmente definido por un conjunto de valores y prácticas sociales que se han conocido como la *antioqueñidad*, caracterizado por un fuerte regionalismo que ha creado la idea de la existencia de una “raza” y una “patria” antioqueña: ferviente religiosidad católica, entrega al trabajo material, defensa de la institución familiar, una legislación rígida, fuerte afiliación política conservadora, y especialmente, una población pensada como racialmente blanca (Wade, 1997; Steiner, 2000; Rojas, 2001; Arias, 2005 y Appelbaum, 2007). Estos valores y prácticas han contribuido a la formación de la identidad *paisa*, a la consolidación de un fuerte sentimiento de homogeneidad interna que ha sido utilizado para trazar tanto diferencias con el resto de territorios del país como al interior mismo del departamento. Según describe María Teresa Uribe, en la fundación de la Antioquia post-independista se trazó como único camino de integración a las etnias dominadas el “blanqueamiento” y la adopción de los valores culturales de la élite mestiza, de modo que: “[...] a los “otros” los excluyó, los invisibilizó y sólo los nombró como problema, como potencial, o realmente conflictivos, como eventuales enemigos a los cuales se debería presionar para que aceptasen ese esquema de valores o mantenerlos alejados por el riesgo que significaba su mera existencia” (Uribe, 1990: 67).

La estructuración de la geografía humana de Antioquia hizo de Medellín el centro de poder regional que paulatinamente concentró los medios de acumulación productiva y monopolizó las instancias de participación política y de producción de conocimiento y circulación de saberes. Esta lógica centralista se correspondía con el modelo nacional, generando una división entre las regiones próximas a Medellín y las zonas alejadas habitadas por seres considerados inferiores. Es así como lo describe Arias,

Los indios ocupaban un espacio de barbarie en la historia antigua del estado de Antioquia y aparecían como rezagos en extinción, mientras que los negros y sus derivaciones –provenientes de la minería esclavista– habitaban los márgenes físicos y simbólicos de lo antioqueño. Allí, internamente, era aplicada la división jerárquica entre las montañas, lo propiamente antioqueño, y los valles ardientes y profundos habitados por negros, mulatos y zambos, en la construcción de un proyecto hegemónico regional de colonialismo interno (Arias, 2005: 109).

Desde la segunda mitad del siglo XIX, la representación de los antioqueños fijó una imagen de colonizadores y explotadores de diferentes territorios y recursos, así como de incansables comerciantes nómadas en busca del progreso. Estas formas de auto-representación agenciadas por las élites económicas e intelectuales regionales, buscaban legitimar las diferencias culturales

paisas frente a las demás élites del país, principalmente de las criollas y santafereñas, constituyéndose en un mecanismo central de posicionamiento en el emergente orden nacional de la época.

A pesar de que durante esta expansión colonizadora del siglo XIX se produjo el desplazamiento de los mestizos andinos a las tierras bajas hacia el encuentro y ocupación de los territorios de indígenas y negros, la interacción y el intercambio cultural entre estas distintas poblaciones venía de largo tiempo atrás, siendo posible rastrear en Antioquia la presencia de pueblos afrodescendientes desde el siglo XVI cuando fueron introducidos bajo el régimen esclavista como sustento de la floreciente economía minera del oro (Álvarez, 1979; Patiño, 1993 y Jiménez, 2002). Claudia Steiner (2000) presenta las tensiones socioraciales y los conflictos culturales entre la Antioquia *blanca* y andina y la Antioquia *negra* y costera (el Urabá) durante la primera mitad del siglo XX. Su investigación evidencia que, dominar y *salvar* los territorios y las poblaciones negras e indígenas han sido las consignas del proyecto colonizador “paisa” en ésta (sub) región del departamento. Por su parte, Mary Roldan (2003) muestra que para el siglo XX en Antioquia, la *Violencia* articuló geografías racializadas y poblaciones étnicas subalternizadas, ya que fue en zonas periféricas del departamento como Urabá y el Bajo Cauca, donde la tenencia de la tierra, las formas de producción capitalista, la mano de obra pauperizada, las diferencias religiosas y raciales, la presencia y autoridad del Estado, marcaron el rumbo de la *Violencia*, incluso más que los antagonismos partidistas vividos en Colombia a mediados de siglo. En Antioquia las relaciones de integración territorial y poblacional han tenido sus correlatos en la desintegración y exclusión de sectores subalternizados, negándoles no sólo unas territorialidades particulares, sino también su participación en la construcción histórica, cultural, étnica y política del departamento.

Violencias de larga duración se imbrican entre los territorios racializados y las poblaciones negras que en ellos habitan. Sin embargo, estas relaciones de dominación que articulan raza y espacio no solo se han materializado al interior de Antioquia, sino que están presentes en las relaciones coloniales que han configurando representaciones excluyentes por parte de los discursos de las elites políticas y económicas antioqueñas, sobre las poblaciones y territorios del vecino departamento del Chocó. La imagen en positivo de lo antioqueño como *blanco* se construye gracias a la configuración antagonica de *lo negro* como negativo encarnado en el territorio y la población chocoana (Wade, 1997: 94-100).

Tal y como veremos a lo largo de los capítulos siguientes, a la violencia epistémica desatada por medio de las representaciones e imaginarios configurados por los discursos políticos y económicos regionales desde finales del siglo XVIII, la pugna por el control de las áreas periféricas y racializadas le superpone hoy “nuevas” expresiones violentas como el desplazamiento forzado que afecta principalmente a las poblaciones negras e indígenas, *a los otros no paisas*.

Antioquia y Medellín también han sido negros: presencia histórica y legado afrodescendiente

“Una de las cosas claras es que el racismo y la exclusión todavía existen en Medellín, o sea, se niega de que todavía existan personas afro que hayan nacido en Medellín y que hayan crecido en Medellín y que tengan una cosmovisión frente a la ciudad de Medellín, se niegan los aportes que ha hecho la población afro a Medellín y al departamento [...] lo primero que hacen [la sociedad antioqueña] es automáticamente decir este es de color negro entonces debe ser del Chocó o es de Cali o es de Turbo, de entrada no se concibe que una persona negra nazca en Medellín. Hay muchas personas que están aquí y que venimos haciendo cosas para Medellín, entonces ese estereotipo sale y se ve claramente, nunca se concibe que una persona afro haya nacido y haya vivido todo el tiempo acá. Por la misma situación de destierro y del desplazamiento podríamos hablar de muchos jóvenes que están naciendo, creciendo y viviendo en Medellín y vienen aportando desde esa diversidad étnica para Medellín”

Joven afrodescendiente representante legal de una organización de base afrocolombiana local. Entrevista 11 de diciembre de 2008².

Para contextualizar de una manera general y exploratoria la presencia de gente negra en la capital del departamento de Antioquia, presento tres distintos momentos que en articulación con sus respectivas particularidades políticas, económicas y socioculturales, permiten identificar diferentes formas de inserción de los afrodescendientes en la sociedad antioqueña, así como los aportes que han hecho a la vida de la ciudad y la región.

El primer momento se remonta históricamente a la Nueva Granada, especialmente a las primeras décadas del siglo XVI cuando iniciaba el descubrimiento y la paulatina conquista del territorio, para lo cual los negros africanos secuestrados y esclavizados llegaron no solo al servicio de sus amos y dueños, sino también como parte de los ejércitos de la empresa conquistadora que enfrentaban la rebeldía india (Álvarez, 1998). Con el arribo de nuevos núcleos de africanos secuestrados luego de la segunda mitad del siglo XVI, se consolida el desarrollo económico de la provincia de Antioquia gracias al auge minero del oro, así como a los distintos procesos de expansión de las fronteras de colonización y la consecuente explotación de otros centros de producción minera (Álvarez, 1979; Patiño, 1993 y Jiménez, 2002). Entre las regiones de procedencia y los pueblos a los que pertenecían los secuestrados en África y que posteriormente arribaron a la provincia de Antioquia como esclavos, se encontraban: Viáfara, Ararás, Angolas, Mandingas, Berbesís, Congos, Balantas, Branes, Zapes, Carabalíes, Folupos, Malembas, Nalús y Caboverdes (Álvarez, 1998), lo cual permite imaginar la heterogeneidad lingüística, cultural y económica que ha marcado la presencia histórica de africanos y afrodescendientes.

Los africanos secuestrados y esclavizados y sus descendientes nacidos en América se asentaron en diferentes territorios de la geografía de Antioquia, inicialmente en zonas andinas y posteriormente en zonas costeras y ribereñas. Finalizando el siglo XVI se conformaron

² Teniendo como criterio la confidencialidad y protección de las personas y organizaciones que han participado en los diferentes proyectos de investigación durante los años 2008 y 2009, se utilizarán denominaciones genéricas o seudónimos en cada uno de los testimonios.

importantes centros mineros y asentamientos de población negra en el Bajo Cauca, Nordeste y Magdalena Medio, mientras que para el siglo XVII se trasladan a otras regiones del Occidente, el Oriente y el Valle de Aburrá (Villegas, 1990). Para esa época, los negros esclavos no sólo hacían parte de las economías mineras sino que desempeñaban también otras labores agrícolas, en los servicios domésticos y en distintas labores artesanales (Álvarez, 1998). Finalizando el siglo XVII, principalmente en Santafé de Antioquia y en la recientemente fundada Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín, se identifica claramente el inicio de los procesos de manumisión de la población esclava por distintos motivos. Este proceso de compra y pago por la libertad favorecería primordialmente a las mujeres y menores de edad. La población de negros “libres” o “libertos” paulatinamente se expandió por distintas zonas de la provincia, continuando con las actividades mineras pero ya en calidad de propietarios de minas o como mineros independientes, así como a través de la colonización de nuevas tierras para la producción agrícola, participando de un proceso de mestizaje con población blanca y con los indios que sobrevivían para este periodo colonial (Álvarez, 1998). En la segunda mitad del siglo XIX y gracias a la *abolición* legal de la esclavitud, se dio inicio a la conformación de los primeros enclaves o nucleaciones importantes de negros y libertos en Antioquia, particularmente en el Cantón de Medellín y en otras unidades territoriales como Cáceres, Girardota y Envigado (Yépez 1984). Es así como el Valle de Aburrá y la ciudad de Medellín han contado históricamente con la participación de poblaciones negras en su estructura social, económica, cultural y urbana, lo cual, sin embargo, generalmente se ha ocultado tras el mestizaje y la tendencia al “blanqueamiento” cultural.

El segundo momento de poblamiento de gente negra en Medellín, corresponde a la segunda mitad del siglo XX cuando se produjo una inmigración significativa, auspiciada en parte por la construcción de los carretables que enlazan Antioquia con las regiones costeras del Pacífico y el Mar Caribe en límites con Panamá. Peter Wade (1987 y 1997) muestra como la población negra proveniente del Chocó, así como de diferentes regiones de Antioquia y otros territorios del país, fue integrada como la mano de obra barata que requerían los procesos de modernización e industrialización de la ciudad. Para esta época, Wade caracteriza las modalidades de poblamiento negro que se venían sucediendo desde finales de la década de 1930 en dos categorías: de un lado, la *nucleación* poblacional permitiría la configuración temprana de importantes asentamientos que podrían ser pensados como los primeros *palenques urbanos*, principalmente en sectores como Barrio Antioquia, la Iguaná, Castilla, Moravia, Belén Zafra, Kennedy y la América. Estos núcleos de poblamiento negro fueron emplazados en zonas marginales, generalmente mediante la invasión de predios en laderas o en riberas de riachuelos y aunque algunos alcanzaron una densidad demográfica significativa, permanecieron relegados en las políticas y acciones de desarrollo urbano. De otro lado, la *dispersión* y ubicación en diferentes lugares de la ciudad, especialmente por parte de profesionales, estudiantes, docentes y personas vinculadas con las fuerzas armadas, ha estado marcada por la tendencia de ubicarse en sectores urbanos que cuentan con una mayor y mejor dotación de infraestructura urbana y que brinda mejores condiciones de calidad de vida (Wade 1997: 255-286). En un trabajo anterior, Wade (1987), evidenció distintas problemáticas de discriminación racial y construcción social de estereotipos culturales que han subalternizado y marcado negativamente a las poblaciones negras en Antioquia, particularmente en relación con el acceso a los mercados laborales y a la vivienda entre poblaciones que inicialmente migraron desde el Chocó.

El tercer momento de poblamiento afrodescendiente en Medellín corresponde con las dos últimas décadas del siglo XX y lo que llevamos del siglo XXI, y lo caracteriza el arribo de Pueblos Afrocolombianos asentados en zonas rurales y urbanas de las regiones Pacífica y Atlántica, así como del interior de Antioquia, que han llegado huyendo de la muerte y el conflicto armado. La execrable presión sobre territorios y gentes a causa de la guerra, se agudizó por los intereses geoeconómicos que les convirtieron en objetos de deseo para los megaproyectos de desarrollo minero, agrícola o de infraestructura. El destierro como dispositivo violento de control espacial y poblacional ha ocasionado que el reconocimiento jurídico alcanzado en la década de 1990 en tanto grupo étnico, así como la titulación colectiva de territorios ocupados ancestralmente, se vean nuevamente vulnerados poniendo en riesgo no sólo la supervivencia física sino también cultural de los afrodescendientes, como es abordado en los trabajos de Arocha (1998), Antón (2001), Wouters (2001), Rosero (2002), Arboleda (2004), Escobar (2005) y Oslender (2006).

Con el *desplazamiento forzado* ocurrido durante este periodo se produjo en Medellín, al igual que en otras ciudades del país, un nuevo ciclo inmigratorio de grandes proporciones, que provoca el arribo incesante de campesinos expoliados, afrodescendientes e indígenas, matizado por la primacía de la lógica del terror, la muerte y la búsqueda desesperada de la sobrevivencia física y cultural. La llegada de afrocolombianos a Medellín en los últimos años ha hecho que su participación en el total poblacional de la ciudad represente el 5.6%, de acuerdo con las cifras reportadas por el censo nacional de 2005 que arrojó un total poblacional para la ciudad de 2.208.077 personas, de las cuales 123.569 se autoreconocieron como afrodescendientes³. Esta inmigración, que obedece al ansia de refugio, está caracterizada por la conformación de asentamientos mediante la invasión en distintos puntos marginales de la geografía urbana, situación que se replica en ciudades como Cali, Bogotá y Cartagena, lo que ha llevado a afirmar a Barbary y Urrea (2004), que aproximadamente el 70% de la población afrocolombiana habita hoy en día en las principales ciudades del país tras el exilio forzado de sus territorios rurales. El destierro contemporáneo de afrodescendientes reproduce en los espacios urbanos la racialización de la geografía confinando sus vidas a la periferia y zonas marginalizadas del desarrollo donde se actualizan violencias históricas contra ellos. En ese sentido, la presencia de poblaciones negras en Medellín data de por lo menos cuatro siglos atrás, sin embargo, la estratificación social antioqueña, así como el orden racial imperante y los procesos de mestizaje y discriminación, han buscado la subordinación de lo negro invisibilizando sus aportes sociales, culturales, políticos y económicos a la sociedad mayoritaria.

Partiendo de este esquema de contextualización del poblamiento afrodescendiente, ésta investigación centra su atención en las dinámicas de poblamiento e inserción urbana de la población afrocolombiana desterrada que ha llegado -y continua llegando diariamente- durante las últimas tres décadas a la ciudad de Medellín y que ha permitido la producción de las *espacialidades del destierro* en las que se desenvuelven sus vidas urbanas. Igualmente, ante este

³ Departamento Nacional de Estadística. 2005. En: <http://www.dane.gov.co/censo/> consultado el 4 de abril de 2009. A pesar de constituirse en los datos oficiales para el país, los resultados arrojados por el DANE en 2005 respecto a la población afrodescendiente han sido ampliamente cuestionados por los movimientos sociales afrocolombianos para quienes estas cifras no son confiables y presentan por el contrario gran subregistro, también porque la construcción de la información presentó problemas tanto en la definición de la pregunta por la autodefinición de la población negra como en la ejecución operativa del levantamiento de la información. Por estos problemas de concepción y operativización del Censo 2005, se mantiene una grave incertidumbre sobre los datos reales de la población afrocolombiana.

poder dominante del destierro se despliega el poder contrahegemónico o resistente de los desterrados que producen al tiempo, lo que siguiendo a Lefebvre (1991) y Oslender (2008) se denomina, unos *contraespacios* desde donde continúan las luchas por sus vidas y por un lugar en la ciudad y el campo, construcciones activas de imaginarios y prácticas alternativas a las representaciones dominantes y las distintas formas de violencia que se padecen.



*“Si no tenemos el espíritu preparado para resistir,
sencillamente seremos víctimas pasivas del enemigo,
que nos viene a la casa, nos saca de la casa,
nos la destruye y nos asesina”*

Manuel Zapata Olivella

Las redes de movimientos sociales en Colombia han denunciado desde hace algunos años su desacuerdo con el marco jurídico existente para la definición y atención de la problemática del “desplazamiento forzado” y, sobre todo, su desavenencia con el manejo político del mismo, que ha propiciado el que distintas instituciones estatales, organismos no gubernamentales, los medios de comunicación masiva y la sociedad en general, consideren y representen a los *desplazados* como “migrantes”, especialmente cuando las trayectorias son del campo a las ciudades, invisibilizando con ello la tragedia humanitaria que padecen como víctimas de la guerra y obstaculizando la formulación y ejecución de soluciones estructurales a sus diferentes problemáticas. Según la normativa vigente y conforme a las acciones de atención humanitaria se establece que luego de un período de asentamiento en el lugar de recepción, las víctimas del conflicto armado dejan su condición de desplazadas, lo cual supone que las precarias ayudas recibidas durante dicho lapso: atención de emergencia, ayudas alimentarias, subsidios de arrendamiento, atención psicosocial, etc., son suficientes para el restablecimiento de sus condiciones de vida. Esta forma de nombrar a las víctimas no es para nada ingenua y tiene profundos efectos políticos en sus posibilidades futuras de inserción social, así como en los procesos de restitución y reparación como víctimas de la guerra, por lo cual las nominaciones de “migrantes” o “desplazados” se convierten en formas eufemísticas que enmascaran la crisis humanitaria por la cual atraviesan casi cuatro millones de personas en el país.

En reacción a esta instrumentalización y banalización del “desplazamiento forzado”, diferentes intelectuales, movimientos sociales e incluso algunos funcionarios públicos, insisten en el uso de las categorías de *destierro* y *desterrados* para nombrar la historia de desarraigo y despojo material y simbólico provocada por el conflicto armado y la violencia. Para ciertos sectores del movimiento social afrocolombiano, la formulación epistémica y la utilización política de los conceptos de *destierro* y *desterrados* remite tanto al secuestro esclavista sufrido por sus antepasados siglos atrás como a la vulneración contemporánea de sus derechos étnicos y territoriales que transgrede la política multiculturalista de las últimas dos décadas en el país. Las experiencias de vida cotidiana que mujeres y hombres han desarrollado en localidades, regiones y ciudades configuran una *memoria colectiva afrocolombiana* que el conflicto armado amenaza con destruir (Arboleda, 2007). Por ello, la consideración de la situación de los afrocolombianos como un destierro y no como simple “desplazamiento”, pone en evidencia la lucha étnica por la posibilidad de retornar, mantenerse y recuperar la autonomía sobre los territorios que históricamente han permitido la configuración de sentidos de pertenencia e identidad colectiva, bien sea en los campos, los ríos o en las ciudades de Colombia (Arboleda 2007: 471-475). Resistir al oprobio del desplazamiento forzado y la guerra empieza por renombrarlos para mostrarlos en su verdadera dimensión, posibilitando la *localización* de las resistencias contemporáneas y visibilizando la tradición histórica de luchas desplegadas en la cotidianidad frente a las violencias, la muerte, el racismo y el aniquilamiento cultural afrodescendiente.

A mi modo de ver, esta definición del destierro posibilita una comprensión integral de los efectos de la guerra y las diferentes violencias que se superponen sobre los pueblos afrocolombianos, particularmente por su potencia para realizar un análisis diacrónico en que se devela que la expulsión de los territorios de origen constituye un mecanismo de control espacial y poblacional que históricamente ha desestructurado las formas de vida, los conocimientos y las territorialidades de los pueblos afectados, además de que permite comprender que en tanto mecanismo contemporáneo de violencia armada, el destierro articula formas de dominación y aniquilamiento derivadas del patrón de dominación moderno/colonial con los intereses emergentes del capital transnacional sobre los territorios y las poblaciones afrodescendientes (e indígenas). Mientras que la noción de desplazamiento remite al cambio de locación, al tránsito circunstancial entre dos o más lugares, el destierro se refiere a una experiencia de larga duración que fractura las relaciones territoriales de los pueblos afectados. Por lo tanto, considero que esta violencia armada y sus dispositivos de control territorial y poblacional, configuran unas *espacialidades del destierro* que están rearticulando la geografía nacional mediante la gramática del miedo, el terror y el aniquilamiento étnico afrocolombiano. Estas espacialidades se producen por las disputas entre poderes diferenciales en el régimen globalizado del capital: grupos armados ilegales y legales, Estado, corporaciones transnacionales, megaproyectos de desarrollo, movimientos sociales y de víctimas, por lo que estas espacialidades emergen en distintas escalas y tiempos que se interconectan de manera compleja. Abordaré la producción de estas *espacialidades del destierro* en el tercer capítulo.

Los estudios realizados por la Comisión de Seguimiento a la Política Pública sobre el Desplazamiento Forzado en Colombia, confirman que en las dinámicas de la guerra y del destierro como tecnología de poder, se encuentra como causa central el interés de distintos actores armados y económicos por arrebatar, controlar y dominar zonas rurales y urbanas del país. El destierro durante las últimas dos décadas cambió (y seguirá cambiando) el mapa y la geografía del país, impuso una contrarreforma agraria sin antecedentes históricos y creó una nueva categoría social de marginados y excluidos sociales: *los desplazados*⁴.

En ese sentido, la producción del espacio implica una serie de acciones por parte de los diferentes agentes productores para controlarlo, delimitarlo y ordenarlo, y a través de las relaciones de poder entre estos agentes, el espacio se apropia y significa. De aquí resulta que cada sociedad produce y reproduce formas y representaciones espaciales de manera particular, involucrando diferencias de clase, etnia, género, religión y/o adscripción política. De estas relaciones de poder como productoras del espacio, se deriva la noción de territorio empleada desde hace tiempo por distintas disciplinas científicas, y por supuesto, por la política y jurisprudencia para delimitar la potestad de uso y dominio de un Estado, grupo social o individuo sobre un espacio determinado. Delgado (2006), plantea que si la noción de espacio evoca lo abierto, el concepto de territorio implica las ideas de cerrado, de adentro y afuera, de fronteras y límites, de inclusiones y exclusiones. Desde esta perspectiva, entiendo el territorio como una categoría integral que expresa producciones y significados que un grupo social confiere al espacio que habita, coincidiendo con Echavarría y Rincón cuando afirman que,

“Es necesario interpretar el territorio en su doble papel: como soporte material y básico del desarrollo social y como producción social derivada de la actividad humana que transforma con su

⁴ Revista Semana. Informe especial. Los desterrados. Edición No. 137, septiembre 15 a 22 de 2008, págs. 54-75.

dinámica ese territorio que le sirve de base. El territorio deja de ser sólo ese trozo de naturaleza con cualidades físicas, climáticas, ambientales, etc., o ese espacio físico con cualidades materiales, funcionales y formales, etc., para definirse por los grupos sociales que lo han transformado e intervenido haciéndolo parte de su devenir histórico” (Echeverría y Rincón, 2000: 21).

El planteamiento básico es que los sujetos sociales y el territorio se configuran mutuamente, son interdependientes, de manera que existe entre ellos una relación *bidireccional*, de mutua implicación: el sujeto crea y modifica el territorio, al tiempo que el territorio transforma ese sujeto que lo habita. Es de esta manera como se comprende que el territorio específico es marcado y significado por las diversas experiencias de quienes lo habitan, disputan, representan, experimentan e imaginan. Esto le confiere un carácter histórico, pues se convierte en un elemento fundamental del repertorio de *memorias colectivas* que se transmiten generacionalmente y que articulan los saberes compartidos: en el territorio acontecen los encuentros y experiencias del presente, pero se fraguan también las posibilidades de futuro animadas por los legados del pasado (Montoya, 2009b). Esta influencia del tiempo en la transformación del territorio habla de la influencia que tienen en él las coyunturas y tensiones de poder, algunas provenientes de fuerzas internas y otras producidas por agentes externos, se trata de múltiples fuerzas económicas, políticas, sociales, culturales y tecnológicas que determinan o imponen condiciones específicas.

El territorio no puede ser comprendido como un objeto dado pues es producto de un proceso social permanente que busca producirlo, mantenerlo y disputarlo. Este proceso es el resultado de una acción particular: la territorialidad, entendida como potencia y praxis por medio de la cual una comunidad, grupo o un individuo reconocen, demarcan y mantienen su territorio. Si el territorio es el producto, la territorialidad es el ejercicio que lo produce. Así lo plantean Echeverría y Rincón:

“La territorialidad como ejercicio; como las acciones de expresión y marcación, instauración y consolidación, protección y defensa, desde múltiples y diversos orígenes y dimensiones que en su intervención y confluencia dan existencia al territorio en múltiples sentidos: imaginario, cotidiano, organizativo, institucional, político, técnico, económico, formal, estético, espacial, etc.” (Echeverría y Rincón, 2000: 28).

En otras palabras, la(s) territorialidad(es) son ejercicios o relaciones de poder(es), donde median intereses y visiones de los diferentes actores que intervienen, disputan y negocian el territorio. En un espacio determinado se superponen diferentes territorialidades locales, regionales, nacionales y globales, con intereses distintos y valoraciones diferentes, que generan relaciones de complementación, cooperación, cooptación y conflicto. En ese sentido, Delgado (2006: 8) afirma que el ejercicio de la territorialidad de un sujeto o grupo social puede ocasionar la *desterritorialización de otro* sujeto o grupo, y la consecuente necesidad de construir nuevas territorialidades. Por tanto, las estrategias de territorialidad, los usos y controles que por ejemplo los grupos armados hacen de un espacio concreto en la ciudad o el campo, implican, en ciertos momentos, presión sobre las territorialidades y sentidos de pertenencia que los grupos o individuos afectados por la guerra habían elaborado en dichos espacios, como lo muestra para el caso de Medellín el trabajo de Riaño (2006).

La territorialidad además de implicar acciones y discursos para proteger un lugar de *otros sujetos*, se origina también cuando se crean hábitos de utilización del territorio, cuando se ritualizan

diferentes momentos o acciones de la vida, y cuando se fijan costumbres que lo terminan cargando de sentidos de pertenencia, como en el caso del pueblo afrodescendiente. Para los afrocolombianos el territorio como producto social no es solamente el soporte material que permite la reproducción de la vida física sino que se constituye en el *espacio para el ser*, en la expresión de las memorias colectivas que de manera integral relaciona armónicamente a las comunidades con la naturaleza y su entorno, por lo que el destierro armado y las distintas formas de violencia que operan en su contra, se constituyen en mecanismos que violan no sólo sus derechos ciudadanos y colectivos, sino que se convierte además en una manera de exterminio cultural de un grupo étnico que construye sus proyectos de vida colectiva en relación con espacios particulares.

“Desplazamiento forzado” de poblaciones afrocolombianas: *invisibilidad y silencios analíticos del destierro étnico*

A lo largo de las últimas décadas del siglo XX en Colombia, del reconocimiento étnico y cultural amparado en la nueva Constitución Política de 1991 y en Ley 70 de 1993, se transitó inmediatamente hacia el despojo de los pueblos afrodescendientes e indígenas. La arremetida global del capitalismo sobre espacios particulares en el Pacífico colombiano, la desatención estatal de regiones y poblaciones marginalizadas, el enfrentamiento de los grupos armados por el control de los territorios y sus recursos, así como los procesos históricos de racialización que han sufrido los afrocolombianos, se han conjugado durante las últimas tres décadas para exterminar sistemáticamente al pueblo étnico negro, sus culturas y los modos de pensamiento construidos en relación con espacios ocupados ancestralmente y de los que hoy son expulsados afectando su autonomía, sus saberes, los usos consuetudinarios del territorio y las formas de vida colectiva y familiar. Así los afrocolombianos logren sobrevivir físicamente como individuos, el destierro acarrea el aniquilamiento progresivo de sus formas culturales e identitarias como pueblo. Paradójicamente, una vez obtenida la titulación legal y colectiva de territorios ocupados ancestralmente, principalmente en distintas zonas del litoral Pacífico⁵, las comunidades negras vienen siendo diariamente desterradas y victimizadas por los distintos actores armados enfrentados por el control, dominio y explotación de la región, sus recursos y pobladores. El destierro como mecanismo violento de control ha ocasionado que su reconocimiento jurídico, el derecho al territorio y la autonomía como pueblo étnico, se vean nuevamente vulnerados poniendo en riesgo no sólo la supervivencia física sino también cultural y material de los afrodescendientes, como es abordado en los trabajos de Arocha (1998), Antón (2001), Agudelo (2001), Wouters (2001), Rosero (2002), Arboleda (2004), Oslender (2004) y Escobar (2005).

Para comprender las dimensiones de esta crisis humanitaria es necesario tomar en cuenta el perfil demográfico de la nación colombiana, en el que se establece según el último censo realizado en el

⁵ El Pacífico colombiano constituye una región heterogénea tanto en sus condiciones fisiográficas como en las características culturales de los grupos humanos que la habitan. Se extiende desde la frontera con Panamá al norte del país, hasta la frontera sur con el Ecuador, en la costa occidental colombiana. De manera general, se puede hablar de dos grandes *sub-regiones* culturales donde históricamente han estado asentadas las comunidades negras: el Chocó hacia el norte (en la frontera con el departamento de Antioquia), y el extremo sur del Pacífico constituido por los departamentos del Valle del Cauca, Cauca y Nariño.

año 2005, un total de población de 41.468.384 personas, de las cuales 4.311.757, correspondientes al 10.62%, se autoreconocían como afrocolombianos (DANE, 2005)⁶. En lo que se refiere al desplazamiento forzado, la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento Forzado -CODHES- reporta como víctimas para el periodo comprendido entre 1985 y 2007 aproximadamente a 4.000.000 de personas, mientras que el gobierno nacional registra 2.3 millones de personas en dicho periodo. Si bien estas cifras están bastante distantes entre sí, lo que queda claro es que el desplazamiento armado ha afectado seriamente las posibilidades de sobrevivencia de una cantidad significativa de colombianos, afectando a casi el 10% de la población total. Pero son los pueblos afrodescendientes sobre quienes ha recaído con mayor letalidad el desplazamiento armado ya que, según informa CODHES (2008), las comunidades afrocolombianas son víctimas recurrentes de episodios de desplazamiento forzado y las condiciones de indefensión e inseguridad en que quedan las familias resaltan por su crudeza. Sobresale el hecho de que entre los grupos afrodesplazados la jefatura femenina del hogar es mucho más frecuente que entre los demás desplazados, además de que presentan las mayores tasas de analfabetismo, de inseguridad alimentaria y de inaccesibilidad a los servicios públicos, lo que nos permite inferir que entre la población desplazada por el conflicto armado, son los desplazados afrocolombianos los que presentan las peores condiciones de vida (Garay *et ál*, 2009). A pesar que el destierro se constituye en uno de los más graves dramas humanitarios que afecta al conjunto de la sociedad colombiana, es necesario resaltar la incidencia diferencial que este fenómeno de violencia ha tenido sobre el pueblo afrodescendiente, lo cual se constituye no sólo en una violación a sus derechos como ciudadanos, sino una vulneración directa de sus derechos colectivos como grupo étnico. Además esta situación se agudiza ya que el Estado colombiano ha incumplido los dictámenes de la Corte Constitucional que le obligan a definir una perspectiva étnica en el diseño y ejecución de políticas públicas para la prevención, atención, restablecimiento y reparación por el desplazamiento forzado (Rodríguez, Sierra y Cavalier, 2008).

Cabe resaltar que entre la población desplazada a nivel nacional en el periodo 2003-2008, el 16.6% se ha reconocido como afrodescendiente y el 85.1% de los grupos familiares afrocolombianos se han declarado víctimas de un episodio de desplazamiento, 13% de dos episodios y 1.9% de tres episodios (Garay *et ál*, 2009: 11). Por parte de las organizaciones afrocolombianas de población desplazada se manifiesta que el número de personas desterradas asciende a 1.4 millones de afrocolombianos, lo cual implica que si nos atenemos a los datos de CODHES sobre 4 millones de colombianos desplazados, los afrodescendientes representan el 35% de los desterrados nacionales, siendo solamente el 10.62% de la población nacional (AFRODES, 2008)⁷. La violencia y el destierro en Colombia presentan claramente una

⁶ Los resultados del Censo 2005 respecto de las poblaciones afrocolombianas, negras, raizales y palenqueras han sido ampliamente cuestionadas por parte de los movimientos sociales afrodescendientes, para quienes estas cifras no son confiables por incurrir en altos niveles de subregistro a causa tanto de los problemas en la formulación final de la pregunta dirigida al autoreconocimiento de las poblaciones étnico-negras, como en los procedimientos del levantamiento de los datos en terreno a lo largo y ancho del país. Por parte de las organizaciones y líderes afrocolombianos se estima que el 26% de los colombianos son afrodescendientes. A pesar de la incertidumbre sobre los datos reales de la población afrocolombiana y de los cuestionamientos sobre la confiabilidad de las cifras arrojadas por el DANE (2005), los afrocolombianos constituyen el segundo grupo étnico más numeroso del país, lo que además ubica a Colombia como el segundo país de Suramérica, luego de Brasil, con más ciudadanos afrodescendientes.

⁷ A pesar de las disposiciones consagradas por la Corte Constitucional en el Auto 005 de 2009 para la “protección de los derechos fundamentales de la población afrodescendiente víctima del desplazamiento forzado”, en la actualidad

dimensión étnico-racial como fuera advertido en 2003 por el Relator Especial sobre las Formas Contemporáneas de Racismo, Discriminación Racial, Xenofobia e Intolerancia Relacionada (ACNUR, 2007).

Durante las últimas cuatro décadas del siglo XX, los estudios afrocolombianos centraron el análisis en experiencias y dinámicas de las poblaciones negras que habitan la región del Pacífico, en los procesos políticos derivados de los derechos territoriales y culturales alcanzados con la Constitución Política de 1991 y la Ley 70 de 1993, en las formas de emergencia y consolidación de procesos organizativos locales y regionales, así como en los impactos del conflicto armado y el desplazamiento forzado en las poblaciones y territorios ancestralmente ocupados, tal y como es abordado por Pardo (2001), (Pardo, Mosquera y Ramírez, 2004), Restrepo y Rojas (2004) y Agudelo (2005). Las distintas investigaciones evidencian profundas relaciones entre el desplazamiento forzado como dispositivo de guerra y la reorganización geopolítica de los territorios, los enfrentamientos por el control y explotación de recursos ambientales, la implementación del agronegocio del narcotráfico y la palma aceitera, el desarrollo de megaproyectos de capital e infraestructura, así como la presión de capitales e intereses transnacionales sobre recursos locales. Estos estudios se refieren también a diferentes modalidades de gestión, organización y resistencia que vienen desplegando los pueblos desterrados para continuar con la vida, y aquellas otras que en el confinamiento o *emplazadas* buscan defender sus derechos colectivos al territorio, la protección de sus culturas y la autodeterminación como pueblos étnicos, como lo presentan Escobar (2005), Oslender (2006), Arboleda (2007) y Oslender (2008).

Las Comunidades Negras han denunciado incesantemente el etnocidio del que vienen siendo víctimas en los últimos años en que sistemáticamente han sido masacradas, desterradas e intimidadas diariamente por distintos actores armados. En Afroamérica (2004-2006), y en Mosquera y Barcelos (2007), se sistematizan las actuales discusiones acerca del tema de las *afro-reparaciones* manifestando que los afrocolombianos, negros, palenqueros y raizales deben ser sujetos de reparaciones diferenciales no sólo por los efectos del conflicto armado contemporáneo en sus territorios colectivos y cuerpos individuales, sino también porque la esclavitud y trata negrera son considerados crímenes de lesa humanidad luego que la Conferencia de Durban en Sudáfrica en el año 2001, hizo sujetos de reparación a los descendientes de la diáspora africana en el mundo. En los casos de Medellín y Antioquia, estas discusiones hasta ahora no han tenido mayor eco político ni académico.

Los estudios sobre las relaciones entre grupos étnicos y destierro en ámbitos urbanos, y particularmente sobre la ciudad de Medellín, son marginales y requieren de mayor elaboración y continuidad. No obstante, algunas monografías de pregrado se vienen acercando a distintas temáticas que relacionan los efectos del “desplazamiento” entre las poblaciones ubicadas en diferentes asentamientos de la ciudad, donde la presencia afrodescendiente es predominante: poblamiento de diferentes zonas de la ciudad, reubicaciones de asentamientos como parte de las políticas públicas de organización territorial, efectos psicosociales entre la población desplazada, estrategias organizativas de los desplazados, territorialidades y construcción de identidad,

en Colombia no se cuenta con sistemas de información diferencial de carácter étnico afro que permitan conocer, evaluar y atender a estas poblaciones desde una perspectiva étnico-racial garantizando así sus derechos territoriales y culturales.

construcción social de imaginarios sobre el cuerpo y la mujer en el desplazamiento, así como diferentes caracterizaciones de las poblaciones desplazadas ubicadas en las zonas periurbanas de Medellín, como es abordado en Quinchía (2003), Echavarría (2005), Ospina y Zapata (2005), Yépez (2006) y Mejía (2008), así como en las investigaciones realizadas por el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, Naranjo *et al* (2009).

El trabajo de Quinchía (2003) indaga por las maneras como los afrocolombianos desterrados construyen nuevos territorios e identidades en Medellín. La autora da cuenta de una doble estigmatización a la que se ven sometidos los afrodescendientes, por un lado como población negra y de otro como desplazados, así como de las estrategias individuales y colectivas desplegadas por ellos y ellas para construir barrio y comunidad urbana. Evidencia la importancia de las redes de familia extensa que entre los afrocolombianos son utilizadas para ubicarse en la ciudad, para buscar empleo, informarse sobre invasiones o sobre lugares de encuentro y diversión. En términos metodológicos, la construcción de mapas y cartografías le permite acercarse a los territorios, principalmente rurales, de donde han sido desterrados los afrodescendientes, así como a los espacios por los cuales transitan y apropian en diferentes zonas de Medellín. Finalmente, identifica formas de articulación e instrumentalización entre el carácter étnico y la condición de sujetos desterrados que los afrocolombianos despliegan para sobrevivir en la ciudad y construir territorios a nivel barrial.

Exceptuando aspectos relativos a la territorialidad e identidad abordados en el trabajo en mención, las temáticas acerca de diferencias culturales o étnicas entre la población desplazada, los derechos colectivos y territoriales vulnerados entre los pueblos étnicos, las particularidades espaciales y económicas de los lugares de expulsión, las consecuencias del destierro en los proyectos de vida afrocolombianos y la construcción de las políticas públicas de atención y reparación al desplazamiento forzado desde los “enfoques diferenciales” de carácter étnico, no han sido centro de interés de las investigaciones locales, aunque sí se evidencie la importancia analítica que tendrían estas perspectivas en futuros estudios y en las acciones gubernamentales de atención. En Medellín, al igual que en otras regiones de Antioquia y el país, son casi inexistentes los estudios sobre las relaciones entre grupos étnicos, destierro y discriminación socioracial, sobre la producción de territorialidades y formas de resistencia y organización por parte de desterrados afrocolombianos e indígenas en espacios urbanos, ni mucho menos se han abordado las formas de articulación y solidaridad entre líderes y organizaciones de desplazados étnicos que habitan en los lugares de expulsión y en las ciudades receptoras. Hasta el momento estos temas son invisibles en la amplia literatura producida por la academia, las ONG y otras instituciones, haciendo que las sugerencias infaltables de diversos autores e instituciones sobre la construcción y aplicación de “*enfoques diferenciales étnicos*” para la prevención, atención, restitución y reparación de las víctimas en el marco de las políticas públicas municipales, departamentales y nacionales, no logren tener un desarrollo amplio ni aplicabilidad concreta, ni mucho menos incidan en la transformación de las condiciones de marginalización y pobreza extrema que viven los desterrados. Esta situación pone en evidencia no sólo una geopolítica del conocimiento que lleva a la invisibilización de estas temáticas en las *agendas de investigación* local sobre desplazamientos, sino también la impunidad de los crímenes perpetrados contra las poblaciones racializadas en Colombia.

Los estudios sobre *desplazamiento forzado* en Colombia, y particularmente en Medellín, son abundantes y vienen siendo elaborados desde la academia, las instancias gubernamentales, las

ONG, la Iglesia y demás organismos dedicados a la comprensión e intervención de este fenómeno, y en algunos de ellos producidos localmente es pertinente interrogar sobre el acercamiento que realizan a una *perspectiva diferencial de carácter étnico en el destierro*. Uribe (2000) aunque subsume la diferencia étnica y cultural de las víctimas bajo la categoría genérica de desplazados, da cuenta del alto porcentaje de personas provenientes de regiones representadas e imaginadas colectivamente como “negras”, principalmente del Chocó y de distintos municipios del Urabá antioqueño. Jaramillo, Villa y Sánchez (2004), abordan las relaciones entre desplazamiento y miedo a través de las diferentes percepciones de las poblaciones en situación de desplazamiento y de la población receptora en la ciudad de Medellín, y señalan que los afrodescendientes aparecen no sólo como un *Otro* al que se estigmatiza -el desplazado en genérico-, sino que a éste estereotipo se suman otros producto de relaciones estructuradas jerárquicamente en la sociedad colombiana y antioqueña, que hacen de ellos un *Otro Negro*, peligroso e indeseable para la sociedad receptora, acarreado “nuevas” u otras modalidades de violencia y discriminación socio-racial que se superponen a las producidas por el destierro forzado. Naranjo (2004) aborda las relaciones y tensiones entre desplazamiento, ciudadanías y reconocimiento cultural propias de la lucha por el *derecho a la ciudad* para los desterrados, sin embargo, las diferencias étnicas no son abordadas.

Naranjo (2005) propone la hipótesis de un “estado de guerra en las ciudades” colombianas, situación que enfrenta a diferentes actores (Estado, guerrillas, paramilitares, milicias, delincuencia común, sociedad civil) y despliega escenarios donde cada actor pretende imponer *ordenes territoriales alternos*, asignar patrones de comportamientos individuales y colectivos instituyendo imaginarios, identidades y diferencias en la ciudad, delimitando zonas de inclusión y exclusión de poblaciones para proveer seguridad, establecer tributos e impartir justicia. La autora sugiere que las ciudades en el país, y particularmente Medellín, son un objetivo estratégico de la guerra y no sólo un contexto de enfrentamiento entre actores armados de diverso signo ideológico y político. Finalmente, llama la atención sobre los efectos nocivos que el desplazamiento tiene en cuanto a la ubicación de desplazados en las periferias y cordones de miseria urbanas. El empobrecimiento y la vulnerabilidad son producto de múltiples factores que merecen ser destacados, pues la expropiación de la tierra socava los sistemas productivos locales y tradicionales, causa pérdidas familiares, acarrea una inclusión forzada en medios urbanos hostiles, comporta que los desplazados queden sin entorno íntimo, entre otros. Todos estos factores confluyen entonces en la marginalización o traspaso de la línea de pobreza en áreas urbanas, en la desarticulación social, en la ruptura organizativa y comunitaria, así como en la escasa incidencia de los desplazados en la toma de decisiones que les son atinentes (Naranjo, 2005: 4-8).

Sánchez (2007) aborda el estudio del desplazamiento intraurbano en Medellín donde la ciudad comporta una doble característica por ser al mismo tiempo receptora y expulsora de población desplazada durante las últimas décadas. Muestra cómo desde la segunda mitad del siglo XX se consolidan diferentes asentamientos de poblaciones que llegan huyendo del campo por la Violencia bipartidista de la época, especialmente de zonas como Urabá y el Chocó. Finalizando los años noventa y hasta el primer lustro del siglo XXI, continúan llegando nuevas oleadas de desplazados del campo mientras aumenta cada vez más el desplazamiento intraurbano. En términos de las diferentes formas organizativas que identifica entre la población desplazada, da cuenta de organizaciones de carácter étnico, principalmente de afrocolombianos, y también de indígenas. Concluye que existen experiencias diferenciales en la afectación por el desplazamiento

entre los pobladores rurales y urbanos, donde la diferencialidad étnica y cultural es significativa. Jaramillo (2007) atiende a las características del desplazamiento forzado en la región del Urabá antioqueño, predominantemente habitada por poblaciones afrodescendientes y donde el destierro ha implicado una fuerte concentración de las tierras por parte de ganaderos, empresarios de monocultivos como el banano y la palma aceitera, así como por paramilitares y narcotraficantes. A pesar de que las comunidades negras estén amparadas por derechos culturales y territoriales colectivos son ellas, junto con los pueblos indígenas, las poblaciones más afectadas por el conflicto, el destierro y la usurpación de sus territorios colectivos. Desplazamientos masivos, asesinatos selectivos, confinamiento de poblaciones en algunas zonas de la región, persecución a líderes comunitarios, confrontación entre guerrillas y paramilitares, connivencia entre grupos paramilitares y agentes del Estado, son algunas de las modalidades de violencia que ocasionan el desplazamiento en la región, que al igual que Medellín es al tiempo altamente expulsora y receptora de desplazados, principalmente de afrodescendientes.

De los aportes de estos estudios mencionados de manera general se destacan tres elementos: en primer lugar, además del carácter político y bélico-militar que comporta el “estado de guerra urbana” que vive Medellín, emerge significativamente una dimensión *geopolítica* del desplazamiento que hace de ciertas comunas, barrios y sectores, escenarios centrales de la disputa entre diferentes actores armados, ocasionando la fractura de territorialidades que venían construyendo los pobladores de estas zonas, y en el caso que nos ocupa, los afrocolombianos que provienen de otras regiones del departamento y el país, así como de aquellos otros pobladores negros que habitando la ciudad han tenido que desplazarse intra-urbanamente. En segundo lugar, se reconoce que en materia de derechos ciudadanos en general, y colectivos de carácter étnico en particular, la atención del desplazamiento por parte de las políticas públicas municipales, departamentales y nacionales ha hecho esfuerzos por el reconocimiento de la diferencialidad poblacional de las víctimas, sin embargo, lo que arroja la etnografía de lo que he denominado como *espacialidades del destierro* en Medellín, es la insuficiente adecuación institucional para operacionalizar dichas políticas. Por último, el fenómeno del destierro comprendido como *proceso* es una realidad mucho más sistemática y de larga duración entre los grupos afrocolombianos que lo han padecido histórica y contemporáneamente.

“Incluidos Jurídicamente Pero Excluidos Socialmente”: perspectivas diferenciales de carácter étnico en las políticas públicas sobre destierro

“[...] es que el desarraigo es una problemática que ha afectado mucho al negro, antes por ahí uno no se vuelve loco, antes no hay más negros delincuentes, o sea uno se pone a analizar todo eso, lo que es uno vivir en un lugar, en el lugar que uno nació, crecer ahí y de pronto tener que salir como le ha tocado a muchos de nosotros y llegar a situaciones tan duras como las que se viven en la ciudad [...] para nosotros es importante que esas situaciones comiencen a visibilizarse, donde se diga el por qué esa realidad existe hoy, donde la gente tenga claro por qué hay unos beneficios para comunidades negras y hay unos beneficios para poblaciones desplazadas y qué hacen, porque es necesario que la gente entienda que eso no se debe mirar como que es discriminatorio sino porque ya hubieron unas situaciones que generaron esas necesidades [las atenciones diferenciales]”

Líder afrocolombiano del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios, Corregimiento de Altavista. Taller realizado el 6 de abril de 2008.

En Colombia, los antecedentes de política pública para la atención del desplazamiento forzado se remontan al año 1995 cuando por medio del documento Conpes 2804, el gobierno describe las consecuencias socioeconómicas, políticas y psicosociales de este fenómeno. Para aquel entonces, se reconocen afectaciones particulares para las poblaciones indígenas, mientras los afrocolombianos son subsumidos en la categoría genérica de “campesinos” que homogeniza a una población desterrada que aumenta diariamente. Dos años después, en medio de la agudización del conflicto armado, se creó la Ley 387 de 1997 que definió al *sujeto desplazado* y adoptó mecanismos para la prevención del desplazamiento, la atención humanitaria, la protección y la estabilización socioeconómica de los desplazados internos. Según esta normativa, es desplazado:

[...] toda persona que se ha visto forzada a migrar dentro del territorio nacional abandonando su localidad de residencia o actividades económicas habituales, porque su vida, su integridad física, su seguridad o libertad personales han sido vulneradas o se encuentran directamente amenazadas, con ocasión de cualquiera de las siguientes situaciones: conflicto armado interno, disturbios y tensiones interiores, violencia generalizada, violaciones masivas de los Derechos Humanos, infracciones al Derecho Internacional Humanitario u otras circunstancias emanadas de las situaciones anteriores que puedan alterar o alteren drásticamente el orden público (Artículo 1, Ley 387 de 1997).

En el artículo 2 de la Ley 387 se anota que, “[...] el desplazado y/o desplazados forzados tienen derecho a no ser discriminados por su condición social de desplazados, motivo de raza, religión, opinión pública, lugar de origen o incapacidad física”. Por su parte, el artículo 10 del segundo capítulo enuncia como deber estatal, “[...] garantizar atención especial a las comunidades negras e indígenas sometidas al desplazamiento en correspondencia con sus usos y costumbres, y propiciando el retorno a sus territorios”. Posteriores desarrollos de la política pública plantean que cuando el desplazamiento afecte a los grupos étnicos minoritarios, las acciones del Estado se enmarcarán en el respeto de los marcos legislativos que les son propios y que se dará prioridad a los proyectos de estabilización, retorno o reubicación atendiendo la territorialidad colectiva de

estas comunidades, a sus formas asociativas y comunitarias de trabajo y producción, así como a los procesos etnoeducativos (Documento Conpes 3057/1999).

Paralelo a esta ley se crearon también una serie de agencias y sistemas de información diseñados para la intervención estatal: el Sistema Único de Registro, SUR, el Sistema Nacional de Atención Integral a la Población Desplazada, SNAIPD, el Consejo Nacional de Atención Integral a la Población Desplazada, CNAIPD, los Comités Territoriales para la Atención Integral a la Población Desplazada, la Red Nacional de Información, Unidades de Atención y Orientación a la Población Desplazada, UAO, y el Plan Nacional de Atención Integral a la Población Desplazada. Interesa resaltar que la representación del *sujeto desplazado* por parte de los mecanismos jurídicos y de las tecnologías de su intervención definen su situación como transitoria, suponiendo un pronto retorno a las zonas de expulsión, que son los territorios titulados colectivamente en el caso de los grupos étnicos afrocolombianos.

A pesar del avance jurídico y del perfeccionamiento de los mecanismos de caracterización y diferenciación de las afectaciones poblacionales, las formas de adecuación institucional y la operatividad de la Ley 387 no ha sido efectiva, por lo que las tutelas se convirtieron en mecanismos de presión social por medio de las cuales los sujetos desplazados vienen exigiendo el cumplimiento de sus derechos y la atención efectiva del Estado. A la precariedad estatal para atender a la población desplazada, y en general para solucionar el problema del desplazamiento interno, se superponen la agudización en la violación de derechos humanos, la vulneración de los derechos colectivos y territoriales de los grupos étnicos, y finalmente, la violación de los nuevos derechos de la población desplazada. En el año 2004, la Corte Constitucional promulgó la Sentencia T-025 y declaró que la situación en la que viven los desplazados representa un *Estado de Cosas Institucional*, ECI, debido a la situación de desconocimiento generalizado y sistemático de los derechos constitucionales de ésta población y las falencias estructurales de la respuesta estatal.

Para el caso de los grupos étnicos, la Conferencia Episcopal Colombiana y CODHES han denunciado la particular arremetida que la guerra y el destierro han tenido sobre sus poblaciones y territorios colectivos: “Los pueblos indígenas y las comunidades afrocolombianas se encuentran dentro de los grupos poblacionales que en mayor medida han sido sometidos al destierro y al despojo. Su ubicación tradicional en zonas estratégicas los ha convertido en objetivo de la disputa por territorios, recursos y control económico, social y político” (CEC-CODHES, 2006: 20).

Antioquia ha sido una entidad territorial pionera en implementar acciones tendientes a superar el Estado de Cosas Institucional planteado por la Corte Constitucional (ACNUR, 2007). Con la Ordenanza 06 del año 2006, la Asamblea Departamental adoptó la política pública para la prevención del desplazamiento forzado, la protección, reconocimiento y reparación de los derechos de la población afectada por el desplazamiento forzado y por la violencia en el departamento de Antioquia. Entre otros avances derivados de la Ordenanza, es importante señalar la adecuación y el fortalecimiento institucional, los esfuerzos por caracterizar la población desplazada y la elaboración de los Planes Integrales Únicos, PIU. Posteriormente, con la Ordenanza departamental 02 del año 2007, se adoptó el PIU de Antioquia. Uno de los objetivos de ésta política, como lo plantea el artículo dos, es:

[...] definir y orientar programas, proyectos y acciones que apunten al restablecimiento de los derechos fundamentales y los derechos económicos, sociales y culturales, vía retorno, reubicación o integración local; en condiciones de seguridad, voluntariedad y dignidad; con la interlocución y participación de la población afectada por el desplazamiento forzado por la violencia, según sus características diferenciales poblacionales, étnicas, de género y territoriales.

Así mismo, la política pública ha promovido la participación y organización de la población desplazada a través de la conformación de comités locales y departamentales, de mesas municipales de población desplazada o de comisiones temáticas. En esta ordenanza departamental hay un esfuerzo por involucrar el componente étnico para la atención de la población desplazada y eso significa ya un avance importante, sin embargo, el desarrollo de este ordenamiento jurídico presenta serios límites de aplicabilidad concreta en lo que respecta a la formulación, financiación e implementación de programas y proyectos diferenciales de carácter étnico⁸.

La debilidad institucional del Estado para dar respuesta y atención al fenómeno del destierro en general, se agudiza cuando además debe intentar responder a una diferencialidad en los efectos y en las poblaciones víctimas, una diferencia étnica que no se entiende muy bien o que no recobra mayor interés político regional. En palabras de una funcionaria pública encargada del tema del desplazamiento forzado en Antioquia,

“[...] la adecuación institucional es la línea transversal a todas las acciones de atención propiamente dicha a la población desplazada para que las instituciones incorporen los enfoques de derechos y diferenciales en los programas, planes y proyectos, cosa que es bastante difícil porque incorporar enfoques diferenciales pasa por incorporar enfoque de derechos, incorporar enfoque de derechos pasa por ser más coherentes con todo lo que implica un Estado social de derecho, es decir, participación, control social, veeduría, rendición de cuentas, formación ciudadana... y las administraciones todavía no están muy en ese ritmo porque diseñan los presupuestos completamente a espaldas y sin diagnósticos ni caracterizaciones claras que les digan cómo deben ser las intervenciones, las escogencias de las poblaciones que se atienden son muy aleatorias [...] nosotros tenemos severos problemas, y lo digo como ejecutora de política pública, en el campo del diseño de política pública, nosotros tenemos problemas de asistencia humanitaria, tenemos problemas de generación de ingresos grandes, nosotros no alcanzamos a cubrir la asistencia humanitaria, con lo cual a todo el mundo le parece muy light meter lo diferencial, pues eso es lo más light que hay, si usted le dice a alguien que en políticas públicas meta eso, lo mete por la exigibilidad de la Corte y eso generalmente es una formalidad y en la práctica se vuelve un asunto absolutamente instrumental con lo cual pierde eso que la Corte logra coger como en su espíritu, que es que las diferencias tengan espacio, una democracia será más democracia mientras haya más espacio para que las diferencias puedan decir y más una diferencia que el desplazamiento ha mostrado que es sumamente vulnerada, es decir, usted encuentra vulneraciones en afrodescendientes, en indígenas, en mujeres y en niños [...] el problema está en cómo hacerlo efectivamente diferencial, sería políticamente incorrecto hablar de que uno no piensa que todas esas cosas tienen que tener un enfoque diferencial, si la

⁸ En cuanto a programas de atención diferencial de la población desplazada existen ciertos avances referidos a la diferencialidad de género, dirigidos particularmente a la población femenina a través de proyectos enfocados en las madres cabeza de familia, en procesos de capacitación y formación para el empleo. Sin embargo, no hay desarrollos específicos en estos programas y proyectos para las mujeres desterradas afrocolombianas (ACNUR, 2007).

modernidad fue homogenización, fue la unificación, hoy en día las diferencias piden pista y esto es una cosa que está en todo lado, pero de ahí a hacer los diseños institucionales que permitan de verdad bajar esos programas y proyectos diferenciales es muy difícil, es decir, ¿cómo implementar todo lo que la Corte nos ha dicho?”

Coordinadora de una línea de atención del Comité Departamental de Atención a la Población Desplazada. Entrevista, 12 de agosto de 2008.

En el nivel municipal, a través del Acuerdo 049 del año 2007 se adoptó la política pública para la prevención, protección, reconocimiento, restablecimiento y reparación de la población afectada por el desplazamiento forzado en el municipio de Medellín. En correspondencia con los lineamientos de políticas diseñados en las escalas nacional y departamental, el reconocimiento de la identidad y la diversidad de la población afectada por el desplazamiento forzado es uno de los criterios centrales en su formulación.

En la ciudad se viene construyendo el PIU que enfatiza en los “enfoques de derechos” y “diferencialidad” para atender a la población desplazada. A pesar del avance que constituye la configuración de estos dispositivos jurídicos de definición e intervención sobre el desplazamiento en los últimos once años, se vienen presentando serios límites estatales en la transformación de las condiciones de vulnerabilidad y pobreza extrema que enfrentan cerca de cuatro millones de personas en Colombia. Según la Comisión de Seguimiento a la Política Pública sobre el Desplazamiento Forzado, los sistemas de información oficial presentan un alto grado de subregistro (de casi el 50%) de la población realmente desplazada en el país (ACNUR, 2007: 30), lo que dificulta, entre otros, la atención oportuna y eficaz en salud y educación. Igualmente, se evidencia que el derecho a la estabilización socioeconómica ha sido prácticamente inalcanzable (CODHES, 2008).

Los *enfoques diferenciales* en tanto métodos de análisis e intervención de la realidad, buscan definir y visibilizar diferentes discriminaciones identificadas en contextos de crisis humanitarias extremas como la del destierro en Colombia, para brindar atención adecuada y protección de derechos particulares para las distintas poblaciones: niños, jóvenes, mujeres, grupos étnicos afrodescendientes e indígenas, adultos mayores y discapacitados (Meertens, 2002). En ese sentido, el Plan Nacional de Atención Integral a la Población Desplazada por la Violencia (2005), adoptó como principio rector el enfoque diferencial teniendo en consideración las características de la población afectada en términos del género, la edad y la pertenencia étnica, pero no hace explícitos los fines mismos del enfoque, ni tampoco define los términos particulares de esa diferencialidad, ni tampoco cómo deben entenderse desde las políticas públicas locales. ACNUR (2005) por su parte, identifica como impactos diferenciales del destierro la alta vulneración de los grupos étnicos, la disputa entre actores armados por el control y dominio de los resguardos indígenas y los territorios colectivos de las comunidades afrocolombianas, la afectación comunitaria en tanto *sujetos de derechos colectivos*, el deterioro de sus proyectos políticos de autonomía y las territorialidades que los fundamentan, la alteración de los procesos de construcción identitaria y de integridad cultural, el debilitamiento de los procesos organizativos y de la capacidad de respuesta de las autoridades étnicas. Según este organismo internacional, *el enfoque diferencial* tiene como objetivo identificar el impacto diferencial en las poblaciones por la profundización de las desigualdades históricas y la generación de nuevas discriminaciones que generan nuevas desigualdades. Sin embargo, se evidencian problemáticas en la comprensión y

puesta en práctica de estos enfoques entre las políticas sectoriales, así como desarticulación entre las distintas fases de la atención del desplazamiento, lo que acarrea impactos sistemáticos de poco alcance, difíciles de medir y/o de redireccionar, al igual que respuestas contradictorias y una serie de invisibilizaciones de los riesgos de protección y situaciones de inequidad.

Además de estas dificultades, se presentan otras problemáticas como la carencia de formulaciones explícitas e integrales del enfoque étnico, lo que viene produciendo que la implementación de las políticas se restrinja a una sumatoria de acciones parciales y descontextualizadas. Es importante resaltar que al menos en el campo de la formulación, las políticas públicas y los programas de atención se concentran principalmente en poblaciones indígenas, invisibilizando y dejando de intervenir las afectaciones entre las comunidades afrocolombianas, ocasionando el riesgo de causar nuevas formas de discriminación y vulneración de derechos (ACNUR, 2007: 80-83).

Por parte del movimiento social afrocolombiano y de las organizaciones afrocolombianas de población desplazada, se ha venido insistiendo en que la comprensión del destierro y el confinamiento entre la población afrodescendiente, no debe ser reducida a las facetas coyunturales del conflicto armado contemporáneo, sino que es necesario interrogar e intervenir otros factores históricos que han contribuido a estructurar la exclusión y discriminación socioracial entre el pueblo afrocolombiano. Entre los factores que reproducen múltiples violencias y formas discriminatorias contra los afrodescendientes desterrados en las ciudades, identifican los siguientes,

[...] (i) actitudes y comportamientos racistas por parte de las instituciones y la ciudadanía en general, (ii) bajos niveles educativos que son producto de los procesos de exclusión anteriores al desplazamiento, que nos colocan en situación de desventaja para articularnos laboralmente a la ciudad, (iii) los saberes y competencias, de gran riqueza en la vida anterior, ante la imposibilidad de recontextualizarlos, empujan al desempeño de oficios mal remunerados en los que somos víctimas de expresiones racistas, y (iv) la alta dependencia de ayuda externa, que al no facilitar la creación de alternativas autónomas y sostenibles para la generación de ingresos, genera condiciones que incluso empujan hacia las prácticas de mendicidad (AFRODES, 2008: 27).

Las organizaciones afrocolombianas de población desterrada concluyen que las respuestas estatales en el diseño de las políticas públicas y su implementación son insuficientes e inadecuadas, tanto para los desplazados en general como para los grupos étnicos desterrados. En el caso de los grupos étnicos, dichas respuestas agudizan sus problemáticas ya que,

La respuesta al desplazamiento de pueblos indígenas y comunidades afrocolombianas se construye sobre la invisibilización de los derechos colectivos de estos pueblos, y la protección parcial de los derechos de sus individuos. El efecto es, tal y como lo establece el Plan Integral de Largo Plazo para Población Negra o Afrocolombiana, sustituir a “la persona de la comunidad negra expulsada de su territorio por un ser sin identidad al ser identificado como “desplazado”, que visto y tratado así -jurídica y socialmente- es desproveerlo de sus derechos colectivos, -su derecho al territorio, su derecho a la identidad cultural y la autonomía-, es despojarlo física, social y culturalmente” (ACNUR, 2007)⁹.

⁹ En este texto de ACNUR se retoma el documento del Departamento Nacional de Planeación, elaborado por la consultora Libia Grueso Castelblanco. Plan Integral de Largo Plazo Población Negra o Afrocolombiana. Documento final de contexto y recomendaciones de política pública y de derechos humanos. Bogotá, agosto 10 de 2006, pg. 5.

Es importante resaltar que las propuestas elaboradas por los movimientos sociales afrocolombianos para la atención, restitución y reparación de sus poblaciones desterradas en el marco de un *enfoque diferencial étnico* desde las políticas públicas, enfatizan la necesidad del retorno a sus territorios colectivos de origen y el fortalecimiento y apoyo de los Consejos Comunitarios como formas organizativas centrales en la lucha por el derecho a la vida y a la diferencia cultural. No obstante, a mi modo de ver, no se ha logrado avanzar en propuestas que contemplen la restitución territorial y el fortalecimiento organizativo entre las poblaciones desterradas que luchan por reconstruir sus vidas individuales y colectivas en las ciudades receptoras, desatendiendo la realidad de que para ciertos grupos afrocolombianos, al menos en el corto plazo, no es posible retornar, ya sea porque el conflicto armado no ha cesado y por el contrario se agudiza cada vez más o porque los desterrados intentan reconstruir sus horizontes de vida en los nuevos contextos y el retorno ya no está entre sus aspiraciones futuras. Estas discusiones sobre la restitución y reparación por el destierro en los escenarios urbanos, podrían contribuir a fortalecer la participación de las poblaciones afrocolombianas desterradas en los proyectos de reubicación de poblaciones desplazadas en la ciudad, garantizando su participación en las ofertas institucionales desde enfoques diferenciales.

Los siguientes testimonios narran las formas de discriminación y vulneración de los derechos que como sujetos desplazados tiene el pueblo afrocolombiano, evidenciando la falta de voluntad política del Estado y sus instituciones para atender diferencialmente a los grupos étnicos y garantizarles atención, restablecimiento y reparación colectiva:

“[...] he sido como muy de malas porque casi esa ayuda [por parte del Estado] no me sale, muy poco, yo veo que hay personas que le dan y le dan y salen favorecidas y yo muy poco [...] me ha tocado salir hasta a pedir, lo único que no he hecho hasta ahora es robar, es lo único, pero me ha tocado salir a pedir para darle de comer a esos pelaos aquí en Medellín, de madrugarme a las dos de la mañana a irnos pa’ la mayoritaria, me ha tocado duro aquí [...] me dieron en el 2001 un mercado como por 3 meses, le daban un costalito a uno de comida y me dieron un kit de cocina y no más, eso fue todo lo que me dieron”

Mujer afrocolombiana desterrada de Tadó, Chocó. Entrevista, 23 de junio de 2008.

“[...] yo estuve yendo, perdiendo el tiempo pa’ allá y pa’ acá, ve y a un poco le daban y a mí no me daban nada, me iba por ahí a las 6 de la mañana venía a las 6 de la tarde sin almorzar, a veces me iba apenas con los meros pasajes o a pie hasta allá a la UAO y no, los demás salían favorecidos y yo no, yo no sirvo pa’ estar rogando, pegada de otro, noo, me voy a conseguir lo mío por mis propios medios, si en algún día se recuerdan que yo existo... pero no, vea acá casi todo este barrio tiene negocio, me he anotado como tres veces disque pa’ un proyecto productivo, nunca he salido favorecida, entonces eso es por suerte, entonces yo pa’ que pierdo mi tiempo”

Mujer afrocolombiana desterrada del Bajo Cauca antioqueño, habitante del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios, Corregimiento de Altavista. Taller realizado el 6 de abril de 2008.

“[...] pienso que es una humillación para los desplazados tener que hacer semejantes filas con sol o lluvia, a veces que los rempujan, a veces que le dicen usted no es desplazado, usted no es esto para recibir una librita de arroz, una librita de aceite, sabiendo que son personas que estuvieron en su campo trabajándole a su tierra y que no tenían necesidad de pedirle a nadie pues la comida la tenían ahí, sus animales y que por culpa de la violencia han tenido que llegar a un espacio

donde son discriminados [...] los afrocolombianos estamos incluidos jurídicamente pero excluidos socialmente”

Joven afrocolombiana habitante del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios, Corregimiento de Alta Vista. Taller realizado el 6 de abril de 2008.

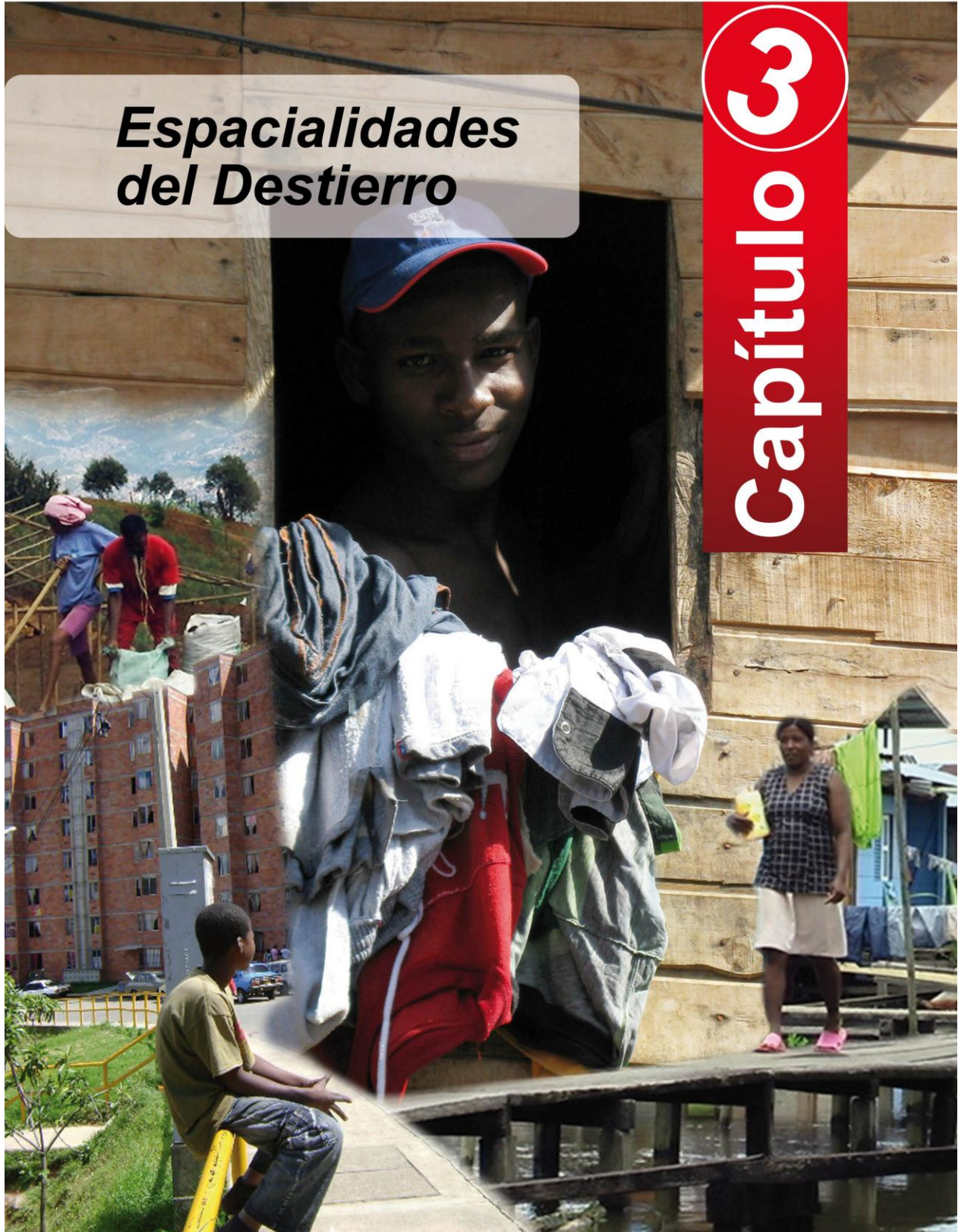
Los afrocolombianos desterrados en la ciudad atraviesan por distintas dificultades para tratar de acceder a los derechos que la Ley 387 de 1997 les ha consagrado por ser víctimas del conflicto armado, en muchos casos ni siquiera las instituciones del Estado les reconocen las afectaciones sufridas individual y colectivamente y tampoco les brinda las condiciones mínimas de atención de emergencia cuando llegan a la ciudad. Con el paso del tiempo, los desterrados se ven abocados a deambular entre instituciones y trámites legales para intentar acceder a cualquier tipo de apoyo, que en el mejor de los casos, tampoco logra resolverles su situación de precariedad y por el contrario les condena una vez más a sufrir la violación de derechos como ciudadanos, grupo étnico y población en situación de desplazamiento forzado.

Más allá de la redacción jurídica de ordenanzas, acuerdos, decretos y planes de acción afirmativa, los *enfoques diferenciales* de carácter étnico para la atención y reparación de las víctimas del destierro y la guerra en Medellín, hasta el momento no han sido implementados a través de programas o proyectos concretos, por el contrario se presentan acciones e intervenciones desarticuladas por parte de diferentes dependencias de la administración municipal y de otras instituciones descentralizadas y organismos no gubernamentales, que no logran impactar positivamente en el mejoramiento de la calidad de vida de los desterrados afrodescendientes, ni menos en la protección y cumplimiento de sus derechos colectivos como grupo étnico, ni de los derechos en tanto ciudadanos del país. Los procesos de justicia restaurativa y reparativa por el desplazamiento forzado entre las comunidades afrocolombianas, no están atendándose adecuadamente desde *enfoques diferenciales étnicos o de género*, tampoco existen hasta el momento mecanismos concretos para realizar las compensaciones necesarias por las afectaciones territoriales, culturales, socioeconómicas y políticas que estas poblaciones requieren, ni mucho menos las garantías necesarias para la no repetición de estos crímenes (AFRODES, 2008).

El destierro como dispositivo de control y dominación sobre poblaciones y espacios específicos, reactualiza las formas en que operan el racismo y la marginalización estructural para confinar espacialmente en los cordones de miseria y en la periferia urbana a los desterrados afrodescendientes. Es allí donde las *espacialidades del destierro* se producen a través de las gramáticas del terror y el aniquilamiento étnico afrocolombiano en diferentes regiones de la geografía nacional y municipal.

Espacialidades del Destierro

Capítulo 3



La guerra, y en especial el destierro como una de sus expresiones más violentas y desestructurantes de la vida social y cultural de los pueblos afectados, producen diferentes espacialidades del destierro, al tiempo que afecta diversas formas territoriales que históricamente han venido construyendo los sujetos ahora desterrados. Las espacialidades del destierro emergen de las interrelaciones de poderes diferenciales entre actores armados, el régimen del capital globalizado, el Estado, la sociedad civil, los movimientos sociales, las víctimas de la guerra y los demás agentes sociales involucrados, y se manifiestan en los territorios de origen y expulsión, los refugios o albergues transitorios, los asentamientos de invasión en los sitios de llegada, las urbanizaciones de reubicación en la ciudad y los territorios de retorno¹⁰. Por espacialidad del destierro entiendo las configuraciones espaciales en que se desenvuelven las vidas cotidianas de las personas y los grupos sociales víctimas del destierro forzado y que comportan relaciones políticas, económicas y bélicas que producen configuraciones espaciales concretas. En otras palabras, las espacialidades del destierro son, simultáneamente, el medio y el resultado de las prácticas contemporáneas de violencia y desarraigo que se tornan concretas en distintos lugares. Los diferentes lugares del destierro se interconectan en escalas que pueden ir de lo local a lo nacional, y en algunos casos, más allá de las fronteras nacionales.

El destierro afrodescendiente en Colombia entendido como un proceso social, político y económico de dominación y control produce unas espacialidades concretas que afectan formas territoriales específicas producidas ancestralmente por las comunidades afrocolombianas, al tiempo que hace emerger nuevas condiciones territoriales que configuran a su vez la cotidianidad de los desterrados, sus culturas y formas de organización. Los lugares del destierro (territorios de expulsión, refugios, asentamientos, nuevos barrios de reubicación y territorios de retorno), generan nuevas formas de violencia y exclusión para con los pobladores afrodescendientes desterrados. Sin embargo, en estos lugares también se dan acciones y discursos de resistencia por parte de los mismos desterrados, lo que pone en juego la dialéctica de la producción social del espacio, haciendo posible que los sujetos desterrados articulen distintas formas de organización para sobrevivir al interior de una sociedad que los discrimina y excluye, tanto por su condición de afrodescendientes como de desterrados. Es decir, en los lugares del destierro se despliegan a su vez unas *re-existencias afrocolombianas*, distintas prácticas y discursos para sobrevivir a la

¹⁰ Inicialmente había contemplado sólo los cuatro primeros lugares del destierro, sin embargo, en el marco del Segundo Congreso Internacional de Estudios Socioespaciales “El territorio como “demo”: demo(a)grafías, demo(a)cracias y epi-demias”, celebrado en noviembre de 2009 en la ciudad de Sevilla, España, presenté junto con el profesor Vladimir Montoya la comunicación titulada: “Memorias desterradas y saberes “otros”. Re-existencia(s) afrodescendiente(s) en Medellín”. Durante este evento el profesor Ulrich Oslender nos sugirió pensar *los espacios de retorno* como un quinto lugar hasta entonces no atendido en nuestro planteamiento, y en el cual no sólo se podrían estar produciendo nuevas violencias sino también otras formas de re-existencia por parte de los afrodescendientes desterrados. A pesar de requerir una nueva etapa de etnografía y la producción de otras cartografías socioculturales para profundizar en su conocimiento, presento un acercamiento preliminar a este otro espacio del destierro. Agradecemos al profesor Oslender sus aportes para cualificar nuestra propuesta analítica sobre las espacialidades del destierro y las re-existencias afrocolombianas.

muerte y la marginalización. Los *contraespacios* de la *re-existencia afrodescendiente* se abordan en el cuarto capítulo.

El territorio como producto y las territorialidades como ejercicios de la producción social del espacio, implican conflictos y disputas por su uso y control entre los distintos sujetos sociales que los producen, procesos históricos que para Henry Lefebvre significan el despliegue de una *política del espacio* (Lefebvre, 1976 citado en Oslender, 2008:71). En esta política del espacio intervienen los tres momentos o ámbitos que para Lefebvre (1991) constituyen la producción del espacio, los cuales no son ontológicamente independientes unos de otros, sino por el contrario, interdependientes y contenidos entre sí: las prácticas espaciales, las representaciones del espacio y el espacio representacional. Las prácticas espaciales (o el *espacio percibido* en la propuesta del geógrafo Edward Soja, 1996) se refieren a cómo en la cotidianidad el espacio es percibido y experimentado por las personas, a una serie de prácticas que se sustentan en las memorias colectivas y que asumen significados particulares de acuerdo a otras relaciones de clase, género, edad, orientación sexual, raza o etnicidad. Las representaciones del espacio (o el *espacio concebido* de Soja), se refiere a las representaciones dominantes elaboradas por los discursos, saberes y prácticas especializados que a través de su institucionalización se diseminan e instalan en el sentido común de la sociedad. Según Lefebvre, estas representaciones se refieren al “[...] espacio conceptualizado, el espacio de los científicos, planificadores, urbanistas, subdivisiones tecnocráticas e ingenieros sociales” (Lefebvre, 1991: 38, citado en Oslender 2008: 74). Y el espacio de la representación (el *espacio vivido* de Soja), son aquellos espacios de la imaginación, de la utopía, de las artes de las resistencias colectivas e individuales que procuran un *espacio diferencial o tercer espacio* ante la dominación de las representaciones espaciales hegemónicas. La búsqueda de un espacio de la representación desde la oposición radical y las luchas sociales convergen en la producción de *contraespacios*, espacios de las alternativas y para las esperanzas, en espacios de la diferencia. Los planteamientos de ambos geógrafos me permiten comprender que las espacialidades del destierro se materializan en formas concretas de organización social de la vida y como el medio propio donde se desenvuelve la existencia social de los desterrados afrocolombianos; que son tanto el resultado de las acciones sociales sobre la naturaleza material como de las dinámicas propias de una sociedad particular. Igualmente, son útiles para proponer la existencia de unos *contraespacios de la re-existencia afrodescendiente* en Medellín.

En el acercamiento al destierro y los contraespacios, me apoyo en los aportes del geógrafo Ulrich Oslender sobre las “geografías del terror” (Oslender, 2006) y la “espacialización de las resistencias” (Oslender, 2008). Para él, los *regímenes de terror* instaurados en el Pacífico colombiano a través de lo que denomina procesos de *des-territorialización*, han subvertido los derechos colectivos culturales y territoriales de las comunidades negras alcanzados a inicios de la década de 1990. Los lugares afectados sistemáticamente por diferentes formas de terror instauradas por los grupos armados para hacerse al control del territorio, sus recursos y pobladores, se transforman en, “[...] paisajes de miedo con unas articulaciones espaciales específicas que rompen de manera dramática, y frecuentemente imprevisible, las relaciones sociales locales y regionales” (Oslender 2006: 161). A pesar de esto, las estrategias individuales y colectivas de recuperación territorial en los propios lugares de expulsión o en aquellas otras zonas de recepción de las víctimas, producen nuevas dinámicas espaciales que él denomina *re-territorialización*. Plantea también que el lugar, las formas organizativas comunitarias y las acciones que los sujetos desterrados emprenden, configuran estrategias particulares de sobrevivencia, defensa del territorio y formas de resistencia, ya que: “[...] el espacio se deja

movilizar para confrontar al terror en su lugar” (Oslender 2006: 164). Considero que Ulrich Oslender aporta elementos analíticos y metodológicos valiosos para la comprensión de los procesos de des-territorialización y re-territorialización de las poblaciones rurales afrocolombianas, así como de las estrategias espaciales de resistencia que despliegan en la región del Pacífico colombiano, sin embargo, en mi caso el reto consiste en atender las espacialidades del destierro en la escala urbano donde los colectivos e individuos afrodescendientes han sido confinados tras la expulsión y des-territorialización y en las que emergen nuevas formas de solidaridad, organización y resistencia que ya no están directamente relacionadas con las lógicas espaciales del río y la selva, ni con los Consejos Comunitarios como formas organizativas, además de que no se afincan únicamente en las identificaciones de tipo étnico.

A continuación presento la descripción y el análisis de los cinco lugares del destierro que he identificado para esta tesis: 1) lugares de expulsión, 2) albergues o refugios, 3) asentamientos de invasión, 4) urbanizaciones de reubicación en la ciudad y 5) los territorios de retorno.

Lugares de Expulsión

*“Voy a regar las noticias
pa que sepa el mundo entero
que en el pueblo de Bagadó Chocó
llovió sangre de los cielos*

*Nosotros estamos asustados
por este misterioso aguacero
sufrimos acá en la tierra
y también sufren en el cielo*

*Eso es por mandado de dios
pa' que le pongamos vista
que las cosas que se están viendo
eso es por los terroristas*

*Ellos matan a los jóvenes
y también a los ancianos
ellos también van pa' la tierra
que se los coma el gusano*

*La sangre de los que ellos matan
se subió para los cielos
y para que ellos se arrepientan
se convirtió en aguacero*

*Ellos como que no tienen vista
ni tienen ojo en la frente
matan a los que tienen culpa
y también a los inocentes*

*Por las maldades que hacen
sangre es lo que está lloviendo
y nunca les da terror
por lo que ellos están haciendo*

*Nosotros en este mundo
estamos viendo cosas raras
que por esta maldita violencia
la vida se ha puesto cara”*

Versos titulados *terrorismo* compuestos por el músico y poeta Cecilio Santos Saucedo, habitante del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios. Entrevista, septiembre 9 de 2008.



Fotografías No. 1 y No. 2. Vigía del Fuerte, Urabá antioqueño. 2008. Fotografías del autor.

Apoyando en la postulación de Lefebvre (1991), acerca de que la producción del espacio se entiende como un campo de tensiones entre fuerzas y sujetos por su uso, apropiación y dominio,

propongo que las *espacialidades del destierro* se configuran en aquellos lugares¹¹ o regiones donde el conflicto armado y la violación de los derechos étnico-territoriales ha ocasionado la expulsión de personas afrocolombianas que han tenido que huir para sobrevivir a la muerte. Los *lugares de expulsión* son los territorios ocupados tradicionalmente por las comunidades negras, algunos de ellos ya con títulos colectivos otorgados mediante la Ley 70 de 1993 y en los que acontece la violación de los derechos humanos, la intimidación, las masacres, los asesinatos selectivos, la destrucción de viviendas, iglesias, escuelas y centros de salud, además de que se padece la restricción de la movilidad de las personas y los alimentos por senderos y ríos, así como el confinamiento o *emplazamiento* de poblaciones en zonas determinadas, entre otras formas de violencia, haciendo del miedo y el terror un lenguaje que se inscribe en los espacios cotidianos, en las memorias colectivas y en las corporalidades individuales de las y los desterrados.

Si bien el caso de las violencias y el destierro en Colombia presenta particularidades históricas, sociales y políticas que nos podrían hacer pensar nuestro caso como *sui generis* en el mundo, diferentes análisis acerca de las guerras y el terror a escala global evidencian que durante la última década del siglo XX, la misma en que se da la más brutal arremetida contra los grupos étnicos afrocolombianos, la *eliminación de la diferencia* encarnada en las *minorías* (numéricas, culturales, políticas, religiosas y de ilegales) también imperó en otras regiones del mundo como la India, Ruanda y Europa. Según Appadurai (2007), esta época en el mundo se caracterizó por la emergencia de nuevas formas de odio y etnocidio que hicieron que la violencia y las distintas formas de degradación de los cuerpos de las víctimas estuvieran culturalmente motivadas. En Colombia como en otros lugares en el mundo, los asesinatos selectivos, las masacres, el reclutamiento forzado de niños y jóvenes, la violación sexual de las mujeres, la intimidación, el despojo material y territorial, se convierten en los principales mecanismos de violencia a través de los cuales se produce el destierro de millones de personas, afectando dramáticamente a las minorías étnicas y las poblaciones racializadas.

En nuestro país, mientras la narrativa oficial se limita al aumento o disminución de las cifras del desplazamiento y los desplazados, las *memorias del destierro afrodescendiente* relatan la crudeza de la violación sistemática de los derechos humanos, étnicos y territoriales, tal y como se deja ver en los siguientes relatos de personas expulsadas que llegaron hace años a Medellín huyendo de diferentes lugares rurales del Chocó, particularmente de Santa Rita, Tadocito, Bojayá, Bebamará, Nóvita, Istmina y Quibdó, así como de las regiones del Urabá y Bajo Cauca en Antioquia:

“[...] Nosotros nos desplazamos de Apartadó por una finca que se llama el Guaro, hubo una masacre, bajaron a todos los del bus y los que quedaron vivos inmediatamente salieron de una sin

¹¹ Parto de la comprensión de *los lugares* -al igual que de las espacialidades-, como una construcción social mediada por diferentes poderes interrelacionados, tal y como propone la geógrafa Doreen Massey, “[...] lo espacial como la esfera de la yuxtaposición, o co-existencia, de distintas narrativas, como el producto de relaciones sociales inundadas de poder; sería una visión del espacio que intenta enfatizar a la vez su construcción social y su necesaria naturaleza permeada de poder. Dentro de este contexto, los “lugares” pueden ser imaginados como articulaciones particulares de estas relaciones sociales, incluyendo las relaciones locales “dentro” del lugar y las muchas conexiones que se extienden más allá del mismo. Y todas estas embebidas en complejas y estratificadas historias. Esto es, el lugar considerado abierto, poroso e híbrido. Esta es una noción del lugar donde la especificidad (lo único local, el sentido del lugar) no se deriva de las raíces míticas internas ni de la historia del relativo aislamiento sino precisamente por la absoluta particularidad de la mezcla de influencias que se encuentran allí juntas” (Massey, 1999: 18, citado en Escobar, 2005: 186).

nada y entonces cayó él [su compañero sentimental] ahí, unos quedaron vivos y a otros los mataron, entonces es un desplazamiento forzado, es víctima de todos. Ese fue mi desplazamiento en las fincas bananeras, porque en Apartadó cuando comenzaron las masacres eso hacían, de una en los buses, llegaban a las fincas amarraban a la gente y la iban matando así, sin sacar que listados, nada, así hubieran víctimas o no hubieran víctimas, ese fue mi desplazamiento, en las fincas bananeras”

“[...] el desplazamiento mío fue que vivíamos en una finca, vivíamos en un río llamado Murri, teníamos la finca, teníamos todo allá y de pronto llegaron a decirle al esposo mío porque él se abalanzó al Consejo, le dio envidia a los compañeros y le echaron la guerrilla y un tipo le dijo que se desplazara porque lo podían matar por ese problema, y ya él se vino y a los tres días de haberse venido me vine yo con los papás y mis hijos”

“[...] el desplazamiento mí o fue que estaba en mi casa, con mis niños en la mina, en el pueblo de Bebaramá cuando se metieron unos grupos armados y dijeron quieto ahí y el que no se sale lo mataron y ya, cogí pa’ Quibdó y de allá para Medellín”

“[...] El desplazamiento mío fue grupal porque mi compañero cuando eso era soldado, tuvo un enfrentamiento en Puerto Claver y él se retiró porque perdió un dedo en un enfrentamiento, pero la guerrilla lo siguió, lo boletió, y ya fue grupal con varios amigos de él”

“[...] Lo mío es que vivía con el papá de mi niño en un pueblo que se llama Arquía, en ese pueblo de allá fue que al abuelo del niño mío lo mataron la guerrilla, entonces con el papá del niño mío nos venimos”

“[...] No hay ley, la guerrilla permanentemente viven allá, se tomaron el río como propiedad de ellos, la mayoría se salieron, cobraron una vacuna y como no tenían la gente como pagarla se salieron de allá”

Testimonios de mujeres y hombres afrocolombianos, adultos y jóvenes desplazados del departamento del Chocó y otras regiones de Antioquia. Entrevistas y taller de cartografías socioculturales realizado en el asentamiento Esfuerzos de Paz II de la Comuna 8. Junio de 2009.

“[...] yo me vine acá porque mataron al papá de mis hijos [...] en Quibdó fue que lo mataron porque allá se metieron los paras, se encontraron con la guerrilla y con los soldados, los tres grupos y mataron mucha gente, ya, muchos de los que mataron era porque dizque eran colaboradores y ya uno cogió miedo [...] yo apenas lo mataron de una vez me vine para Tutunendo y ahí yo pare más o menos como 4 días en Tutunendo, entonces nos vinimos para acá [Medellín]”

Mujer afrocolombiana desterrada en 2002 de Chocó. Entrevista, 20 de julio de 2008.

“[...] estábamos trabajando en una mina en Zaragoza, teníamos como seis plataneras, un motor y entonces estábamos trabajando cuando aparecen un poco de hombres armados, que teníamos que desocupar todo lo que teníamos nosotros por allá, mataron un poco de personas, unas personas nos íbamos por el monte, con hambre, eso fue duro”

Mujer afrocolombiana desterrada en el 2001 del Bajo Cauca antioqueño. Entrevista, 23 de junio de 2008.

“[...] la venida de Bojayá fue por la muerte que hubo allá que tiraron el cilindro bomba, que lo tiraron en la iglesia y eso no sé si fueron la guerrilla o fueron los paras que mataron mucha gente, entonces ya los que quedamos vivos cada uno buscó su forma de seguir salvando su vida [...] el Chocó es una tierra muy bonita, muy sana, pero la guerra no deja vivir la gente en paz [...] se aprovechan de los lugares más pobres para poder sacar beneficios, se aprovechan de que las personas no tienen unos estudios suficientes para poder defender sus tierras y porque en el Chocó hay mucha tierra entonces ellos llegan a sembrar sus cultivos y todo, entonces cuando la gente no acepta ¿qué hacen?, buscan pa' sacarlo de cualquier manera para poder beneficiarse de lo poquito que tiene la gente”

Mujer afrocolombiana desplazada del Chocó en 2002. Entrevista, 9 de Julio de 2008.

El destierro opera de formas diferenciadas desestructurando colectiva e individualmente las vidas de las poblaciones afectadas. En el caso de los afrodescendientes, su historia contemporánea está atravesada por distintos episodios violentos que los han expulsado reiteradamente de los territorios ocupados ancestralmente o de aquellos otros hasta donde inicialmente habían llegado huyéndole a la muerte o la marginalidad social, lo cual corrobora la información presentada por Garay (Garay *et al*, 2009), acerca de que entre el conjunto de la población desplazada en el país, son los afrocolombianos desplazados los que han vivido el mayor número de episodios de violencia. El sistemático destierro de los afrodescendientes confirma el proceso histórico por medio del cual las *colonialidades del poder, el ser y el saber* les siguen negando su estatus ontológico como personas. Los afrodescendientes desterrados son *deshumanizados* y convertidos en víctimas por los asesinos y usurpadores (sean estos grupos guerrilleros, paramilitares, agentes del Estado o megaproyectos de desarrollo económico) que justifican las prácticas de expulsión de los territorios objeto de sus deseos y el aniquilamiento físico y cultural de pueblos considerados infrahumanos y prescindibles.

En el caso del destierro dirigido a los afrodescendientes se superpone una doble vulneración de sus derechos: en primer lugar, como personas colombianas a quienes les son violados sus derechos ciudadanos y humanos y, en segundo lugar, la violación de sus derechos como sujetos de especial protección constitucional por pertenecer a un grupo étnico. Entre las afectaciones diferenciales que padecen los afrocolombianos en relación con sus derechos étnicos se encuentran las referidas al derecho a la propiedad colectiva de los territorios ocupados ancestralmente, la autodeterminación como pueblo, la conservación y reproducción de culturas e identidades estrechamente ligadas a dichos territorios ancestrales y la realización de la consulta previa en caso de medidas que las afecte directamente. Igualmente, existen tres factores adicionales que refuerzan los procesos sistemáticos de expulsión étnica de distintas regiones del Pacífico colombiano y de otras regiones en Antioquia: la exclusión y el racismo estructural de la población afrocolombiana que la ubica en situaciones de mayor marginación y vulnerabilidad, el desarrollo de proyectos económicos de capital -principalmente agrícolas y mineros- en ciertas regiones que impone fuertes tensiones sobre territorios ancestrales favoreciendo su despojo y la deficiente protección estatal de los territorios titulados colectivamente a los afrocolombianos y su inadecuada atención diferencial como pueblo étnico en la atención, el restablecimiento y la reparación como sujetos en situación de desplazamiento (Corte Constitucional de Colombia, Auto 005 de 2009, capítulo 4). Estas circunstancias evidencian las graves afectaciones que el destierro produce entre las poblaciones afrodescendientes y permite formular la existencia de

procesos de racialización y discriminación por razones étnicas relacionados con la violencia armada y el despojo material. Los siguientes testimonios dan cuenta de la expulsión territorial que vienen sufriendo las poblaciones afrocolombianas durante las últimas décadas:

“[...] En el 48 [1948] nos tocó salir como se dice ahora desplazados porque eso por allá se puso supremamente maluco y la gente ya no podía parar, eran problemas y problemas y mate gente, volvimos y cogimos por el lado de Acandí [...] llegamos por allá y eran las cosas más difíciles, ya la gente cuando sale así desplazado deja todo botado [...] ya se perdió todo, salimos sin nada”

Mujer adulta afrocolombiana desterrada del Chocó, habitante del asentamiento Esfuerzos de Paz II en la Comuna 8. Entrevista 2 de julio de 2009.

“[...] yo aquí [en la ciudad] he estado dos veces, vamos pa’ 15 años de estar aquí, he venido dos veces desplazado aquí. La primera vez que vine me vine de Bagre Antioquia, ahora últimamente de Zaragoza Antioquia”

Hombre adulto afrocolombiano desterrado habitante del asentamiento Altos de La Torre en la Comuna 8. Entrevista, 25 de junio de 2009.

“[...] yo nací y fui criada en Bojayá, desplazada de Bojayá con mis dos hijos mayores, me desplacé con los dos y aquí [en Medellín] tuve a los otros dos, fue en el 2002 cuando la masacre y no quiero volver [...] yo me desplacé la última vez en el 2005, me desplacé tres veces y ya me quede acá”

Mujer afrocolombiana desterrada del Chocó. Entrevista, 21 de julio de 2008.

“[...] de allá de Pie de Pató me vine por circunstancias de la guerrilla o de los paramilitares que nos sacaron, o sea que la historia de nosotros es así, se iban a llevar un hermano mío para el monte entonces mis papás y mis tíos y una hermana impidiendo que lo llevaran, ellos [los armados] cogieron y lo mataron, entonces por eso nosotros nos vinimos desplazados de allá, llegamos a Quibdó y de Quibdó se quedaron unos y nosotros nos vinimos otros para Medellín [...] nosotros nos desplazamos en 1997, como yo hice mi declaración aquí en Medellín entonces un hermano mío que vivía bien en Urabá vino y me llevó con mis tres hijos, entonces yo allá en Urabá paré hasta el 2006, como mi hermano también fue asesinado allá me vine otra vez acá para Medellín [...] o sea pues que volví a ser otra vez desplazada”

Mujer afrocolombiana desterrada habitante del asentamiento Unión de Cristo. Entrevista 5 de Junio 2009.

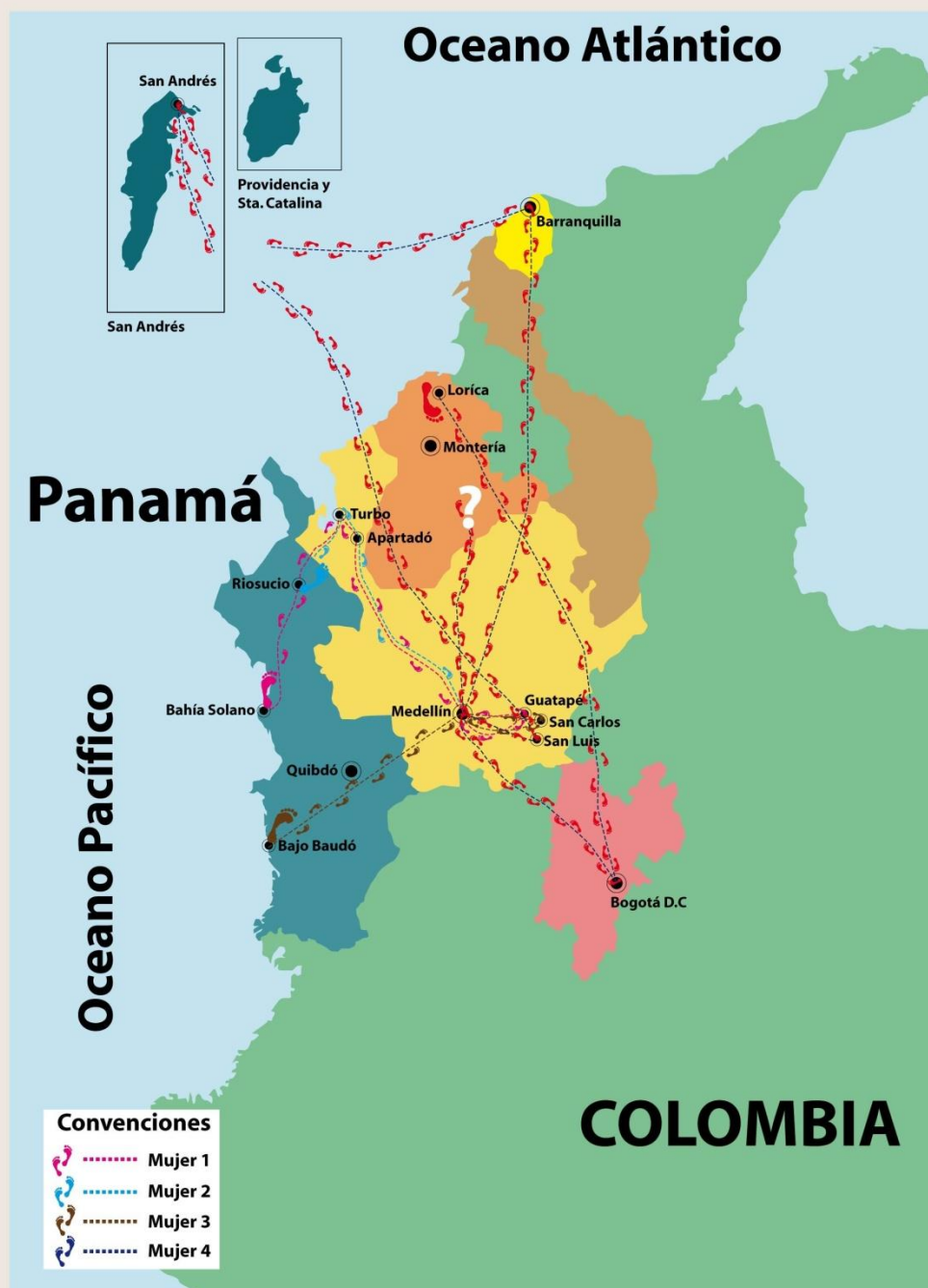
Las masacres, las amenazas, los asesinatos selectivos, la extorsión, el reclutamiento forzado, la intimidación a las organizaciones sociales, el asesinato de líderes y lideresas, los enfrentamientos entre los diferentes grupos armados, la presión de los proyectos de desarrollo promovidos por el Estado o el capital transnacional, la connivencia entre agentes de la fuerza pública y los paramilitares, así como la desconfianza generalizada y el terror son dispositivos que han producido en las últimas tres décadas el destierro de miles de afrodescendientes en diferentes lugares de la geografía regional y nacional. El destierro y la huida se presentan en distintas escalas que pueden ir desde los éxodos masivos ocurridos luego de masacres como la de Bojayá

en el año 2002 o de enfrentamientos armados como los que se han presentado en diferentes regiones del Atrato y otras zonas del Pacífico sur, hasta aquellos que afectan el seno de las familias e individuos y que vienen ocurriendo desde principios de la década de los ochenta hasta el presente. Como otro mecanismo del destierro se producen formas de confinamiento o emplazamiento que no implican necesariamente la movilidad entre espacios distintos, sino que se experimentan en los mismos lugares de los episodios de violencia, vulnerando las posibilidades de ejercer los derechos étnico-territoriales de manera autónoma. Además, el destierro afrodescendiente que inicialmente se produjo entre zonas rurales y urbanas, durante los últimos años se experimenta al interior mismo de diferentes ciudades del país. Según AFRODES (2008: 19), de los 50 municipios del Pacífico colombiano donde se ha logrado obtener la titulación colectiva de territorios ocupados ancestralmente, a diciembre de 2007 habían sido desterradas 294.842 personas, es decir, el 93% de los habitantes censados durante el proceso de adjudicación de los títulos colectivos.

El destierro contemporáneo ha transformado la geografía colombiana durante las últimas tres décadas produciendo la reconfiguración de regiones enteras y modificando las territorialidades históricas de los grupos humanos víctimas de la guerra, quienes ahora deambulan errantes por un país que no les pertenece y que además les teme y estigmatiza. El **Mapa No. 1.**, presenta los circuitos del destierro que han padecido un grupo de mujeres afrocolombianas víctimas de distintos episodios violentos durante los últimos quince años, y que en la actualidad sobreviven en los lugares del destierro en Medellín. A través de este mapeamiento general de los distintos ciclos del destierro padecido por mujeres afrocolombianas podemos visualizar la manera en que se producen las espacialidades del destierro y las relaciones espaciales específicas que posibilitan la eclosión de cada uno de los lugares del destierro descritos en este capítulo. La representación de cada circuito de expulsión de las mujeres entrecruza distintas regiones del país que han sido signadas por la guerra y permite comprender las temporalidades que marcan la historia del destierro étnico afrocolombiano. Su destierro refleja la transformación radical del ordenamiento espacial que ha construido históricamente el grupo étnico afro -y la sociedad en general-, modificando los usos tradicionales que las personas hacían del territorio habitado y que a través de los distintos episodios violentos ha afectado substancialmente los “sentidos de lugar” construidos individual y colectivamente (Oslender, 2006). Cada uno de estos eventos violentos de expulsión marca temporalmente la vida de las desterradas afrocolombianas, modifica en el corto y largo plazo la cotidianidad de su existencia y de sus familias, estructurando espacio-temporalmente una vida en adelante marcada por la incertidumbre, el terror y la marginalidad.

En el caso de la *Mujer 1* representado de color magenta, el primer lugar de donde fue expulsada por los grupos armados fue el municipio de Bahía Solano ubicado en el departamento de Chocó. Hace aproximadamente catorce años los grupos armados presionaron a las comunidades asentadas en esta zona del Pacífico y las obligaron a dejar sus familias y propiedades para dirigirse hacia la cabecera municipal de Ríosucio y posteriormente hacia el departamento de Antioquia. Las continuas acciones de los grupos armados en su contra y los espacios donde han habitado, la desatención estatal, la falta de oportunidades laborales y la marginalización de la vida de los desterrados, la llevaron a transitar por distintos lugares del destierro hasta su actual ubicación en uno de los asentamientos de invasión de Medellín. Desde entonces su existencia y la de su familia han estado marcadas por la precariedad debiendo ser constantemente reajustadas en medio del conflicto y la contradicción que encarnan la producción de las espacialidades del destierro.

El caso de la *Mujer 4* representado de color azul oscuro, evidencia la mayor tragedia con la que me he encontrado durante estos años de investigación con personas afrocolombianas. Las violencias han marcado su vida y la de sus hijos de tal manera que se ha visto obligada a desplazarse forzosamente en más de cinco ocasiones cruzando las geografías de seis distintos departamentos del país. Ella y su familia han transitado por cuatro de los cinco lugares del destierro que acá se proponen: lugares de expulsión en el campo y la ciudad, albergues transitorios, asentamientos de invasión y urbanizaciones de reubicación urbana. Sus vidas han sido configuradas literalmente por la guerra y el destierro. Antes de terminar ésta investigación, la *Mujer 4* tuvo que huir una vez más a causa de amenazas contra su vida y la de su familia, dejando atrás la casa que luego de años de lucha y sufrimiento había conseguido en la ciudad.



Mapa No. 1. Circuitos del destierro femenino afrocolombiano. Elaborado a partir de entrevistas y talleres realizados en la ciudad de Medellín durante los años 2008 y 2009.

Los sentidos de pertenencia individuales y colectivos con respecto a los espacios en que venían transcurriendo las vidas antes del destierro sufren rupturas difíciles de reconstruir a causa de las balas, el terror y la desatención estatal, mientras que se superponen nuevos ordenes espaciales allí mismo donde fue expulsada la gente afrocolombiana, así como en aquellos otros lugares hasta donde los desterrados arrastran con su dolor para intentar reconfigurar sus vidas. La memoria colectiva y los saberes propios son también desterrados poniendo en riesgo además la supervivencia cultural afrocolombiana, mientras el miedo y la incertidumbre se convierten en el horizonte de vida de los desterrados en Colombia.

Albergues o Refugios... ¿Zonas Humanitarias?

“Una vez se es refugiado, se es refugiado para siempre. Los caminos de regreso al paraíso doméstico perdido (o, más bien, ya no existente) han quedado casi cortados y todas las salidas del purgatorio del campamento conducen al infierno” (Bauman, 2005:105)



Fotografía No. 3. Refugio de desterrados. Tomado de:
http://www.tercerainformacion.es/IMG/jpg/desplazado_en_tercer_milenio-_bogot_1-jpgmid.jpg



Fotografía No. 4. Desterrados reciben ayuda humanitaria. Tomado de:
http://www.movimientocimarron.org/boletines/imagenes/foto_desplazados.jpg

Como un segundo lugar del destierro se producen los *albergues o refugios* transitorios¹² donde son llevadas las víctimas del destierro luego de su expulsión de los lugares de origen o de nuevas catástrofes, y donde en la mayoría de los casos, se reproducen diferentes formas de violencia y marginalización que afectan una vez más a los refugiados o albergados. En las iglesias, escuelas, salones comunales, espacios deportivos o carpas de camping donde son confinados, los afrocolombianos desterrados son convertidos en seres liminales sobre quienes recae el hacinamiento, el hambre, la desconfianza, la desatención en salud, las enfermedades y diferentes violencias interpersonales. En los refugios las sensaciones de indefinición y provisionalidad se convierten en experiencias permanentes para los desterrados que los habitan durante meses e incluso años sin las condiciones mínimas para su tránsito por allí, ni soluciones claras para su vida futura (El Colombiano 01/08/1996, pg 5a; 21/08/1996, pg 4c; El Mundo 04/04/2007, pg 4). En el siguiente testimonio se narra la experiencia traumática por la que atraviesan las víctimas del destierro y las catástrofes urbanas al transitar por los albergues, en este caso por el colegio Sol de Oriente de la comuna 8:

“[...] el tejido social nuestro no solamente se desmembró con el desplazamiento, sino que acto seguido el incendio del asentamiento, después los albergues [...] me recuerdo lo tormentoso, lo tortuoso que es vivir en un albergue, cuando llegamos a ese colegio la noche del incendio nos ubicamos en el tercer piso con otros compañeros, en ese salón apenas habíamos como 37 familias, en los otros había más hacinamiento, dormían así uno sobre otro [...] yo trabajaba en Itagüí, salía contento del trabajo y cuando me iba acercando a ese colegio se me dañaba el genio, porque la presión de llegar a vivir en un sector de esos cuando habían seis baños y habían aproximadamente unas 600 personas y después eso se redujo como a tres baños, ósea es impresionante yo no le deseo a nadie vivir en un albergue, es la cosa más espantosa que puede existir, es horrible, vivir en un albergue por Dios, eso me dejó traumatizado [...] yo me salí de ese colegio una semana para tratar pues como de asimilar la cosa porque estuve a punto de volverme loco, fuera de eso cuando uno iba a entrar había unos payasos disque muéstreme el carnet [de damnificado y desterrado], eso lo acababa de joder más a uno”

Líder afrocolombiano de la Corporación para el Desarrollo y la Convivencia del barrio Nuevo Amanecer, CORDESCON. Taller realizado el 6 de abril de 2008.

Siguiendo a Bauman, los desterrados colombianos, entre otros *residuos humanos* a lo largo y ancho del mundo, una vez ubicados en los albergues o refugios son condenados al olvido, mientras que sus memorias y sentidos de pertenencia a lugares significativos social y culturalmente se diluyen en la exclusión y la desesperanza cotidiana. Y si los refugiados/residuos humanos logran sobrevivir a la “*tierra de ninguna parte de la no humanidad*”, serán ubicados tarde o temprano en un nuevo *vertedero* de residuos de la guerra y el capitalismo globalizado, algunos entre las cuatro paredes de nuevos proyectos de vivienda de interés prioritario en las periferias urbanas en expansión donde continuarán relegados al desempleo, el hacinamiento y la violencia de los grupos armados, mientras otros tal vez retornen a una tierra que ya no les pertenece y donde en vez de un hogar les aguarda la desolación y una muerte lenta, como cuando

¹² El abordaje de este espacio del destierro recibe un tratamiento general debido a que no realicé directamente trabajo de campo en los albergues y con la gente refugiada. La información que permite su conceptualización fue obtenida de la revisión de fuentes secundarias, principalmente, de prensa local. Durante la realización de entrevistas y talleres recogí datos generales acerca de las experiencias del tránsito de los desterrados por estos lugares, sin embargo, próximos estudios podrán describir y analizar de mejor modo las relaciones sociales, políticas y económicas que configuran estos espacios de la marginalidad.

las condiciones de su restitución material y simbólica no están dadas. Otras víctimas del destierro ante el abandono e incumplimiento de las promesas de las instituciones del Estado, regresarán a producir nuevos asentamientos prolongándose el padecimiento de su marginalidad.



Fotografía No. 5. Asentamiento Esfuerzos de Paz I, Comuna 8, Medellín. Julio de 2009. Fotografía del autor.

El tercer lugar del destierro lo constituyen los *asentamientos* de población desplazada en la ciudad, conformados por grandes contingentes de víctimas de la guerra mediante la invasión de predios y la urbanización improvisada en las periferias del desarrollo urbano. La configuración de las ciudades en Colombia, y particularmente en el caso de Medellín, ha estado directamente relacionada con la ocupación de áreas periféricas por parte de miles de personas provenientes del campo a causa de la *Violencia*, tal y como sucedió a mediados del siglo XX, así como por el desplazamiento forzado que se ha vivido durante las últimas tres décadas en el país, incluyendo su última faceta intraurbana (Naranjo, 1992 y 2005). Si bien hasta hace algún tiempo estos asentamientos estaban integrados por desterrados de las áreas rurales o de pueblos y ciudades pequeñas, hoy llegan hasta ellos también desterrados de la misma ciudad, poniendo en evidencia el drama del destierro intraurbano.

Algunas investigaciones en la ciudad se han centrado en mostrar las formas en que se conceptualizan los “asentamientos” desde diferentes lugares de enunciación, por parte de las políticas públicas municipales, los programas de intervención urbana y la producción académica, como en el caso de Ospina y Zapata (2005) y el de Naranjo *et al* (2009). Estos espacios han sido denominados por los diferentes actores sociales e institucionales como “asentamientos

subnormales”, “asentamientos de invasión”, “zonas de alto riesgo”, “zonas de tugurios”, entre otros, refiriéndose a los lugares donde se han ubicado los “pobres estructurales” de la nación, entre ellos la población desplazada por el conflicto armado que vive el país, el departamento de Antioquia y la ciudad de Medellín. Lo que los estudios sugieren es que al englobar a estos diferentes contingentes de poblaciones vulnerables bajo categorías homogenizadoras como “habitantes pobres de los asentamientos”, se desconocen las particularidades de las afectaciones particulares de diferentes formas de violencia social, económica, política y armada que han sufrido, lo que invisibiliza por ejemplo las problemáticas de la población en situación de desplazamiento y restringe su acceso a las políticas sociales de atención y reparación diferencial por este fenómeno. Sin embargo, y a pesar del esfuerzo conceptual por tratar de visibilizar las diferencias poblacionales entre los desplazados y los demás pobres de la ciudad, así como las distintas causas y consecuencias de su marginalidad social, estas investigaciones terminan por homogenizar a su vez a la población desplazada, ya que no se plantean discusiones en profundidad sobre las afectaciones diferenciales en tanto grupos étnicos, por género o edad entre los desplazados. En el caso de los diferentes asentamientos utilizados para ilustrar la configuración espacial del destierro no son configurados exclusivamente por poblaciones desplazadas forzosamente por el conflicto armado, sino que también se ubican en ellos otros contingentes de *pobres estructurales* y población destechada de la ciudad, el departamento y otras regiones del país. Un elemento significativo de los estudios mencionados, es su esfuerzo por demostrar la necesidad de diseñar sistemas de información que den cuenta no sólo de la diversidad poblacional que en estas espacios del destierro converge, sino también los grados de afectación por diferentes tipos de violencia que sufren allí sus pobladores. En ese sentido, además de ser población desterrada, los afrocolombianos que viven en estos asentamientos han sido víctimas de la vulneración de sus derechos colectivos en tanto parte de un grupo étnico, especialmente los derechos al territorio, la autonomía y la defensa de su cultura. La homogenización de la representación de los grupos étnicos como “pobres” o desplazados en genérico, no sólo subsume la diferencia cultural que los constituye como pueblos, sino que bajo los mecanismos de atención y reparación establecidos por las políticas públicas corren el riesgo de ser atendidos individualmente en detrimento de su pertenencia al grupo étnico afrodescendiente. Un segundo riesgo de esta homogenización y negación de las identidades étnicas en el tratamiento del destierro se refiere a que como la Ley de Negritudes y sus decretos reglamentarios restringen su aplicabilidad a los contextos rurales y los territorios colectivos, las afectaciones por el destierro intraurbano y su respectiva atención y restitución desde una perspectiva diferencial étnica no encuentren eco político ni académico, lo cual desconoce también otras territorialidades de los afrodescendientes y nuevas formas de producción de las identidades y la diferencia étnica en el contexto de las ciudades.

Según los datos de CODHES, durante el año 2009, 286.389 personas fueron desterradas en el marco del conflicto armado y otras violencias en Colombia. Tomando como referencia el número de desterrados en el lugar de llegada, el departamento de Antioquia fue el más afectado del país con 45.774 personas desterradas. Este informe señala que por lo menos 12.934 personas de comunidades negras fueron desterradas en 28 episodios masivos de violencia ocurridos en los departamentos de Antioquia, Chocó, Nariño, Cauca y Valle del Cauca (CODHES, 2010: 1-2). Por parte de la Personería de Medellín, durante 2009 se reportaron 23.794 personas desterradas en las 6.995 declaraciones de desplazamiento forzado. Según los datos de esta entidad, el año anterior reportó un aumento del destierro intraurbano a causa de la agudización de la confrontación armada entre bandas o combos, paramilitares y reinsertados, por el control

territorial en distintos lugares de la ciudad, entre los que se destacan como mayores expulsores las comunas 1, 3, 8, 9 y 13, dejando como resultado el destierro de 2.103 personas (Personería de Medellín, 2009: 17-18). A pesar que la Personería de Medellín no cuenta con sistemas de información que permitan identificar la pertenencia étnica de los desterrados que presentan declaraciones ante esta entidad, de las declaraciones recibidas entre el 1 de enero y el 15 de mayo de 2009 y cuyos hechos violentos ocurrieron en el lapso de los primeros 5 meses de 2009, las personas desterradas que se identificaron como afrodescendientes fueron 1.011 en 298 declaraciones (Comunicación personal con funcionarios de la Personería de Medellín, Junio de 2009). Mujeres y hombres afrocolombianos desterrados que deben emprender procesos de *reterritorialización* en los asentamientos urbanos para huir de la muerte.

En este nuevo lugar del destierro, que en principio se convierte en la posibilidad de producir un nuevo lugar para escapar a la muerte, se superponen diferentes problemáticas, como son: inseguridad alimentaria, hacinamiento, precariedad infraestructural de las viviendas, desempleo, desescolarización infantil y juvenil, racismo, violencia intrafamiliar, drogadicción y prostitución, carencia o deficiencia de redes de servicios públicos, además de las presiones por parte de la Administración Municipal y los proyectos de intervención urbana, los propietarios y la fuerza pública para que desalojen las invasiones. Adicionalmente, la guerra urbana llega hasta los asentamientos y convierte de nuevo en víctimas a los afrocolombianos desterrados que son coaccionados para que colaboren con los grupos armados y son amenazados con el reclutamiento forzado de sus hijos. Como vemos, las violencias múltiples no cesan con el arribo a los asentamientos, son por el contrario, una experiencia permanente que atraviesa estructuralmente la constitución del *ser afrodesterrado*. No obstante, y como fue presentado en el segundo capítulo, las afectaciones por el destierro presentan condiciones diferenciales en términos de las poblaciones victimizadas y, que para el caso de los pueblos afrocolombianos, permite formular la idea acerca de que sus condiciones de vulneración extrema se relacionan directamente con los procesos históricos de racialización que han sufrido estas comunidades y las geografías donde han habitado. En ese sentido, la *racialización del destierro* actualiza la colonialidad del ser que *deshumaniza* a la gente afrodescendiente convirtiéndola en *víctimas* de diferentes formas de marginalización y exclusión, como lo expresa el siguiente testimonio de una persona que habita un asentamiento en la ciudad,

“[...] hay mucha gente aquí [en Medellín] que lo discrimina a uno por ser negro, porque hay personas que lo miran a uno como un zapato y a la hora de la verdad todos somos seres humanos, aquí nosotros los negros en la ciudad somos muy discriminados, somos discriminados que porque nosotros somos negros y venimos de su monte, entonces hay personas que son malas que lo miran a uno como si uno fuera menos que ellos y así no es porque si ellos tienen sangre uno también, si ellos tienen sentimientos uno también y todos somos seres humanos, entonces a uno lo discriminan que porque uno es negro, que porque uno habla así, no, todo el mundo, toda raza tiene su acento para hablar y tiene su forma de hablar, su forma de actuar diferente, somos razas diferentes pero a la hora de la verdad somos los mismos seres humanos, todos tenemos sentimientos porque todos somos seres humanos y a todos nos duelen lo que nos hacen”

Mujer afrocolombiana desterrada del Chocó en el año 2000. Taller realizado en el barrio Nuevo Amanecer, 2 de mayo de 2008.

A partir de la revisión de prensa nacional y local se constató que entre los años 1997 hasta el 2002, periodo de mayor agudización del conflicto armado y del consecuente destierro de miles de

colombianos, se configuraron alrededor de treinta y siete asentamientos de población desplazada en distintas comunas de Medellín, de los cuales al menos catorce contaban con población predominantemente afrocolombiana, entre ellos: Nuevo Amanecer, Blanquizar, Vallejuelos, La Iguaná, Zafra, Moravia, Esfuerzos de Paz I, Esfuerzos de Paz II, Unión de Cristo, Pacífico, El Oasis, Calasanz, Bello Oriente, Chococito y El Pesebre (El Mundo 1995/05/19, pg 12; El Colombiano 1997/04/05, pg 6b; El Mundo 1997/04/08, pg 5; El Espectador 1998/05/06, pg 10a; El Mundo 2002/07/26, pg 13; El Colombiano 2007/03/08, pg 4a). A mi modo de ver, los altos porcentajes de población afrodescendiente desplazada son un signo más de la racialización del destierro en Colombia que vulnera recurrentemente a poblaciones históricamente subalternizadas. En el caso del asentamiento Mano de Dios este inició su conformación a finales del año 1997 en la zona centro oriental de la ciudad, en la Comuna 8¹³, en el sector de Enciso El Pinal. Se dividía en cuatro sectores en los cuales habitaban mayoritariamente poblaciones desterradas por el conflicto armado provenientes de los municipios del Urabá, Cauca, el Bagre, Zaragoza y Anorí en el departamento de Antioquia, así como del departamento del Chocó y otras regiones del país, además de otros desterrados intraurbanos y poblaciones pobres y vulnerables de Medellín (Córdoba, 2005 y FENAVIP, 2006). Según el informe de FENAVIP, el Plan de Ordenamiento Territorial -P.O.T.- de Medellín del año 1999 caracterizó la totalidad del asentamiento como *zona de alto riesgo no recuperable* debido a su conformación topográfica de altas pendientes y a sus características geológicas y geotécnicas, por lo que se consideraban estas áreas no idóneas para la localización de asentamientos humanos. No obstante, en él habitaron los desterrados durante ocho años.

Al igual que otros asentamientos en Medellín (**Mapa No. 2**), la historia de Mano de Dios estuvo atravesada por distintas tensiones de poder que enfrentaron a sus pobladores con los funcionarios del gobierno municipal, con otros habitantes de sectores vecinos del asentamiento, con las instituciones educativas y de salud locales, al igual que con las bandas y grupos armados que ejercen control en la zona centro oriental de la ciudad. Precisamente estas relaciones de poder en confrontación constante producen las espacialidades del destierro que condicionan las vidas cotidianas de los desterrados. Para Lefebvre (1991), un elemento central en la producción del espacio tiene que ver con lo que llama las “representaciones del espacio”, es decir, con las formas como los saberes, discursos y prácticas expertas (entre ellos los discursos y acciones de

¹³ La Comuna 8 o Villa Hermosa está compuesta oficialmente por 18 barrios y dos nodos de *tratamiento especial* referidos a espacios de reciente conformación por parte de poblaciones desterradas. Aunque el proceso de ocupación territorial de la comuna inició durante las primeras décadas del siglo XX, sólo a mediados del siglo se intensificó con el arribo de migrantes que demandaban los procesos de industrialización urbana de la época, así como por las primeras oleadas de poblaciones que huían de la *Violencia* bipartidista. Durante los años setenta y ochenta se consolidó la división de la comuna entre una parte central y otra periférica por la acción del poblamiento ilegal y de urbanizadores piratas. Para los años noventa se dieron nuevos procesos de invasión por parte de los desterrados que llegaron a causa del conflicto armado contemporáneo. La comuna Villa Hermosa ha tenido al conflicto armado como eje estructurante de los procesos históricos y contemporáneos de configuración urbana, lo cual permite apreciar en ella dos tipos de ciudad que corren paralelas: una planeada desde la administración municipal, y otra que emerge tras los procesos de ocupación y consolidación informal. Según Naranjo *et al* (2009: 45), durante los últimos años han llegado a la comuna 8 por razones de violencia aproximadamente 3974 personas. Además este estudio evidencia que Villa Hermosa no sólo es una de las comunas con mayores índices de recepción de desterrados, sino que se constituye en una de las zonas de la ciudad con los mayores reportes de desplazamiento intraurbano a causa de amenazas, asesinatos, desapariciones, reclutamiento forzado y violencia sexual (Ibíd., 135). En ese sentido, las dinámicas de poblamiento y urbanización de los diferentes asentamientos de la comuna se presentan en un contexto de desarraigo, segregación espacial e inequidad social.

urbanistas, funcionarios públicos, investigadores y medios de comunicación) conciben y visibilizan los espacios y a sus pobladores, y que con el pasar del tiempo, estas representaciones terminan diseminadas e impuestas como *sentido común* en el entramado simbólico de la sociedad en general. En el caso de los asentamientos, las representaciones del espacio se configuran en negativo y en base al estigma, la discriminación racial y el miedo a centenares de forasteros que al llegar a la ciudad trastocan los órdenes establecidos y hacen más cercana una guerra que ya no sólo afecta las regiones rurales y a sus habitantes, sino que se instala en las laderas y el centro de Medellín.

Según Villa (2004), la representación de los pobladores de los asentamientos que construyen funcionarios públicos de Medellín, especialmente aquellos encargados de la atención del destierro, los imagina y produce como campesinos, analfabetas e incapaces, parásitos oportunistas, bandidos pertenecientes o colaboradores de algún grupo armado y, como depredadores que devastan los ecosistemas de la ciudad. Por otra parte, la representación del espacio de los asentamientos los encuadra como lugares de la ilegalidad, el desorden y la inminente catástrofe. En el caso de los desterrados afrodescendientes, la autora habla del miedo institucional a que la ciudad se “vuelva negra” y a que las particularidades étnico-raciales, que en estos discursos se convierten en sinónimo de inferioridad, impidan la integración de las víctimas y desestabilicen la pretendida homogeneidad cultural local. En el caso del desterrado afrocolombiano, la construcción de su otredad se hace no sólo por su condición de forastero sino también por pertenecer a una etnia racializada y subalternizada y que, a través de la racialización de la geografía urbana, ha sido condenado a la periferia social y simbólica de la sociedad local, como inicialmente lo abordé en García (2009).

Los siguientes relatos muestran las formas de producción de un espacio del destierro en las laderas de la ciudad,

“[...] se metieron [la guerrilla] allá a la casa a sacarnos de ahí, que nos teníamos que ir de ahí. Cosas que uno dice gracias a dios que salió con vida de ahí, pero pierde uno todo. Que le toca salir sin nada, lo que tenga puesto y lo que pueda echarle mano, en ese caso uno le echa mano es a los muchachitos, porque que se va a poner uno a coger cosas y los hijos qué, entonces, perdimos todo, la cosecha que estaba pa’ coger eso se perdió porque nos tocó salir de allá, y bueno llegamos acá a Medellín otra vez, allá a pagar arriendo y en esos días taban invadiendo allá El Pinal, haciendo la invasión Mano de Dios, entonces nos fuimos. Alguien nos dijo, una vecina que también fue a coger un lote por allá dijo: “vea allá están invadiendo ese terreno, están haciendo ranchos” [...] y sí, nos pusimos pilas, fuimos a ver y cogimos el lote, hicimos el ranchito allá”

Mujer afrocolombiana desterrada del Oriente antioqueño y socia de la Asociación de Mujeres Diciendo y Haciendo de Nuevo Amanecer, ASMUDHANA. Entrevista, 5 de junio de 2008.

“Cuando nosotros llegamos aquí [a Medellín] nos vinimos por un problema que hubo con un hermano mío que lo iban a matar los paras [Paramilitares], entonces pa’ nosotros evitar eso nosotros llegamos acá, por lo menos yo llegué aquí donde unas amigas con él, ya poquitos días conseguimos algo que hacer, yo trabajaba en la escuela donde estudiaba mi niña y ya empecé y me conseguí una pieza y por medio de esa pieza ya empecé a vivir en Aranjuez parte baja, después hubo una invasión que hicieron ranchos y pues yo también me hice un rancho ahí [en Mano de Dios], invadí ahí, me hice un ranchito”

Mujer afrocolombiana desterrada del Chocó en el año de 1999. Entrevista, 29 de julio de 2008.



Mapa No. 2. Comunas, asentamientos y nuevos barrios de reubicación en Medellín donde habita la población afrodescendiente desterrada con la cual he trabajado durante los últimos años.

“[...] nosotros al principio en el noventa y ocho cuando empezamos a ubicarnos en ese asentamiento denominado Mano de Dios buscamos una toma pacífica y se tomó a la Iglesia de La Veracruz y se buscó el contacto con la gente de la administración del doctor Juan Gómez Martínez, la idea de nosotros era dialogar con ellos, buscarle solución a la población desplazada sobre sus necesidades, sus problemas, la problemática que se estaba viviendo, porque ya el desplazamiento estaba cogiendo mucha fuerza, sí, entonces la misma administración dijo que no, que no dialogaban con guerrilleros [...] pero resulta de que nosotros nos fuimos metiendo en ese asentamiento, sí, pero la idea era que todo ese asentamiento iba a ser únicamente para población desplazada que fuera llegando a la ciudad y así fue, toda Mano de Dios llegó en un momento que casi un noventa por ciento de la población toda era población desplazada, no eran personas que tuvieran algunas raíces aquí o tal cosa, si no que era desplazada”

Líder afrocolombiano del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios, Corregimiento de Alta Vista. Entrevista, 8 de julio de 2008.

“[...] primero llegamos a un barrio que se llama Sucre por allá por el Pinal y allá estuvimos dos meses hasta que se formó esta invasión [...] cuando nos dijeron, “ayy mire que pasaron por el

noticiero que están invadiendo unos barrios, están haciendo ranchos y la policía se los está tumbando”, y verdad, ahí mismo con mi hermana salimos corriendo pa’cá y llegamos y esto era un monte, no había nada. Abajo si ya estaban haciendo unas casitas, y verdad le dijimos al presidente de aquí que nos diera un lote, y ellos nos lo dieron y nosotros todos los días nos íbamos para el aserrío y a todos los que estaban allá les informamos que estaban dando lotes acá, y a cada quien le daban su pedacito y todos los días nos íbamos junto al Seminario, allá íbamos a traer las tablas, los compañeros las traían hasta acá abajo y nosotras las subíamos”

Mujer adulta afrocolombiana desterrada, habitante en el asentamiento Esfuerzos de Paz I. Entrevista 27 de julio de 2009.

“[...] la idea de nosotros como desplazados no era quedarnos en la ciudad porque la ciudad no nos brindaba las condiciones de vida como vivir un campesino en su campo, en sus tierras, sí, entonces nuestra propuesta era estar allí dentro de ese asentamiento transitoriamente hasta que el Estado nos diera una solución de poder regresar [...] nuestra preocupación era que después que la comunidad llevara seis meses o más de seis meses ya enraizado o ubicado allí en ese asentamiento, la gente ya empezaba a perder esas aspiraciones de ir volviendo al campo [...] la gente después de estar en un rancho de plástico pasar a un rancho de madera con zinc ya la gente iba creando como una fuerza, como un sentido de pertenencia y ya no iba a mirar al campo [...] ahí [en el asentamiento] todos nos abrigábamos y nos apoyábamos porque todos veníamos con una misma política, una misma situación, estábamos viviendo que todos éramos desplazados por una violencia, desplazados de unos actores que únicamente ellos sabían la razón de ser por qué nos sacaban de su lugar de origen o de sus tierras o de su propiedad o pertenencia que tenían y que dejó, entonces la persona llegaba y tenía que echar para algún lado, entonces ese es el motivo de que la gente trata de ubicarse en esos sitios”

Líder afrocolombiano del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios, Corregimiento de Alta Vista, desterrado en 1997 del Urabá antioqueño. Entrevista, 5 de julio de 2008.

“Uno llega a invadir porque qué más le toca a uno, invadir, ni modo que uno viva debajo de un puente y es que ni debajo de un puente porque ya dizque la calle, los puentes, todo tienen dueño [...] entonces le toca a uno venirse acá a estas alturas a invadir y así saquen a una comunidad vuelven porque el problema aquí es de desempleo y es que no están cumpliendo con los derechos que rige la Constitución que es que los colombianos tengamos una vivienda digna, no tenemos vivienda no tenemos comida no tenemos nada, lo único que tenemos es una guerrilla, unos paramilitares y un Estado que todo se lo invierte pa’ acabar con ellos y a nosotros que nos lleve el putas, ¿sí o no? [...] siempre van a vivir las montañas de Colombia llenas de ranchos, cada vez que veamos un lotecito así como bueno pa’ allá nos vamos porque es que entre los servicios y el arriendo uno no tiene con qué comer [...] esa es la vida de nosotros, estar en la mitad de todo, porque si los campos están desocupados la comida está escasa porque no hay quien cultive pero no hay garantías para el campesino que va a cultivar, la tierra la necesitan para otras cosas y no para lo que tiene que ser que es para que le den alimento a uno y para garantizar la seguridad alimentaria, ya eso no existe porque los campesinos están acá [en la ciudad] cuando el campesino se acostumbra a esta ciudad ya no quiere volver, ya se acostumbró a que va a la Minorista y le dan una papa, entonces ya el núcleo familiar se acabó y ya no hay campesinos que quieran volver al campo y si los viejos quieren volver los hijos no, entonces ¿qué hace un par de viejos por allá?, se quedan por acá aguantando del bulto, eso es la triste historia de nosotros los pobres en Colombia”

Lideresa y socia de la Asociación de Mujeres Diciendo y Haciendo de Nuevo Amanecer, ASMUDHANA. Entrevista, 13 de agosto de 2008.

Iniciando la última década del siglo XX en Medellín se configuraron otros asentamientos de población desterrada que llegaba huyendo de la muerte, sin embargo, el arribo de afrodescendientes a estos nuevos lugares no les garantizó escapar a otras formas de violencia y exclusión social, tal y como nos lo muestran los siguientes relatos:

“[...] entonces él [su esposo] hizo el ranchito de madera, estábamos de madera y ese día cayó un aguacero muy grande y eso como era tierra movida se nos cayó, el ranchito se nos vino encima a las once de la noche, estaba yo con mis hijos, entonces ya a esa hora con ese aguacero gritamos, los vecinos vinieron y los sacaron y se los llevaron pa’ la casa de ellos hasta el otro día que amaneció [...] ahí duramos como un año y ahí si vino fue el inspector y nos sacó porque estábamos en zona de riesgo”

Mujer adulta afrocolombiana habitante del asentamiento Esfuerzos de Paz II en la Comuna 8. Entrevista 11 de agosto de 2009.

“[...] Aquí en Medellín si nos ha tocado muy duro, recién llegamos a la casa de mi hermana no había pieza, eso era una casa destapada, la camita y un pantanero que mejor dicho, ella vivía en ese tiempo en Pablo Escobar, estaba empezando apenas y nosotras teníamos que dormir en el piso pelao, ahí dormíamos sobre ese terreno, todos dormíamos como marranos, eso fue duro [...] nos pegamos una enfermada cuando llegamos por acá, nos dio paludismo a algunos, los niños se enflaquecieron”

Mujer adulta afrocolombiana desterrada del Chocó, habitante del asentamiento Esfuerzos de Paz II en la Comuna 8. Entrevista 2 de julio de 2009.

“[...] El problema más grave es que este no es un barrio seguro porque han venido a matar muchachos de nuestra comunidad de un momento a otro, y yo veo que eso es grave porque vienen atropellando a los jóvenes de acá y en muchas ocasiones ha pasado que los golpean y los de acá no pueden decir nada porque los matan, y para mí eso es duro, porque si nadie se está metiendo con ellos, o si se ofreció cualquier problema, de una vez amenazas”

Hombre afrocolombiano habitante del asentamiento Unión de Cristo en la Comuna 8. Entrevista 5 junio 2009.

“Aquí siempre vivíamos muy pendientes era del desalojo, el problema del desalojo a cada rato, yo me acuerdo que cada vez que yo tenía ganas de echar un muro porque yo tenía que levantar un muro para emparejar, siempre me decían va a haber desalojo, entonces era como esa tensión del desalojo”

Lideresa y socia de la Asociación de Mujeres Diciendo y Haciendo de Nuevo Amanecer, ASMUDHANA. Entrevista, 13 de agosto de 2008.

“[...] para mí el factor más grande que tiene el barrio es el agua, uno sin agua no es nadie, los alcantarillados que son unos tubitos que ponen así y porque lo ponen comprados en comunidad, pidiéndole a uno, y a uno lo estafan mucho ya pidiéndole plata para una cosa, que para la otra, esa tubería que siempre es tirada por encima, que los niños la dañan, cualquiera saca su pedazo de tubo que lo necesitó se lo llevó y entonces no empiezan una tubería que le llegue el agua normalmente a uno, cobran esa agua cada ocho días sin estar llegando”

Mujer adulta afrocolombiana habitante del asentamiento Altos de La Torre en la Comuna 8. Entrevista 25 de junio de 2009.

“[...] no tenemos oportunidad de trabajo, no tenemos una fuente de dónde sacar el alimento para los hijos [...] de la pobreza se desprende el maltrato a los hijos, radica la prostitución de las niñas, radica la drogadicción, porque al ver que esos padres no tienen una fuente de empleo segura, fija, estable, es que estas niñas se deslumbran por las cosas que les puede brindar aquel o aquella por su dinero, por su cuerpo, entonces de ahí radican mucho los problemas”

Mujer adulta afrocolombiana desterrada de Apartadó, Antioquia, habitante del asentamiento Unión de Cristo en la Comuna 8. Entrevista 13 junio 2009.

“[...] yo me pasé a vivir de una en el noventa y siete, el seis de enero, no había agua y hasta hoy estamos sin agua, no hay agua, no hay nada, pero es mejor tener lo propio [...] había muchos morenos y no habían tantas casas, había casitas pero salteaditas, y ahí fue donde fueron llegando la gente hasta que ya poblaron esto, esto era desolado”

Mujer adulta afrocolombiana habitante del asentamiento Altos de la Torre. Entrevista, 25 de junio de 2009.

La configuración espacial de la vida de los desterrados se relaciona con la precariedad material con la que logran construir los ranchos para proveerse por sus propios medios un lugar en la ciudad, con unas condiciones de vulnerabilidad socioeconómica que se perpetúan en el tiempo, con la presión que ejercen sobre ellos y sus espacios los grupos armados y el Estado, con la estigmatización social que sufren por parte de la sociedad receptora, así como por un horizonte de incertidumbre que marca su devenir social como poblaciones marginalizadas y racializadas.

La cartografía sociocultural en tanto *metodología* y *producto* del proceso investigativo ha permitido construir de manera colaborativa y dialogante las representaciones que sobre sus territorios tienen mujeres y hombres afrocolombianos, así como las distintas experiencias culturales que configuran las memorias del destierro étnico en Medellín. Las cartografías sociales que se presentan a continuación, permiten un acercamiento a las experiencias del *ser afrodesterrado* en la ciudad y representan distintos aspectos de la vida socioeconómica y cultural presentes en estas espacialidades del destierro. Además las cartografías socioculturales permiten visibilizar los procesos de reterritorialización¹⁴ urbana y las nuevas territorialidades que los desterrados vienen produciendo desde hace varios años en estos sectores de la ciudad y que, sin embargo, son desconocidas por los procesos municipales de planeación y ordenamiento territorial.

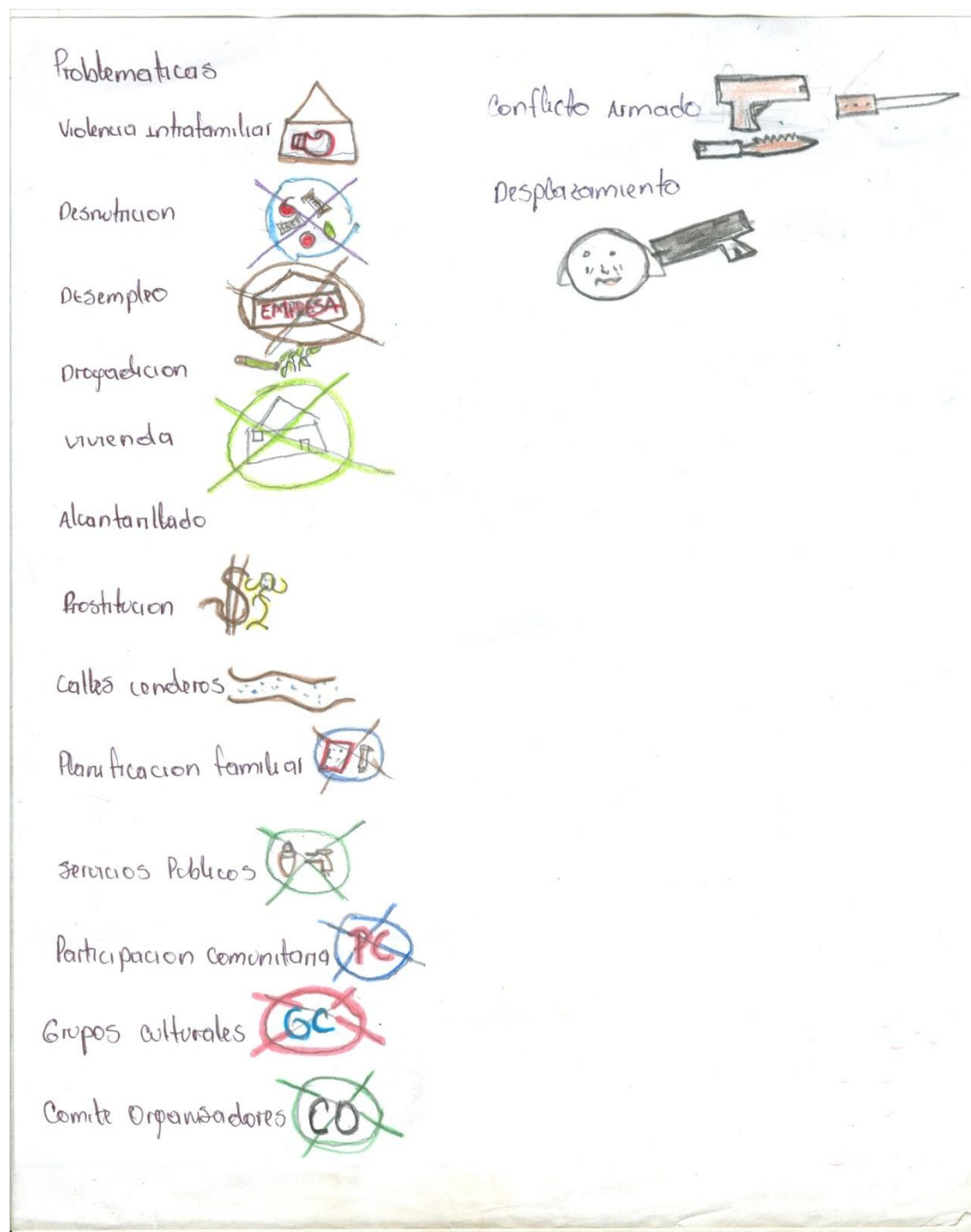
¹⁴ Como ha propuesto Oslender (2006), las dinámicas del destierro están interconectadas con los procesos de reterritorialización, los cuales surgen en el mismo momento en que las personas y grupos desplazados deben reubicarse en los lugares de llegada luego de huir en procura de su sobrevivencia. Igualmente, cuando las poblaciones desplazadas logran retornar a los lugares de su expulsión se presentan condiciones de reterritorialización. A pesar que estos procesos de reacomodamiento social y espacial están atravesados por la adversidad, estas dinámicas de reubicación socioespacial se relacionan con la emergencia de nuevas formas de solidaridad e identidades que se construyen culturalmente y en intercambio con nuevos grupos sociales.



Cartografía sociocultural No. 1. Elaborada en el taller de cartografías socioculturales, julio 22 de 2009, Universidad de Antioquia. Cartógrafos: Jonhy Medina, Ermelinda Coa, Johana Mosquera y Eliana Montiel.

La representación cartográfica del asentamiento Esfuerzos de Paz I sintetiza elementos de las relaciones ambientales con el entorno, de las formas de producción económica de sus habitantes, las condiciones de infraestructura y servicios públicos con que cuentan, el estado de las viviendas, la presencia de programas y proyectos de intervención que los beneficia, las formas organizativas comunitarias, elementos culturales afrocolombianos, las principales problemáticas y vulnerabilidades que atraviesan sus vidas en la ciudad, así como las ensoñaciones de futuro que tienen los afrodescendientes desterrados del sector.

El siguiente detalle de las convenciones utilizadas en el mapeamiento de las condiciones de vida en el asentamiento, evidencia algunas de las situaciones de vulnerabilidad que experimentan afrodescendientes y otros desterrados en este espacio urbano,



Convenções de la **Cartografía sociocultural No. 1.**, sobre problemáticas y vulnerabilidades experimentadas por los habitantes del asentamiento Esfuerzos de Paz I en la Comuna 8.

Entre las problemáticas y vulnerabilidades mapeadas se encuentran la violencia intrafamiliar, el estado de las viviendas, el desempleo, la desnutrición de adultos y niños, el conflicto armado, el alcantarillado, el estado de los senderos y calles, los servicios públicos, el desplazamiento forzado intraurbano, la falta de planificación familiar, la drogadicción, la prostitución, la falta de grupos culturales y de participación comunitaria. Los siguientes testimonios narran las experiencias de vida de los habitantes en los asentamientos,

“[...] yo me vine para acá porque me sentía más segura acá, porque imagínese mataron a mi hermano y a mi hermana, amenazaron a toda mi familia entonces todos nos vinimos y nosotros vivimos arrimados en un rancho la primera vez, en un rancho ajeno, entonces me dijeron “por allá están dando unos lotes, vaya de pronto le regalan”, y los estaba dando un señor que se llama Gabriel, y me vine y sí, ya con el compañero tratamos de hacer el ranchito, conseguimos madera”

Mujer adulta afrocolombiana desterrada, habitante del asentamiento Esfuerzos de Paz I. Entrevista 27 de julio de 2009.

“[...] la carretera no había, todo eso lo hicimos a mano, desde las siete de la mañana estábamos allá arriba dándole a esa carretera porque eso no había forma de carretera, todo lo hicimos a mano para que pudieran entrar carros para que se dieran cuenta de que aquí había gente [...] y los de Pastoral nos traían unos mercados o sea nos pagaban el trabajo con mercado, nosotros trabajábamos en la carretera y ellos nos daban el mercado y decían “las mujeres de la carretera” para darnos los mercados porque fuimos puras mujeres las que hicimos esa carretera”

Mujer adulta afrocolombiana habitante del asentamiento Esfuerzos de Paz I. Entrevista 27 de julio de 2009.

“[...] los hombres [del asentamiento] la mayoría trabajan solo la construcción, las mujeres vea, venden empanadas, venden bolis, venden cremas”

“[...] tengo dos años de desempleada y no consigo trabajo”

“[...] un solo día de trabajo no es empleo”

Mujeres afrocolombianas habitantes del asentamiento Esfuerzo de Paz I. Taller realizado el 10 de Julio 2009.

“[...] yo no estoy trabajando, yo voy mucho al recorrido y traemos hueso, papa, todas esas cosas, así recorrido de comida y también voy al recorrido de ropa, nos vamos para todos los barrios. Nosotras vamos por grupos de cinco, de cuatro, de tres, pero por lo general somos grupos de cinco y sacamos un día para cada barrio, hay veces que nos va mal, a mí por lo regular nunca me va mal, al día me hago mis diez mil pesos”

Mujer afrocolombiana jefa de hogar y madre de 7 hijos/as, habitante del asentamiento Esfuerzos de Paz I. Entrevista 27 de Julio 2009.

“[...] ahorita hay una energía que por ejemplo si tu prendes la estufa en alto las luces se apagan o si prende las dos estufas se te va la luz [...] el alcantarillado hay muchos lugares de Esfuerzos de Paz que si los tienen súper buenos pero otros lugares los cuales las aguas corren por todo el barrio, lo cual está provocando que la tierra por debajo se esté corriendo”

Hombre adulto afrocolombiano habitante del asentamiento Esfuerzo de Paz I. Taller de cartografías socioculturales realizado en la Universidad de Antioquia el 30 de Junio de 2009.

“[...] si hay muchas oportunidades de estudiar pero uno piensa, qué pasa con las obligaciones monetarias de mi casa, yo voy y estudio, me dan los pasajes, tengo un almuerzo, pero tengo que mercar en mi casa, mi hijo tiene que comer, en mi casa necesitan mil cosas [...] si hago una elección entre estudiar y trabajar, lo único que uno puede es trabajar”

Mujer joven afrocolombiana habitante del asentamiento Esfuerzos de Paz I. Taller de cartografías socioculturales realizado en la Universidad de Antioquia el 30 de Junio de 2009.

En las fotografías No.1, No.2 y No. 3, se aprecian las condiciones materiales y de infraestructura predominantes en las viviendas y los asentamientos de la Comuna 8.



Fotografía No. 6. Viviendas asentamiento Esfuerzos de Paz I. Julio de 2009.
Fotografía del autor.



Fotografías No. 7 y No. 8. Interior de vivienda en el asentamiento Unión de Cristo y lugares de encuentro comunitario del asentamiento Esfuerzos de Paz I. Julio de 2009. Fotografías del autor.

Las precarias condiciones de vida de los afrodescendientes desterrados que habitan este espacio urbano del destierro se agudizan cuando las estructuras del racismo histórico se activan y se convierten en nuevas formas de violencia para hombres y mujeres como recurrentemente ocurre en el mercado laboral. Generalmente los saberes traídos del campo no permiten, al menos por un tiempo, ser retomados y ofertados en el mercado del empleo urbano por lo que las ocupaciones a las que acceden no les garantizan pagos dignos ni condiciones de estabilidad y seguridad social, por el contrario, su situación los convierte en objetivo fácil para distintas formas de discriminación socioracial, como lo evidencian los siguientes testimonios y las representaciones cartográficas referidas al empleo ya presentadas:

“[...] entonces yo seguí con mis cocadas hasta que volví y me coloqué en otra casa [como empleada del servicio doméstico] pero ahí sí me fue como los perros en misa, la señora me dejaba con llave y yo le dije doña Patricia usted por qué me encierra, y ella me dijo que porque todas las muchachas que había tenido le habían salido ladronas y eran negras [...] sí era racista, lo dejaba a uno en llave, dejaba con llave la nevera, le dejaba a uno un pocilladito de arroz, las dos porciones de carne y uno como empleado no comía y yo me fui enflaqueciendo, y dije ah no, esto no es conmigo”

Mujer afrocolombiana desterrada de Bojayá, Chocó, habitante del asentamiento Esfuerzos de Paz I. Entrevista 27 de Junio de 2009.

“Todas trabajamos en el servicio doméstico por días, yo llevo dos años desempleada, estoy buscando trabajo y nunca me sale [...] yo le digo por qué me echaron del trabajo, yo tengo veinticuatro años y fue porque estaba en embarazo [...] no me atienden, entonces uno se puede morir pero uno tiene derecho a que lo atiendan”

Mujer afrocolombiana desterrada de Bebaramá, Chocó, habitante del asentamiento Esfuerzos de Paz I. Taller 10 de Julio 2009.

“[...] conseguí trabajo dizque en una cosa pelando plátano para fritolay, allá no nos pagaban ni seguro ni nada, y ya me fui yo enfermando allá, una vez estaba así y levanté una canastilla con cien plátanos y se me reventó dizque un vaso sanguíneo, no sé por dónde, yo me vi grave también, ellos no me colaboraron en nada, y bueno hasta ahora que volví otra vez, fui en enero y seguí yendo hasta cumplir ocho años, cumplí en enero de estar yendo allá [...] para que yo me hiciera treinta mil pesos diarios tenía que pelar veintiún ficho o sea que veintiún ficho eran veintiuna canastilla de plátano que yo pelaba en el día para hacerme treinta mil pesos [...] toda canastilla trae cien, pero ellos le echaban a uno más de cien”

Mujer adulta afrocolombiana desterrada en 1997, habitante del asentamiento Unión de Cristo. Entrevista 5 de junio.

“[...] he tenido muchas personas que me han excluido pues por ser morena, ya, en puestos digámoslo así, de hecho alguna vez mandé la hoja de vida al Éxito y me dijeron, “uyy descarte la posibilidad que aquí la reciban porque no reciben negros”, y yo les decía, pero es que yo no soy tan negra y me decían “no importa, personas de color no reciben”

Mujer afrocolombiana desterrada de Apartadó, habitante del asentamiento Unión de Cristo. Entrevista 13 de Junio de 2009.

“[...] y llegue aquí a Medellín y empecé a trabajar en casas de familia y como no sabía las costumbres de acá entonces en ese tiempo lo discriminaban mucho a uno, entonces lo que yo hacía mal hecho me lo sacaban del sueldo y me echaban, yo no sabía hacer arepas porque en el Chocó no se hacían, casi no me quedaban bien y me echaban y me quitaban lo que había hecho en el día o quince días o veinte, lo que hubiera trabajado me lo quitaban, me cobraban la arepa y me mandaban sin un peso, y entonces mucha gente empezó a enseñarme hacer las arepas hasta que aprendí y aquí estoy luchando contra el mundo y aquí estoy todavía [...] en ese entonces uno era como un prisionero, le servían el poquito de desayuno y el poquito de comida, desde las cinco y media de la mañana que uno se levantaba hasta las doce del día sin derecho a comer nada más, porque uno comía hasta las seis de la noche y en el día uno se sostenía era a punta de agua como para sostener el hambre, y hoy en día en las casas que yo he trabajado ahora le dan a uno su buen desayuno, su buen almuerzo y su algo, pero como yo ya quedé como marcada, yo desayuno y almuerzo y hasta por la tarde que ya vuelvo a mi casa”

Mujer adulta afrocolombiana habitante del asentamiento Altos de la Torre. Entrevista 24 de junio de 2009.

“[...]a mí me tocó llegar a una casa que la señora era racista y ese día que yo llegué me tocó un día de trabajo por allá por el Obelisco, cuando el perro, ella tenía un perro peludo, negro, yo vi que el perro comía en uno de los platos, y cuando veo que lo cogió y lavó el plato y me dijo que fuera a desayunar y yo viendo que era el plato del perro, cómo le parece, entonces me dijo vea allá el desayuno y yo le dije señora yo me voy a ir, y me vestí y me vine y yo no, respéteme, yo no tengo porque comer en la comida que come el perro, respéteme y hay mismo cogí y me vine [...] también me cogió otro trabajo que la señora era racista y el señor no, entonces la niña decía, “ayy yo no quiero la comida que haga esa morenita, no que la comida se pone negra”, mire que hay niños así que dicen la comida está negra porque la hizo la negra, sí aquí hay mucho racismo”

Mujer adulta afrocolombiana habitante del asentamiento Altos de La Torre. Entrevista 25 de junio de 2009.

“[...] me dijeron que lavando apartamentos en obra negra era muy bueno y yo me fui y empecé a trabajar y como era inexperta me colocaron a trabajar como una esclava y las que sí sabían me colocaban a lavar el punto fijo, eso son las escalas, por ejemplo si el edificio era de veintidós pisos toda las escalas me tocaban a mí hasta el sótano, me tocaba lavar eso sola y agachada y me decían con el descaro, “cuando usted aprenda a trabajar esto ya no se mata tanto”, y yo decía que todo esto sea por mis hijos para que no me estén aguantando hambre [...] trabaje ahí con esa señora siete años, a los siete años se acabó la lavada de apartamentos entonces ya me quedé en la casa y cuando fue la hora de liquidación no me dio un peso, a unas si las liquidó pero a mí no me dio un peso, entonces otra vez me quedé vagando, empecé a vender cucas, yo trabajaba con esto al porcentaje y unos días me iba bien y otros días me iba mal, cuando en esas pasó la señora con la que trabajé lavando los apartamentos y como a mí me decían Tomasa, me dijo “Tomasa qué estás haciendo? vení a trabajar conmigo” y yo le pregunté que si estaba liquidando y ella me dijo que sí y me fui a trabajar con ella cuatro años más y tampoco hubo liquidación”

Mujer adulta afrocolombiana habitante del asentamiento Altos de la Torre. Entrevista 28 de junio de 2009.

“En esos oficios le pagan lo que le dan la gana, no tienen ningún tipo de prestaciones y es lo peor, o sea, como lo último de la sociedad, es tan terrible o sea es terrible ser mujer en un país como este, se le suman todas las dificultades, ser negra, todo lo que la gente no quiere, yo veo que

a otras les pasan cosas impresionantes como que las tratan como lo peor, como que no tienen valor”

Mujer adulta afrocolombiana habitante del asentamiento Unión de Cristo. Entrevista 6 de Junio de 2009.

Las mujeres afrocolombianas desterradas o no, habitantes de los distintos asentamientos, trabajan en el servicio doméstico, algunas como internas en las casas y otras por días, generalmente las condiciones salariales, la desvinculación a la seguridad social y los malos tratos por parte de empleadores, evidencian formas contemporáneas de trabajo esclavo¹⁵, lo cual es posible por las condiciones de vulnerabilidad y desprotección social de las personas afrodesterradas que ante la necesidad de sostener a sus familias son sometidas a permanecer en dichas ocupaciones aguantando las humillaciones y el racismo manifiesto. Otras mujeres se dedican al cuidado de niños o de personas enfermas, también trabajan en cafeterías, restaurantes o en ventas callejeras de comida.

Algunas personas, hombres y mujeres, recurriendo a los saberes aprendidos en los territorios rurales de donde fueron expulsados por la guerra, la pobreza y la desatención estatal, se desplazan a diferentes regiones del país a trabajar la minería o la agricultura, a ejercer temporalmente estas ocupaciones que se convierten en una alternativa para capitalizar recursos y cubrir las necesidades familiares. En el caso de los hombres afrodesterrados la ocupación predominante es la de obreros en la construcción, otros trabajan como porteros de edificios y en oficios varios, los demás están desempleados. Ellos también sufren las formas contemporáneas del trabajo esclavo que no brinda las condiciones salariales justas por su gran esfuerzo físico, que no les asegura a ellos ni a sus familias la seguridad social y que los somete continuamente a humillaciones y prácticas racistas por parte de empleadores y contratistas. En Medellín, entre otras ciudades del país, asistimos a una *división racial del trabajo* donde las personas afrodescendientes son relegadas a ciertas ocupaciones como resultado de la estigmatización y la subalternización.

Finalmente, y aunque predomina entre las mujeres, algunos hombres también realizan el “*recorrido*” como estrategia de subsistencia diaria que consiste en salir a las calles, plazas de mercado y barrios a pedir alimentos, ropa y dinero para el sustento de las familias, sometidos la mayoría de las veces a distintas ofensas y peligros. Los alimentos que logran conseguir son para el consumo en la familia, y en algunas ocasiones, se comparten con los vecinos o familiares cercanos. La ropa que no se utiliza se vende para obtener algunos ingresos. Para las mujeres y hombres afrocolombianos el “*recorrido*” es una situación difícil y humillante, además recuerdan que antes de ser desterrados vivían en sus fincas y sembraban su propia alimentación, la cosechaban y la cocinaban sin tener nunca que pedir nada a nadie, sin embargo, ante el hambre y las dificultades económicas en Medellín han tenido que recurrir a esta práctica para generar algunos ingresos y conseguir comida. Las siguientes voces narran las situaciones humillantes que experimentan las personas que van a los “*recorridos*”:

¹⁵ Por trabajo esclavo se entiende el trabajo degradante que envuelve restricciones a la libertad y el bienestar del trabajador y que se presenta en condiciones análogas a la esclavitud, como ocurre en casos del trabajo infantil, de mujeres y hombres en el mundo entero. Al respecto puede consultarse: <http://www.adital.com.br/site/noticia2.asp?lang=ES&cod=31090> Consultado en enero de 2009.

“[...] acá la vida si es más difícil, para uno sí pa’ qué, acá si uno no tiene casita también sufre, mientras que uno allá [en el lugar de origen, el campo] en cuanto a la vivienda es mejor porque aquí si uno tiene trabajo está bien con el arriendo, y póngase a ver si una persona no tiene trabajo cómo va a vivir un padre que tenga cuatro, cinco hijos, entonces mire que tiene que vivir del recorrido y a veces que en ese recorrido también no le dan a uno nada, yo también he ido al recorrido, pa’ qué le voy a decir mentiras, yo he ido al recorrido y le dicen a uno “vea trabaje, busque qué hacer” y no le dan nada, o le tiran las cosas tiradas, como a veces también hay personas que le dan a uno, entonces mire que uno va a la deriva, como a veces le va bien a uno en un recorrido como a veces no le va, y en Quibdó ese recorrido no lo hay [...] yo no volví al recorrido, yo iba con una compañera a ese recorrido, pero yo sola no me siento capaz de ir a hacer recorrido porque eso es duro, hay gente que lo insulta, hay unos de buen corazón que le dan, otros que lo tratan mal, entonces mire que eso uno va dispuesto a cualquier cosa, a que lo humillen, entonces por eso me parece pues que en el Chocó es dura la situación, por una punta pues, pero aquí todavía es más duro”

Mujer adulta afrocolombiana habitante del asentamiento Altos de la Torre. Entrevista, 25 de junio de 2009.

“[...] se van para Robledo, Castilla, Poblado y Envigado pero esos ricos no le están dando nada a esas mujeres porque las puertas se las tiran a la cara y que les dicen “ustedes están muy jóvenes vayan a trabajar”, imagínese y yo escuchando todo eso y yo que también estoy joven me mandan a trabajar sabiendo que a mí me gusta trabajar y que otra persona lo mande a uno a trabajar sabiendo que si uno va por allá es por la necesidad, yo aquí me he acostado sin comida, yo la semana pasada me acosté sin comida”

Mujer afrocolombiana desterrada de Bojayá, habitante del asentamiento Esfuerzos de Paz I. Entrevista 27 de Julio de 2009.

La producción del espacio en los asentamientos de población desterrada está atravesada por la pobreza extrema. Considerando las inadecuadas condiciones de las viviendas, el estado de los servicios públicos y de la infraestructura, el predominio de familias extensas, el desempleo, los niveles básicos de estudio, el alto porcentaje de analfabetismo y el racismo manifiesto, se pueden evidenciar los problemas de miseria y la precaria calidad de vida que se deteriora día a día. En promedio, todas las necesidades básicas de los afrodescendientes desterrados están insatisfechas y las presiones socioeconómicas recaen con mayor rigor en la población femenina. En la producción del asentamiento como espacialidad del destierro urbano se superponen las violencias y formas de exclusión socioeconómicas descritas por los desterrados, con los efectos del conflicto armado que se vive en las comunas y sectores de Medellín. Ante la ausencia y falta de control estatal, otros poderes y órdenes entran en confrontamiento armado por el control geoestratégico de barrios, sectores o cuadras de la ciudad, dejando en el medio de la guerra a los desterrados y otros pobres que habitan los asentamientos y zonas aledañas. Los siguientes testimonios narran la forma como la guerra urbana afecta la vida de los pobladores en estos espacios, ya sea porque los grupos armados toman el control de los territorios o porque algunos de sus habitantes se insertan en la mecánica del conflicto conformando nuevos grupos, así como por el enfrentamiento entre bandas de distintos sectores, en este caso, de la zona centro oriental de Medellín:

“[...] el problema fue que tristemente aquí empezaron oprimiendo los mismos desplazados porque los mismos desplazados pues si bien nos ataca gente de afuera, pero formar una banda y la banda servir para atacarnos a nosotros mismos, oprimirnos, dañar la comunidad, dañar los niños, las

niñas y sujetarlo a uno [...] uno no tenía palabra, no tenía ni voz ni voto acá, solo lo que el patrón dijera, es una cosa complicada, él no le decía a uno nada, era simplemente la opresión lo que se utilizaba y ellos metieron todo el terror que iban a meter y ya no tienen que andar con un arma pa' que les hagan caso [...] acá estaban los milicianos, para allá estaba el grupo de La Libertad que eran los que hoy llaman reinsertados, porque ellos no eran insertados, tenían una banda común, es que en sí todos los que se reinsertaron de aquí de Medellín eran delincuencia común [...] por donde yo vivía era Corvide estaba el tal Carlitos, por acá arriba estaba la banda del 13 de Noviembre y por allá entrando Villatina, y nosotros los guevones en la mitad y pa' acabar de ajustar hay veces subían los de Caicedo, se subían acá porque los de acá se iban a molestar allá entonces se venían a devolver las balas, entonces para esta fecha digamos llegaban y decían a esta hora enciérrense todos que nos vamos a encender [...] tocaba uno meterse debajo de la cama y eso era pa, pa... caían encima, en fin, eso parecía como si estuviera lloviendo, eso era una cosa impresionante, muertos aquí, muertos allá, muertos de un lado y muertos del otro, ya después mataron pues a Carlitos y empezó a organizarse esa tal, los paramilitares, entonces ya empezaron como unos a unirse para formar un combo pues más interesante y ya de ahí empezó a mermar un poquito, los de allá ya no se metían, hubo una época en que nosotros no podíamos coger para allá o sea en el bus [...] hay veces se montaban en los buses y bajaban la gente y le daban mate, entonces eso fue una época demasiado dura recién venidos acá, eso fue en el '98, una época muy complicada, fuera de eso nos mantenían amenazando que nos iban a quemar los ranchos [...] los mismos de las bandas, más que todo los de Corvide porque [decían que] nosotros éramos unos invasores y que no nos querían, que la negramenta que yo no sé qué, pues un poco de racismo ahí a toda hora, y en ese entonces el desplazado aún era todavía más estigmatizado, lo veían como un guerrillero, de por sí decían que el desplazado era guerrillero y por eso era que el desplazado nunca sacaba carta, los verdaderos desplazados nunca sacaron carta, nunca se registraron por miedo a que los localizaran, que son los que hoy en día están sin carta, sin ayuda y sin nada”

Mujer afrocolombiana habitante del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios. Recorrido por el sector donde se ubicaba el asentamiento Mano de Dios en la comuna 8. Septiembre de 2008.

“Agosto 20 de 2009. Fue un día de mucho susto porque se formó una balacera increíble, se tornó el ambiente tenso y temeroso, fueron los 20 minutos más horrorosos de nuestras vidas, estar todos en mi casa y faltar mi hermano menor el cual estaba casi en la mitad del enfrentamiento junto con un amiguito, salimos mi hermana y yo muy asustadas a buscarlo porque temíamos lo que le pudiera pasar, pero hasta que apareció descansó un poco el corazón de mi hermana y yo, pero seguíamos con la desesperación cuando veíamos que las personas eran corriendo buscando un refugio donde esconderse, luego subió la policía y se calmó un poco el ambiente. Lugar: Villa Liliam [Barrio contiguo al asentamiento]. Hora: 5.00 p.m.”

Mujer joven afrocolombiana habitante del asentamiento Unión de Cristo. Diario de campo elaborado durante el mes de agosto de 2009.

En medio de condiciones de marginalidad extrema en Medellín, las solidaridades cotidianas entre desterrados y afrodescendientes se expresan en ayudas mutuas para acondicionar un espacio y construir los ranchos, para garantizar algún alimento, para informarse sobre el proceso de cómo registrarse en las instituciones del Estado e iniciar los trámites para acceder a las ayudas como desplazados, etc., lo que les permite lograr una representación colectiva en tanto *comunidad* y genera posibilidades de interlocución con distintos actores sociales que intervienen en los asentamientos. No obstante, estos lugares del destierro comportan ininterrumpidamente situaciones de vulnerabilidad a causa de distintas violencias y de situaciones catastróficas como

incendios y deslizamientos que desbaratan una vez más las territorialidades y las formas de solidaridad que los afrodescendientes habían logrado producir en la ciudad y que los condena nuevamente al desarraigo, ahora de los asentamientos que consolidaran tras años de lucha como ocurrió en los casos de Vallejuelos en la Comuna 13 y en Nuevo Amanecer en la Comuna 8, entre otros asentamientos.

Vallejuelos fue construido a mediados de los años ochenta por la Corporación de Vivienda y Desarrollo Social de Medellín -CORVIDE-, con el apoyo de la Secretaría de Desarrollo Comunitario de la Alcaldía de Medellín, con el propósito de reubicar a 240 familias que habían invadido predios en el barrio Moravia, en la Comuna 4 de la ciudad. A inicios de los años noventa nuevas familias desterradas comenzaron la invasión de predios aledaños al sector hasta configurar el nuevo asentamiento. En el año 2000 un incendio de grandes proporciones arrasó gran parte del asentamiento, lo que condujo a la decisión por parte de la administración municipal de reubicar a sus habitantes en otro sector de la ciudad. Un par de años después se entregaron los primeros apartamentos en el nuevo barrio Mirador de Calasanz.

En el caso de Nuevo Amanecer, el incendio que consumió el 75% del asentamiento se produjo el 6 de marzo del año 2003 damnificando aproximadamente a 3.500 personas, alrededor de 700 familias. La mayoría de los damnificados fueron trasladados a distintos albergues durante meses, mientras que los demás se instalaron en diferentes barrios de Medellín con la ayuda financiera de los gobiernos municipal y nacional. Sólo unas cuantas familias retornaron a los lugares de donde los había desterrado la violencia. Dos años después inició la entrega de las primeras viviendas en el nuevo lugar de reubicación.

Experimentando la marginalización urbana, y luego de varios años de múltiples tensiones y conflictos entre las víctimas del destierro y los incendios y los representantes de la administración municipal, se cumplieron las promesas institucionales de reubicación de unas poblaciones que todavía no alcanzan sus sueños de una existencia en paz y en mejores condiciones de calidad de vida.

Nuevos barrios de reubicación



Fotografías No. 9 y No. 10. Urbanización Mirador de Calasanz y Urbanización Nuevo Amanecer Mano de Dios. 2009. Fotografías del autor.

El cuarto lugar del destierro está constituido por los *nuevos barrios de reubicación*, unidades residenciales donde son llevadas las familias afrocolombianas, entre otras poblaciones, como solución a sus problemáticas de carencia de vivienda digna. Estas urbanizaciones están siendo construidas por la administración municipal de Medellín desde hace por lo menos una década y han sido emplazadas en distintos sitios de la periferia urbana, particularmente en los corregimientos de San Antonio de Prado y Altavista. Últimamente, los proyectos de reubicación se han construido en el borde periurbano, en el sector conocido como Pajarito. Con estas urbanizaciones la administración municipal ha pretendido dejar solucionada la problemática de las poblaciones afrodescendientes que habitaban los asentamientos, pero lo que está mostrando la realidad cotidiana de estos barrios dista mucho de esta pretensión. Si bien en la mayoría de los casos la precariedad de la vivienda ya no es la principal preocupación, al interior de los edificios y casas de material persisten muchas de las condiciones de inequidad social que se vivían en los asentamientos: desempleo, hacinamiento, inseguridad alimentaria, desescolarización, desconexión de los servicios públicos y presión de los grupos armados (El Colombiano 2003/03/09, pg 8a; 2003/07/07, pg 11a; 2003/08/04, pg 10a; 2003/08/29, pg, 10a).

En algunos casos, como el de la urbanización Nuevo Amanecer Mano de Dios, las nuevas viviendas tampoco presentan condiciones óptimas de infraestructura pues presentan agrietamientos, filtraciones de agua y el espacio público comprometido nunca fue construido. Igualmente, durante el segundo semestre de 2009 nuevos episodios violentos como asesinatos, intimidaciones, restricción de la circulación por el barrio y nuevos destierros, especialmente de lideresas y líderes comunitarios, marcaron las condiciones de vida en la reubicación. Con el destierro y muerte de líderes se fracturan una vez más las relaciones de solidaridad comunitarias y los canales de interlocución y lucha con las que cuentan los desterrados para reclamar ante diferentes instancias públicas y privadas. En estas condiciones, los efectos del destierro no cesan en una ciudad que si bien les provee a los afrodesterrados techos para guarecerse, les deniega el acceso en plenitud a sus derechos vitales. Veamos algunas de las condiciones por medio de las cuales se vienen produciendo nuevas espacialidades del destierro en dos sectores de reubicación de la ciudad:

- La Urbanización Nuevo Amanecer Mano de Dios está emplazada en el sector conocido como Altavista Central y su aparición obedece a una estrategia de re-ubicación financiada por la Alcaldía de Medellín, los gobiernos departamental y nacional, así como por la empresa privada, para la población proveniente del asentamiento Mano de Dios, afectada por un incendio de grandes magnitudes. A mediados del año 2005 se entregaron las primeras soluciones de viviendas e inició el proceso de poblamiento del nuevo barrio que se compone de 470 casas. Según el Diagnóstico Rápido Participativo realizado por FENAVIP en el año 2006, en la urbanización se encontraban por cada vivienda entre 5 y 6 personas. Para ese entonces, a pesar de contar con tan sólo unos cuantos meses de haber sido ocupadas las nuevas casas, el informe señala que éstas,

“[...] presentaban graves deficiencias [...] en sus estructuras existen problemas de humedades, filtración de aguas lluvias, dilatación de las lozas, problemas de los muros de división, así como en las cerraduras. Al tiempo, se evidenció que en la zona no se construyó ninguna obra de equipamiento social como lugares de encuentro y esparcimiento, parques, zonas deportivas, escuela, caseta comunitaria, etc.” (FENAVIP, 2006: 18).

Por su parte, la Contraloría General de la Nación evaluó el proyecto de reubicación y mostró que en la elección y avalúo del terreno no hubo un concepto técnico apropiado por parte del gobierno, que las áreas de construcción de las viviendas no corresponden a las presentadas en la propuesta inicial de la obra, que los materiales utilizados no son de buena calidad y que algunas viviendas corren peligro por procesos erosivos y movimientos tectónicos que no fueron previstos por el urbanizador, así como otra serie de irregularidades en el manejo de los recursos económicos y en el pago de sobrecostos de la obra no contemplados inicialmente (De la Urbe, Junio de 2008, Universidad de Antioquia).

A finales del 2009 estas deficiencias se mantenían en lo que se refiere al espacio público, mientras que el deterioro de las viviendas ha ido en aumento y hoy pueden encontrarse muchas de ellas con alto grado de humedad y afectación por las filtraciones de agua. Las condiciones de hacinamiento se han visto agudizadas por el hecho de que muchas de las familias han crecido o porque sirven como soporte y sitio de acogida para sus parientes y amigos que llegan a la ciudad en condición de destierro o en busca de oportunidades laborales. La urbanización tiene dificultades evidentes para su conexión con la ciudad, ya que sólo se puede llegar a ella a través de una carretera que conecta al corregimiento Altavista con el barrio Belén Altavista. A la entrada de la urbanización se encuentra un puente sobre la Quebrada Altavista, el cual está actualmente siendo adecuado y al que sigue una calle sin pavimentar y en condiciones precarias. Apenas cinco años después del traslado a la urbanización Nuevo Amanecer Mano de Dios, se logró la entrega oficial al Municipio de Medellín por parte de la firma Constructora MIV S.A, pero aún sin cumplir con las obligaciones de licencias de urbanismo y construcción y sin construir las redes de gas domiciliario, la sede social, los parques infantiles, el lugar de acopio para las basuras, ni la adecuación de zonas verdes para el esparcimiento comunitario.

Las fotografías No.11, No.12 y No.13, presentan las condiciones materiales de los espacios recreativos para niños y jóvenes, el lugar de acopio de las basuras y el sitio donde se realizan las reuniones y procesos de capacitación comunitaria en la urbanización:



Fotografía No. 11. Parque infantil de la urbanización Nuevo Amanecer Mano de Dios. Mayo de 2009. Fotografía del autor.





Fotografías No. 12 y No. 13. Acopio de basuras y carpa de encuentro comunitario de la urbanización Nuevo Amanecer Mano de Dios. Junio de 2009. Fotografías del autor.

Los líderes y lideresas han visibilizado de diferentes formas las problemáticas sociales y de infraestructura que vive su comunidad, han recurrido a los medios de comunicación para reclamar el cumplimiento de sus derechos, han establecido redes de trabajo con líderes, comunidades y organizaciones de otros sectores de la ciudad para participar en tomas y manifestaciones públicas, han interpuesto recursos jurídicos por el incumplimiento de la constructora en la entrega de las viviendas y del espacio público. Como lo evidencian los siguientes testimonios, las memorias de hombres y mujeres afrodescendientes habitantes de esta reubicación insisten en la vivencia cotidiana de la exclusión y la marginalización socioracial,

“[...] siempre he dicho que esto no es una vivienda digna y hay gente aquí que dice que es una vivienda digna porque es de material y que los ranchitos eran de tabla y de plástico, vea, estoy mejor en los ranchitos que aquí, para mí ojala nos reubicaran en otra parte”

Mujer afrocolombiana desterrada de Bahía Solano, Chocó, habitante del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios. Entrevista, 5 de junio de 2008.

“[...] a mí me dieron un subsidio de diez y siete millones quinientos mil pesos pa’ mi familia, sea pa’ comprar casa usada o una casa nueva digna, y esto no es casa digna, aquí no cabe nadie, estamos así vea, estrechos y apenas estamos aquí nueve personas [...] los niños van creciendo y van ocupando más, entonces para mí esto no es digno [...] ojala me cambiaran ésta casa por otra, yo aquí no me siento como satisfecho con lo que me dieron, no”

Hombre desterrado del Oriente antioqueño, habitante del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios. Entrevista, 5 de junio de 2008.

“[...] Si pues allá [en el antiguo asentamiento] no tuvimos que enfrentar ni problemas como la exclusión, la discriminación no se tuvo que ver tan marcado como se vio acá, aquí se ve muy horrible, es que aquí lo insultan a uno por el hecho de ser negro o por ser desplazado [...] yo no la había visto [la discriminación socioracial] hasta que llegué acá a Altavista, porque a uno allá le quedaba más fácil, tu podías conseguir amigos y sí, todo era más fácil, la gente no era tan complicada, en cambio acá uno llega y es como un golpe muy horrible pues pa’ uno aterrizar de esa manera, uno darse cuenta que mucha gente no le habla a uno que por el hecho de ser negro, que otro lo discrimina a uno que por la forma como uno se viste o que por la forma que uno habla o de donde viene, entonces eso se presenta pues mucho, entonces es muy triste”

Joven afrocolombiana del grupo Luchando por una Educación Mejor en Nuevo Amanecer, LEMNA, desterrada del municipio de Ayapel en Córdoba. Entrevista, 19 de junio de 2008.

“[...] no me gusta ese barrio Buena Vista por racistas, eso queda por la cancha por los lados del Pedro Octavio [colegio en Altavista parte central, cerca de la reubicación], por racistas, ahí lo ven a usted y le dicen hasta de qué se va a morir, a mí sí me han insultado por allá, que negro yo no sé qué, que vos no sos de por aquí, que vos naciste cagao, que vos te quemaste, que yo no sé qué, que vos le tenés rabia a los bomberos porque te dejaron quemar, a uno le da rabia ir por allá bastante, mejor no me meto por allá, mejor voy por esos barrios callados en donde nadie me diga nada, donde no me molesten [...] Los Chivos [barrio lindante con la reubicación] también son racistas a morir esos manes, yo no digo ni hago nada porque en un barrio de estos donde uno no conoce a nadie de pronto lo salen golpeando a uno o le hacen alguna maldad”

Joven afrocolombiano. Taller de cartografías socioculturales realizado en el barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios, 19 noviembre de 2008.

“[...] hoy está el barrio sin sede social, sin la escuela, falta toda parte de urbanismo porque aquí no hay nada, aquí el barrio prácticamente estamos son los coquitos, y el barrio no ha sido entregado [...] la constructora y el mismo Municipio solamente hicieron los cocos, dejaron esto aquí tirado y ya se abrieron cada quien y nosotros hemos estado mandando papeles, ahí estamos para hacer una protesta, vamos a sacar a toda la gente así sea de a uno por casa y vamos a bajar [al centro de la ciudad] a hacer la protesta pa’ que nos entreguen el barrio, sino, no nos lo van a entregar [...] pa’ ver si de pronto nos pueden entregar este barrio y que construyan lo que hace falta, vamos a esperar a ver qué pasa, entonces esa es la pelea de nosotros que entreguen el barrio pa’ uno decir esto es de nosotros”

Líder afrocolombiano miembro de la Junta de Acción Comunal. Entrevista, 17 de junio de 2008.

Las promesas del Estado sobre una solución digna de vivienda no se han cumplido, por el contrario, han causado nuevas formas de violación de los derechos humanos y étnicos. Las extensas familias sin soluciones de empleo padecen la desconexión de los servicios públicos domiciliarios, los escasos recursos no alcanzan para comprar la alimentación ni menos para pagar los impuestos de las viviendas, y la deuda que asumieron los nuevos propietarios con entidades públicas para costear parte de sus casas aumenta por la imposibilidad de pagar las cuotas mensuales. Aunque las víctimas del incendio y el destierro ahora duermen en casas de material y ya no de plástico, cartón y madera, múltiples problemáticas contribuyen a la precarización de las condiciones de vida de los afrodescendientes, tal y como viene sucediendo en los últimos meses por efecto del terror y la muerte que acechan en Nuevo Amanecer. La guerra urbana que retoma silenciosamente diferentes lugares de la ciudad se ensaña una vez más con sus habitantes que continúan experimentando la presión de los grupos armados, el confinamiento en sus viviendas

por la intimidación y la restricción de la circulación por las calles, especialmente en horas de la noche, así como el asesinato selectivo de personas y el destierro de lideresas y líderes comunitarios, como ocurrió con personas pertenecientes a la Junta de Acción Comunal y al grupo de mujeres ASMUDANA. El nuevo destierro para afrodescendientes y otras personas de la reubicación, no sólo los condena al perpetuo exilio por la desesperanza, sino que en su errar por las *geografías del terror* (Oslender, 2006) *urbanas*, la muerte los encuentra sumidos en el olvido estatal y en el sufrimiento ante la pérdida de la principal *restitución* alcanzada durante años de lucha: su casa, su barrio y un tejido social remendado con dolores y nuevas esperanzas postergadas, como le sucedió recientemente al líder afrocolombiano Jorge Murillo. Para los líderes y lideresas obtener la propiedad de su barrio es una lucha cotidiana por un nuevo territorio, por la posibilidad de contar con un lugar digno para su existencia en la ciudad. Sin embargo, los proyectos de reubicación se han convertido en verdaderas pesadillas para unas personas que parecieran no pueden huirle definitivamente a las violencias y al destierro.

- Luego del incendio del asentamiento Vallejuelos ubicado en la Comuna 13 o San Javier en el año 2000, la administración municipal reubicó a las víctimas en la Urbanización Mirador de Calasanz. En condiciones similares a las planteadas para el caso de las familias afectadas por el incendio en el asentamiento Mano de Dios, en este caso se plantearon como opciones de restitución el retorno al lugar de origen, opción elegida sólo por algunas familias; la compra de casa usada o el pago de alquiler por un tiempo definido (Rojas, 2002). Según puede encontrarse en los reportes de prensa de la época, éste proceso de negociación sobre las opciones de terrenos para la construcción de la urbanización se caracterizó por una marcada tensión, matizada por las constantes movilizaciones de la comunidad y los enfrentamientos con la fuerza pública en reclamo por el abandono y el olvido del sector oficial frente al tema de la reubicación (El Mundo 05/09/1995, pg.12; El Colombiano 2003/08/04, pg. 10a). En el año 2000 se adjudicaron 514 subsidios de vivienda y en el año 2001 se iniciaron formalmente los procesos de remoción de tierras para la construcción de los primeros 256 apartamentos de la urbanización.

En la actualidad, según se deriva del registro realizado en esta investigación, la urbanización cuenta con 44 bloques para un total de 884 unidades habitacionales. Gran parte de los apartamentos permanecen en “obra gris” tal y como originalmente fueron entregados y por el hecho de que tan sólo cuentan con dos habitaciones, un baño, la sala y el comedor, se ha incrementado el hacinamiento por cuenta del crecimiento de las familias y por la llegada de nuevos habitantes, generalmente familiares o amigos desterrados de sus territorios de origen. Durante el proceso de diagnóstico de las condiciones de infraestructura y servicios en la urbanización, realizado con la participación activa de los jóvenes afrocolombianos integrantes del grupo juvenil JOVENEJ -Jóvenes Emprendedores de Futuro-, se pudo verificar que el nuevo barrio cuenta con una sede social en la que funcionan adecuadamente un salón múltiple, la ludoteca del Instituto de Deporte y Recreación -INDER-, la cocineta, los servicios sanitarios y el aula de reuniones, faltando por adecuar la sala de cómputo y el espacio dejado para el consultorio médico. La Junta de Acción Comunal usualmente hace uso de la sede social y la administra en cesión por comodato de la Administración Municipal.



Fotografía No. 14. Salón comunal de la Urbanización Mirador de Calasanz. Noviembre de 2008. Fotografía del autor.

Las principales carencias de espacio público hacen referencia a la inexistencia de equipamientos deportivos y a que los equipamientos recreativos son insuficientes para el volumen de población que deben atender. Como único equipamiento recreativo la urbanización cuenta con un parque infantil, en condiciones de deterioro significativas, ubicado en las cercanías de la sede social. Esta carencia de escenarios deportivos hace que los niños y jóvenes tengan que desplazarse a los barrios aledaños, donde entran en disputas con los lugareños que les reclaman el derecho al uso de sus instalaciones o, como medio de solución más frecuente, se hace uso de la vía pública como escenario deportivo y recreativo, provocando un serio riesgo por el tráfico vehicular.



Fotografía No. 15. La vía pública como escenario deportivo, Urbanización Mirador de Calasanz. Marzo de 2010. Fotografía Camilo Pérez.

La educación primaria y secundaria es atendida por los colegios de los barrios aledaños, principalmente por aquellos ubicados en los barrios Blanquizal y Olaya Herrera, sin embargo, las condiciones de sobreocupación de estos establecimientos son un reclamo por parte de niños y jóvenes de la urbanización que generalmente alternan en los grupos con cerca de 50 compañeros de clase. En esta reubicación la cotidianidad de sus pobladores está signada por las condiciones de marginalización social, discriminación racial y la intimidación de los grupos armados, como lo evidencian los siguientes testimonios:

“[...] fue dizque una reubicación para Mirador de Calasanz, que un espacio más apto porque ese espacio donde nosotros vivíamos era dizque inestable y yo no entiendo ¿por qué inestable?, más sin embargo allá construyeron metro cable, van a pasar una carretera, entonces ¿qué terreno inestable?, eso era por sacarlo a uno de allá [...] algunas familias no tienen trabajo y se dejan coger de los servicios, ese es el problema que yo veo porque de no pagar nada a venir a pagar algo, ahí si hay gente que le da duro”

Joven habitante del barrio Mirador de Calasanz en la Comuna 13. Entrevista noviembre de 2008.

“[...] los jóvenes allá [en el asentamiento de Vallejuelos] tenían mucho espacio para recrearse, por lo cual no se presentaban conflictos y estaban en una parte más abierta, acá [en Mirador de Calasanz] se está en una parte más cerrada y hay pocas zonas de

integración, los bailaderos son las únicas zonas de integración y un parque que cada vez que uno baja allá es un problema”

Joven afrocolombiano desterrado del Chocó, habitante del barrio Mirador de Calasanz. Entrevista septiembre de 2008.

“[...] en Vallejuelos si se veía eso mucho [la violencia armada], se formaba una balacera a cualquier hora del día, le daban a raimundo y todo el mundo, y uno en la casa encerrado se metía debajo de la cama, se metía en el baño y eso era así, pues aquí ya ha cambiado mucho, al principio sí se veía violencia [...] los milicianos y los paracos no se han metido aquí en el barrio a volver a decirle a los muchachos que se entren a tal hora, que si no, los llevan y los pelan, no eso ya no se ve [...] por ahí están ellos quietos todavía pero ¿quién sabe cuándo se vuelve a calentar ésta joda?”

Joven habitante del barrio Mirador de Calasanz. Entrevista noviembre de 2008.

“[...] pues los jóvenes en algunos casos ellos terminan el estudio, tratan de buscar trabajo y no lo consiguen porque viven en tal barrio o tal estrato, tiene tal color de piel y dicen que como no tienen la experiencia no lo vamos a poder contratar, entonces eso es falta de oportunidades”

Joven afrocolombiano habitante del barrio Mirador de Calasanz. Entrevista noviembre de 2008.

“[...] de Santa Cruz a Moravia muy bueno porque nos pasamos pa’ nuestro propio ranchito, no había que pagar servicios, pero en Vallejuelos ya la vida cambió, había que pagar servicios y terminar de hacer la casa [...] cuando llegamos a Vallejuelos todo era piedra, con el tiempo hicimos la carretera, nos tocaba salir a ayudar a la gente de las casas, la gente era muy unida con el trabajo [...] se vivió mucha violencia en Vallejuelos, eso era muy duro, ya llegamos acá a Calasanz y el cambio para mi si fue muy brusco porque yo soy madre cabeza de hogar y todo me toca a mi sola, económicamente el cambio muy duro, si uno no trabaja no vive acá”

Mujer joven afrocolombiana habitante del barrio Mirador de Calasanz. Entrevista octubre de 2008.

La conjunción del destierro, la racialización de la geografía urbana y la reproducción de la diferencia colonial que deshumaniza a los grupos étnicos hace de las personas afrodesterradas seres marginalizados por una doble articulación de categorías excluyentes: ser negro y ser desterrado, lo cual se refleja no sólo en las precarias condiciones materiales de su sobrevivencia en la ciudad, sino también por una serie de dispositivos sociales e institucionales que constantemente hace de mujeres y hombres afrodescendientes seres subalternos y prescindibles. La filigrana del destierro teje sus hilos más finamente y a estas formas de discriminación sioracial se superponen otras que tienen que ver con el hecho de ser mujeres negras, de ser jóvenes e infantes afrocolombianos, así como por ser adultos mayores, yuxtaponiendo en cada caso, modalidades diferenciadas de marginalización y exclusión sioracial. En estos espacios del destierro urbano se producen incesantemente nuevas formas de violencia que confinan o emplazan a poblaciones enteras que no pueden acceder al goce y disfrute efectivo de la ciudad, que impide que niños y jóvenes ingresen al sistema educativo y al mercado laboral, y que por el

contrario, corran alto riesgo de ser incorporados a los grupos armados o se vean forzados a delinquir y prostituirse para ayudar a mantener a sus familias y a ellos mismos, y que hace de las mujeres cabeza de familia la población con mayores índices de riesgo al no contar, entre otros, con formación para un empleo digno, ni con afiliación al sistema de salud y seguridad social teniendo que mantener hogares extensos. Así mismo ocurre en el caso de los abuelos, aquellos sabedores y portadoras de los conocimientos tradicionales y los legados culturales de sus comunidades, que son condenados a una muerte dolorosa desamparados por parte del Estado y de unas familias extensas que en condiciones de pobreza extrema desatienden a sus mayores, quienes se ven en la penosa obligación de convertirse en recicladores o vivir de la mendicidad a través del “recorrido”. Estas violencias sufridas por los adultos mayores afrocolombianos, no sólo ponen en riesgo su propia supervivencia física, sino que además abona el terreno para el aniquilamiento cultural de los saberes afrodescendientes que ellos portan.

Estas *espacialidades del destierro* se reproducen en muchos lugares del mundo donde la segregación espacial, siguiendo a Wacquant (2001), produce incesantemente *hiperguetos*, novedosas configuraciones socioespaciales basadas en distintos mecanismos de encierro y control *etnoracial* donde son concentrados los desfavorecidos del progreso económico en zonas de expansión urbana o en los centros deprimidos de la ciudad con déficit para cubrir necesidades básicas de educación, salud, empleo y conectividad vial. En ese sentido, la reubicación urbana de desterrados en tanto *hipergueto*, “[...] conjuga la exclusión racial y la exclusión de clase bajo la presión de la retirada del mercado y el abandono del Estado, dando lugar a la “desurbanización” de grandes porciones del espacio de la inner-city [áreas céntricas¹⁶ deprimidas]” (Wacquant, 2001: 109).

¹⁶ Estas áreas deprimidas se configuran al interior mismo de la ciudad planificada y no necesariamente en los límites periurbanos.



Fotografía No. 16. Retorno de comunidades desterradas al municipio de Bojayá, Chocó. Tomado de:
<http://www.colombiapauenmoviment.org/2009/06/jesus-abad-colorado.html>
Consultado enero de 2010.

El quinto y último lugar del destierro lo conforman las zonas de retorno de las poblaciones desterradas, sean estas las tierras originarias donde aconteció la expulsión o aquellos otros territorios entregados de manera provisoria y/o definitiva por parte del Estado a las víctimas de la guerra. La experiencia del trabajo de campo entre desterrados afrocolombianos en Medellín, nos deja ver que son muy pocas las personas que han optado por el retorno a las tierras de donde los expulsó el enfrentamiento entre los diferentes grupos armados, así como otras formas de violencia ocurridas durante las últimas décadas. Los testimonios de mujeres y hombres que habitan cada una de los diferentes espacios del destierro que se han presentando, aluden al miedo, a la falta de garantías de seguridad para los retornados, la carencia de propuestas de restablecimiento socioeconómico para continuar con una vida digna, la persistencia del conflicto armado en las zonas. También hablan de la imposibilidad para elaborar los duelos respectivos por los asesinatos de familiares y las demás pérdidas simbólicas y materiales, como los principales motivos para no querer retornar a los lugares de expulsión. Según las voces de los afrodescendientes desterrados, las pocas personas y familias que han decidido retornar luego de los incendios en los asentamientos o cuando se negoció con el gobierno la reubicación en los nuevos barrios, han sido asesinadas o nuevamente intimidadas por los actores armados que continúan en la zona y que ahora les acusan de ser informantes o “sapos” de las autoridades y que, en la mayoría de los casos, han producido nuevos ciclos de destierro forzado. El retorno antes que ser una acción que garantice el cierre del círculo del destierro, se convierte en un giro más de la espiral de terror y muerte que se perpetúa sobre sus víctimas, por lo que las personas

desterradas prefieren vivir en las condiciones de pobreza extrema y marginalidad que experimentan en los espacios urbanos del destierro, que morir definitivamente en sus territorios de origen. El siguiente testimonio evidencia la imposibilidad del retorno para los desterrados:

“[...] pues allá están las tierras de mis padres y no me interesa volver por ellas, al pueblo si me interesa volver porque hay mucha gente y familiares de uno y gente conocida, pero ya pues así a la montaña no, ¿qué va a hacer uno por allá?, a buscar que lo maten a uno, ya uno como pobremente está tranquilo así uno no tenga nada en la vida pero con tal que tenga su salud y su vida pues con eso tiene”

Mujer afrocolombiana desterrada de Istmina, Chocó. Entrevista 9 de Julio de 2008.

Las comunidades desterradas que han logrado tras muchos años de lucha y sufrimiento recuperar sus territorios, una vez retornadas vienen siendo nuevamente víctimas de asesinatos selectivos de sus líderes, de la intimidación por parte de diferentes grupos armados para que desocupen sus tierras, de la presión de los megaproyectos de capital, especialmente del agronegocio de la palma aceitera y el narcotráfico, que requiere de tierras libres para la producción a gran escala, así como del abandono y la desatención por parte del Estado y sus funcionarios. Las promesas para resarcir a las víctimas del destierro y la violencia no se han cumplido, y por el contrario, con su tragedia auestas miles de personas atraviesan distintas geografías en un éxodo tortuoso que parece no tener final.

Al igual que otros grupos de víctimas del destierro que han insistido en el retorno y la restitución de sus tierras como los principios fundamentales para reiniciar sus proyectos individuales y colectivos de vida, los afrodescendientes desterrados han experimentado la efímera ilusión de una restitución que luego ha terminado convertida en una nueva pesadilla, como ha ocurrido en el caso de los retornos de las comunidades de Bojayá, Jiguamiandó y Curvaradó en el departamento de Chocó, así como en otras experiencias de retorno en el Urabá antioqueño, el sur de Bolívar y el departamento del Valle. Luego de cuatro meses de ocurrida la masacre de 119 personas en Bojayá, los desterrados sobrevivientes regresaron a su pueblo cansados de aguantar hambre y de sufrir el abandono institucional en los refugios y albergues, sin embargo, las promesas de reparación, inversión social y de proyectos de desarrollo económico no se habían cumplido. Un tiempo después la urbanización que les construyó el gobierno a orillas del río Atrato tampoco cumplió con las expectativas de las víctimas, las semillas recibidas para los proyectos de seguridad alimentaria no nacieron y las gallinas se murieron de hambre (Revista Semana. Ediciones No. 1062 de septiembre de 2002 y No. 1173 de octubre de 2004).

Los afrodescendientes de Curvaradó fueron expulsados de sus territorios titulados colectivamente a finales de la década de los años noventa y casi una década después retornaron para continuar sufriendo los embates de la guerra, el destierro y la presión de los proyectos del capital económico. Al despojo inicial causado por los enfrentamientos entre los grupos armados a lo largo del río Atrato, se suma la usurpación por parte de los agroempresarios de la palma aceitera que han demolido pueblos y caseríos enteros para sembrar los cultivos. Algunos de los líderes que estuvieron al frente del proceso de retorno a la zona y que denunciaron la ocupación ilegal de los territorios colectivos por parte del agronegocio, así como las nuevas intimidaciones por parte de los grupos armados que continúan operando en la zona y de los paramilitares rearmados bajo la denominación de las “Águilas Negras”, han sido asesinados durante los últimos años

ocasionando nuevos destierros y haciendo de la reparación y la restitución un sueño que pareciera inalcanzable para el pueblo afrocolombiano (Revista Semana. Edición No. 1402 de marzo de 2009).

En el caso de Urabá distintas modalidades de despojo han hecho maquina con el destierro para impedir el retorno y la reparación de las víctimas de la guerra. Los campesinos han tenido que vender sus tierras ante la presión de las armas sobre sus cabezas, distintos testaferros han recibido las transferencias fraudulentas de miles de hectáreas, a los Consejos Comunitarios les han sido usurpados los títulos colectivos de territorios ocupados ancestralmente y los nuevos empresarios de agronegocios han comprado tierras “legalmente” a precios irrisorios. Adicionalmente, funcionarios de instituciones como el Instituto Colombiano de Desarrollo Rural -INCODER-, han sido denunciados tras la entrega de tierras a falsos desterrados, incluidos algunos paramilitares. Al igual que en el Chocó, líderes y lideresas que se han abanderado de los procesos de retorno y reclamación de sus derechos como víctimas del destierro y el conflicto armado han sido asesinados ante el abandono estatal y el silencio de la sociedad en general (Revista Semana. Edición No. 1402 de marzo de 2009).

Asistimos al inminente fracaso de los retornos, la restitución y la reparación para los desterrados y víctimas de la guerra a causa de los negocios espurios para invadir o transferir territorios, de los asesinatos selectivos, las violaciones a mujeres, las golpizas, los panfletos de las Águilas Negras amenazando con nuevas masacres, incendios y saqueos de sedes de organizaciones de víctimas y del hostigamiento e intimidación a quienes han regresado a sus tierras o a otras que les han sido adjudicadas por el Estado. Por estas razones en Colombia, al igual que en otros países del mundo como Guatemala, Sudan o Ruanda, el retorno de los desterrados ha sido sangriento y reproductor de violencias.

Los asentamientos y las reubicaciones como espacios del destierro en la ciudad, constituyen las modalidades contemporáneas de presencia urbana de los afrocolombianos en Medellín y producen la interacción de luchas constantes entre la dominación violenta y la resistencia sociocultural y organizativa, produciendo lo que podríamos denominar, adecuando los planteamientos de Oslender, unas *espacialidades de la resistencia*. La espacialidad del destierro corresponde a los intentos de control y dominio sobre la población y el espacio, pero es interpelada contra-hegemónicamente por los desterrados y sus acciones emancipadoras que las convierten también en espacialidades de la resistencia. En las espacialidades producidas por el destierro y la guerra emergen nuevas formas de resistencia y organización que contienen las esperanzas de los desterrados y movilizan las luchas por sus vidas y por sus territorios recién apropiados, por lo que son *contraespacios de re-existencia*, donde se confronta la muerte, la dominación y el racismo, al mismo tiempo que se reelaboran las memorias individuales y colectivas en tanto grupo étnico y en tanto sujetos desterrados, como será presentado en el capítulo cuatro.

Contraespacios de re-existencia afrodescendiente

4

Capítulo



“A las gentes que andan huyendo del terror
(...) les suceden cosas extrañas; algunas crueles
y otras tan hermosas que les vuelven a encender la fe”

John Steinbeck¹⁷

Retomando las reflexiones de Lefebvre (1991) acerca de que el espacio es al mismo tiempo producto y productor de relaciones y formas de poder en las cuales la dominación tiene al mismo tiempo su contrasentido de resistencia, se entiende que todo espacio se configura en un campo de tensión entre fuerzas que luchan por su uso y apropiación. Este planteamiento es útil para comprender que si las formas espaciales del destierro presentadas hasta ahora (cualquiera sea su localización: lugares de expulsión, refugios, asentamientos, reubicaciones o zonas de retorno) han sido producidas por el terror y la guerra durante las últimas décadas, ellas mismas son -y han sido- confrontadas por las resistencias y las esperanzas de los sujetos desterrados, produciendo unas *espacialidades de la resistencia* y *contraespacios* donde se confrontan la muerte, el abandono estatal, la deshumanización étnica y el racismo.

Apropiando también la perspectiva planteada por Foucault, el poder se entiende como una *función* en contextos específicos de relaciones de fuerza y no como una cosa que se pueda apropiar, lo que permite dimensionarlo no como esencialmente represivo sino también en su función de *producir* o *suscitar*... es decir, que todo poder implica una resistencia y que en cualquier escenario y momento donde se materialice una expresión de poder igualmente se manifiesta una rebelión. El poder no sólo es ejercido por los dominantes sino que es parte del contexto específico de los dominados (Foucault, 1992). Los planteamientos de ambos autores, me permiten identificar que ante una multiplicidad de poderes, saberes y prácticas de dominación constitutivas del destierro (detentados por los grupos armados, la economía capitalista, los agentes del Estado, los megaproyectos y una sociedad racista y excluyente) se agencian diversas y plurales resistencias sociales, culturales y organizativas por parte de los desterrados para confrontar la dominación y resistir a la muerte y el aniquilamiento cultural afrodescendiente.

Reflexionando nuevamente sobre los planteamientos de Bauman, no es difícil colegir que el destierro afrodescendiente contemporáneo en Colombia es una evidencia cruda de la producción de víctimas colaterales del progreso bajo el régimen globalizado del capital. Empero, no se trata sólo de la exclusión de estos seres humanos de los circuitos de producción, consumo y disfrute de la riqueza, sino de la usurpación y ocupación material de los territorios que han habitado ancestralmente y de la dominación, cooptación y anulación de sus saberes, prácticas y formas de experimentar el mundo. Como se presentó en el primer capítulo, el ejercicio de la colonialidad del poder, el saber y el ser, ha significado la permanente negación de lo negro en la identidad local, regional y nacional, haciendo de la historia oficial un relato unilineal en el que las presencias, las voces, las materialidades, las territorialidades y las resistencias de los pueblos afrodescendientes han sido sistemáticamente invisibilizadas o intencionalmente negadas ¿Pueden hoy, ante la desgarradora elocuencia del etnocidio afrodescendiente, seguirse desconociendo unas memorias que desde las periferias de la exclusión narran otra historia de la ciudad y la nación?.

¹⁷ Citado en Restrepo, Laura. 2007. La multitud errante. Bogotá: Editorial Planeta.

No es un secreto que la reconstrucción del pasado es intencionada y en ella se disputan distintos puntos de vista que luchan debido a que existen tantas memorias como grupos humanos existen al interior de la sociedad, por lo que la memoria puede ser un instrumento privilegiado para la integración y la cohesión social o, por el contrario, un escenario fecundo para la dispersión y la atomización. De aquí la vigencia del dilema ético y político sobre lo que se recuerda y lo que se olvida, lo que se nombra y lo que permanece innombrado en torno al destierro afrodescendiente en Colombia.

La relevancia del poner en el ámbito público estas *memorias desterradas afrodescendientes* radica en la posibilidad de generar un horizonte de entendimiento y de reparación de los males sufridos durante el conflicto armado, pues tal y como señalan Arango y Montoya:

[...] la confrontación con la ‘verdad’ del otro, subjetiva y militante, surgida de su ‘punto de vista’ y de su experiencia como sujeto de un devenir conflictivo, es la herramienta propicia para la reconstrucción de la unidad social fragmentada por la confrontación, para la expresión del dolor contenido y, además, es el escenario fecundo para el rescate de las visiones compartidas, de los vínculos que se mantuvieron o que emergieron durante los conflictos, de los afectos y los encantamientos que la violencia no pudo resquebrajar (Arango y Montoya, 2008: 190-191).

Por ello, es en la generación de espacios para la expresión y circulación de las memorias, los saberes y las prácticas de resistencia de los pueblos afrodescendientes, donde está contenido el reto ético y político de convertir las vejaciones que han sufrido en aprendizajes que permitan recomponer la inequidad que les ha sido impuesta históricamente y que los continúa signando en la contemporaneidad. A mi modo de ver, el acercamiento a las *memorias colectivas* de los sujetos afrodescendientes es esencial para interpretar los procesos sociales que viven en medio de las espacialidades del destierro descritas, ya que al migrar forzosamente cargan con su conciencia, arrastran consigo su bagaje cultural y la memoria histórica de la que son testigos mudos aún. Por ello, la importancia de reconocer que entre memoria y espacio existe una relación permanente que atraviesa la constitución misma de los seres humanos y la producción de los espacios que habitan, tal y como nos lo deja ver Halbwachs cuando afirma,

Si entre las casas, las calles y los grupos de habitantes, no hubiera más que una relación accidental y de corta duración, los hombres podrían destruir sus casas, su barrio, su ciudad y reconstruir otros, en el mismo lugar, según un plano distinto. Pero aunque las piedras se dejan transportar, no es tan fácil modificar las relaciones que se han establecido entre las piedras y los hombres. Cuando un grupo humano vive durante mucho tiempo en un lugar adaptado a sus costumbres, no sólo sus movimientos, sino también sus pensamientos se regulan según la sucesión de imágenes materiales que le ofrecen los objetos exteriores (Halbwachs, 2004: 137).

De aquí la necesidad de comprender que en la experiencia del destierro se produce una fractura en el horizonte de sentido que se habían fraguado individuos y colectividades para explicar e interpretar sus relaciones socioespaciales. En la memoria, el destierro no se limita a un desplazamiento espacial sino que implica el traslado a un ámbito vacío de recuerdos y significados, en el que las materialidades y los hombres se han desconectado y el ser es dislocado de sus experiencias y saberes, quedando abandonado en un mundo en el que carece de referentes en los que inscribirse. El arribo a los espacios del destierro en la ciudad implica la discontinuidad entre la memoria local y la de los recién llegados, los cuales son compelidos a la soledad y al olvido en medio de una sociedad que se empeña en desconocer su pasado y en marginalizarlos a

través de la estigmatización que les confiere ser al tiempo desterrados y afrodescendientes. Pero también es en las *memorias desterradas* donde se producen las formas creativas de lucha por la sobrevivencia física y cultural, apelando a los saberes y prácticas que posibilitaban la vida en los territorios de origen y a los aprendizajes y solidaridades de parientes, conocidos y amigos que sufrieron el destierro con anterioridad. Los procesos de invasión y consolidación de los asentamientos en medio de una ciudad que desaprueba su llegada y permanencia, actúan como testimonio de la manera como mujeres y hombres afrodesterrados luchan por apropiarse un lugar para sus familias y reemprender sus vidas en Medellín, tal y como lo narran ellos mismos:

“[...] no había nada, ranchos aquí habían muy poquitos, estaba el de Nubia, el de Bollo, el de Lourdes y el de Chepa, y todo esto era monte y monte que usted tenía que pasar debajo del monte y unos chuzos así que dañaba mucho zapato, y ya cuando hablé con el finado Gabriel fue cuando él me dio esto aquí, porque él vio en realidad que yo necesitaba, esto era tierra y tierra, sin baño, las cuatro paredes y ya mientras podía comprar el techo, y todas las necesidades las hacía uno allá, que todo ese olor se venía para acá, uno bajaba y cuando subía se embarraba todo de caca, esto era un desorden. A mí me dijeron que por allá por el seminario habían unos pedazos de madera, entonces yo me fui y desde allá la traía aquí, me acuerdo que estaba yo embarazada del niño y me iba con mi barriga y todo el mundo me decía, “vos vas a botar a ese peladito”, y yo decía cuál botar, y yo venía con mi madera al hombro, este hombro se me peló de tanto cargar la madera y luego ya mandé a cerrar [...] en realidad que pasé mucho trabajo, yo pasé mucha hambre, porque yo no sabía para donde iba, no tenía amistades, mejor dicho [...] entonces yo hice amistad con una señora que es costeña y ella era la que me pasaba el poquito de comida, el desayuno, el almuerzo y la comida, pero yo prácticamente que dormía en el suelo y cuando ella no me pasaba la comida el hambre que yo aguantaba le digo que yo no quisiera aguantarla más, no, yo aguantaba mucha hambre”

Mujer adulta afrocolombiana habitante del asentamiento Esfuerzos de Paz I. Entrevista 27 de julio de 2009.

“[...] El lote ella y yo lo comenzamos a banquiar y a sacar piedras y íbamos por allá al Pinal y cortábamos esos árboles, nos íbamos a las tres o cuatro de la mañana ella y yo, y ella con esa barriga [en embarazo] y eso bajábamos esos palos de por allá rodando y amarraos de aquí [la cintura], y eso pa' bajo con esos palos pa' poder armar el rancho. Y bueno, ya lo armamos y ya seguí con el banqueo y ya les hice parque a los niños y sembré yuca, plátanos y armé ranchito”

Hombre desterrado del oriente antioqueño, habitante del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios. Entrevista 5 de junio de 2008.

“[...] entonces en ese tiempo que se empezó a construir la arena no la comprábamos sino que nos íbamos por la cañada y allá había un lugar que se encontraba la arena fácil, y esa arena no era de nadie y el que necesitaba arena iba y cogía allá y la arena la traían en costales y latas, el cemento si se compraba, también íbamos a un lugar donde se encontraba la madera fina de unos árboles que habían arrancado de por acá, inclusive el árbol de eucalipto que arrancaron de ahí se sacó para hacer todos los banquitos que hay en la casa para uno sentarse [...] aquí se fue construyendo la pared de afuera, luego la de allá del frente, luego la de los lados y ya encerró atrás y el techo todavía de plástico, y ya después se fueron como presentando como robos porque como había tanta inseguridad, entonces los muchachos de la banda empezaron a decir que el que robaba ahí le daban una pela”

Mujer afrocolombiana habitante del asentamiento Unión de Cristo en la Comuna 8. Entrevista, 23 de julio de 2009.

Las distintas maneras de enfrentar la muerte, la segregación espacial y el abandono del Estado, articulan al tiempo unos conocimientos prácticos para acondicionar espacios y construir ranchos reproduciendo formas arquitectónicas palafíticas predominantes en los territorios rurales y ribereños de donde huyeron los desterrados, con nuevas formas de sobrevivencia cotidiana en base a su acomodamiento a los ritmos, las normas y los nuevos ordenes sociales impuestos por los actores armados que despliegan su autoridad en los sectores y barrios de las comunas donde se producen los asentamientos. Entre otros saberes, los usos del territorio y sus recursos, así como los conocimientos arquitectónicos han viajado desde el campo y los ríos con los desterrados afrocolombianos para ser adaptados en el nuevo espacio urbano como una estrategia para proveerse de espacios para sobrevivir en las laderas de Medellín. Las fotografías No. 17 y No. 18, muestran el proceso de adecuación de los terrenos ocupados en los asentamientos y el tipo de construcción palafítica predominante en los ranchos de personas afrocolombianas.





Fotografías No. 17 y No. 18. Afrodescendientes desterrados en proceso de adecuación de tierras urbanas en el asentamiento La Honda en la comuna 3 de Medellín. Julio de 2008. Fotografías del autor.

La movilización de las redes parentales, de paisanos, amistad y compadrazgo, ancladas en la memoria colectiva de los territorios de origen rural, son fundamentales para el asentamiento en la ciudad, pues permiten conseguir algunos apoyos durante la llegada para conocer y movilizarse por ciertos sectores de la ciudad y permiten recurrir a la atención de algunas entidades encargadas de atender el desplazamiento forzado. En la mayoría de los casos, la situación de precariedad de los parientes residentes en la ciudad no es menos grave que la de los recién llegados. Durante la producción de los asentamientos, se superponen las nuevas situaciones de vulnerabilidad experimentadas por los desterrados con la situación histórica y estructural de pobreza que padecen las personas negras o afrodescendientes, como lo expresa el siguiente relato:

“Nosotros llegamos aquí en el 1996, trece años, en abril completamos los doce y vamos pa’ trece [...] allá donde vivía la hija, cuando el caso de nosotros ella tenía siete años de estar acá [...] llevábamos un mes por allá aproximadamente de andar caminando en el monte con niños y todo porque no nos atrevíamos a salir a ninguna parte [...] cuando nosotros llegamos habían lotes vacíos pero la gente decía que eso no se podía vender, no podíamos comprar lotes, fue cuando aquí había un familiar que él avisaba, un hermano de mi mamá que le avisaba que ahí estaban vendiendo un lote pero que eso era muy pequeño, porque eso de verdad se veía pequeño”

Mujer adulta afrocolombiana desterrada del Chocó, habitante del asentamiento Esfuerzos de Paz II. Entrevista 2 de julio de 2009.

“[...] un día mi mamá recibió una llamada pues de una amiga que tiene, entonces le dijo que estaba viviendo en un asentamiento, que la casita no era la mejor, que era de plástico y mi mamá dijo que no le importaba, que así nos tocara vivir debajo de un plástico que nosotros nos íbamos, cuando llegamos al principio dormíamos donde la amiga de mi mamá”

Joven afrocolombiana habitante del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios. Entrevista, 19 de junio de 2008.

La activación de las redes de familiares, paisanos y otros desterrados en la ciudad son un primer momento de la configuración de procesos de organización y solidaridad comunitaria entre las poblaciones que habitan los asentamientos, y que en el devenir de su vivencia en la ciudad les permite relacionarse con diferentes agentes del Estado, instituciones privadas, ONG, órdenes religiosas, organizaciones de derechos humanos, grupos armados y sectores de la academia, que realizan diferentes intervenciones en estos espacios. Generalmente, estar organizados en distintos comités, juntas de vivienda, grupos de mujeres, jóvenes y seguridad, es una de las condiciones iniciales para su interlocución con diferentes actores e instancias de apoyo a su situación de vulnerabilidad. La organización comunitaria se convierte entonces en el medio privilegiado para gestionar y distribuir no sólo las diferentes ayudas recibidas, sino también los proyectos e iniciativas que como desterrados consideran prioritarios para buscar una mediana estabilización de sus condiciones de vida y seguridad. Sin embargo, la consolidación de la organización social y las formas de liderazgo comunitario están atravesadas por diferentes tensiones entre los mismos desterrados, y entre estos y las instituciones con quienes interactúan, como se narra en el siguiente testimonio acerca de la representación comunitaria cuando iniciaba la conformación de un nuevo asentamiento en la ciudad,

“[...] nosotros estuvimos en algunas instituciones del Municipio y todos nos rechazaban, donde ya le estábamos dando a conocer los acosos de las bandas que habían en ese entonces allí en esos sectores, algunos de ellos que ya venían hostigando a la comunidad y metiéndose allá a tocar con la misma comunidad, a nosotros nos tocó tan difícil cuando veíamos una guerra absurda que mantenían en ese entonces porque decían que ellos eran las autoridades donde el Estado no llegaba, nosotros tuvimos todas esas inquietudes y las colocábamos ante las autoridades competentes [...] nosotros vinimos a tener fuerzas por medio del acompañamiento que nos hacían las Hermanas Lauras y esta entidad del CISP, nosotros nos organizamos en junta de vivienda con personería jurídica y todas esas cosas, ahí fue donde ya tuvimos un poquito ya de respaldo, a donde llegábamos ya nos escuchaban, ya mandábamos una carta mandábamos un oficio y ya nos escuchaban y ya nos sentábamos a dialogar”

Líder afrocolombiano desterrado en 1997 del Urabá antioqueño, habitante del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios. Entrevista, 5 de julio de 2008.

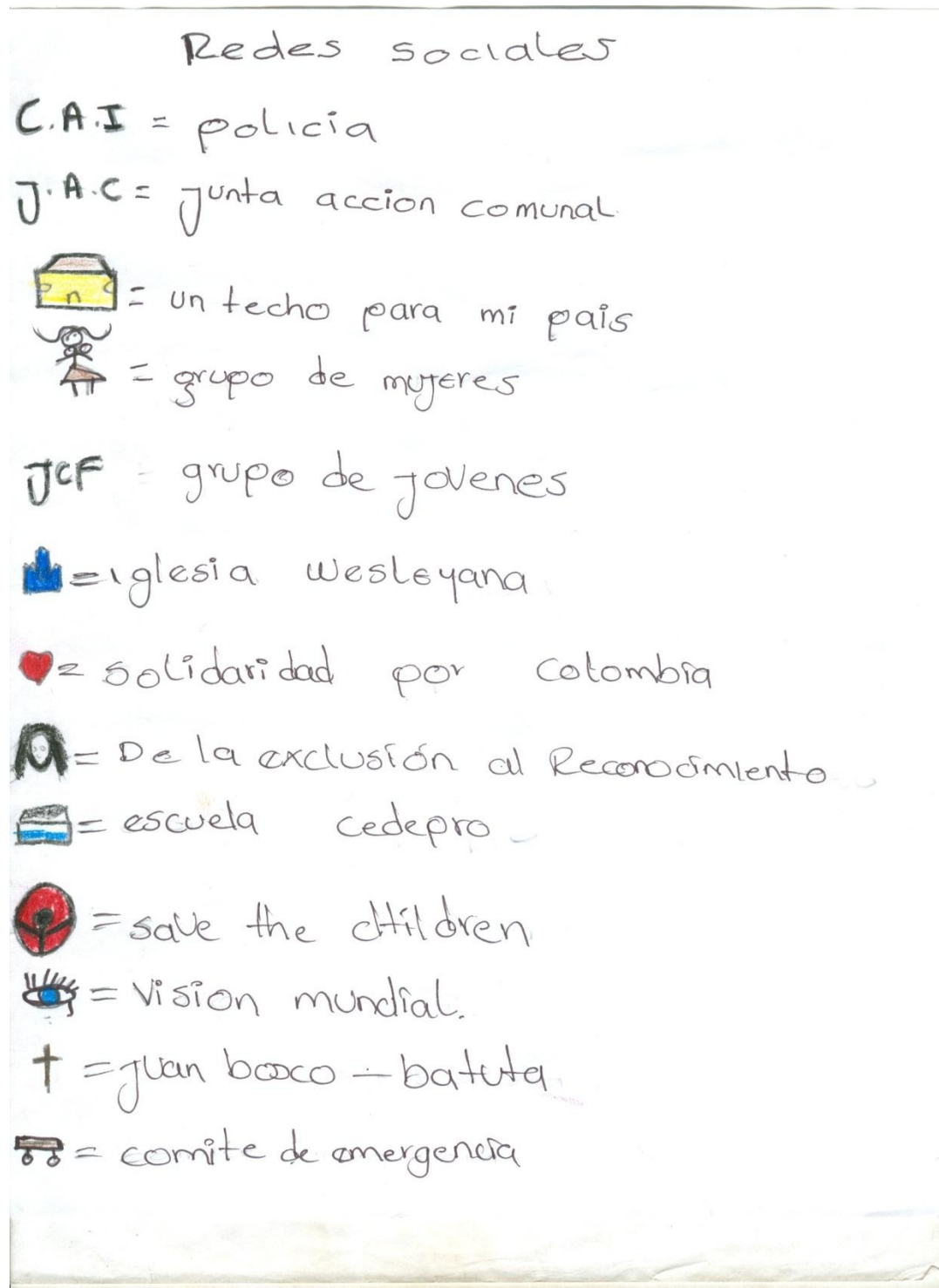
En medio de condiciones precarias de existencia en Medellín, de la desconfianza y estigmatización por parte de las autoridades municipales y de la presión de la fuerza pública para desalojarlos, del continuo hostigamiento por parte de los grupos armados presentes o enfrentados en los sectores de ubicación de los asentamientos, así como de la incertidumbre cotidiana frente a su sobrevivencia física y material, lentamente se consolidan relativos estados de comunidad organizada que contribuyen a cierto grado de gerencia de su propia alteridad y representación en tanto poblaciones desterradas y afrodescendientes. Algunas de las experiencias organizativas trascienden el apoyo entre familiares y vecinos en los asentamientos y nuevos barrios, inscribiéndose en procesos más amplios de autogestión y reclamo comunitario en la ciudad y otras regiones del país, especialmente entre asociaciones de mujeres, jóvenes, desterrados y algunas otras de carácter étnico afrocolombiano. A pesar de los altos niveles de cooptación y dependencia institucional que puedan tener en ciertos momentos estos procesos organizativos, la producción de distintas formas asociativas, los lazos de solidaridad como desterrados y las

autoidentificaciones como pertenecientes a la comunidad negra o afrocolombiana, les permiten relativamente defender sus territorialidades urbanas y la consolidación de los asentamientos como su único lugar en el mundo desde donde seguir con sus vidas. En la representación cartográfica elaborada en el asentamiento Altos de la Torre en la comuna 8, se mapean diferentes formas organizativas a través de las cuales los habitantes afrodescendientes participan y reciben apoyo de distintos proyectos y entidades:



Cartografía sociocultural No. 2. Elaborada en el taller de cartografías socioculturales, julio 22 de 2009, Universidad de Antioquia. Cartógrafos: Derly Seguro, Felipe Páez y Wilmar Granados.

El siguiente detalle de las convenciones utilizadas en el mapeamiento de las condiciones de vida en el asentamiento, representa las diferentes formas organizativas, proyectos, instituciones y actividades en las cuales participan los afrodescendientes en este espacio urbano del destierro,



Convenciones de la **Cartografía sociocultural No. 2.**, sobre redes sociales y formas de apoyo entre los habitantes del asentamiento Altos de la Torre en la Comuna 8.

En la representación cartográfica elaborada en los diferentes talleres, los habitantes afrocolombianos, entre otros participantes mestizos del asentamiento, identificaron en el ámbito de las redes sociales y las formas organizativas presentes en el territorio a la Junta de Acción Comunal, el grupo de mujeres, el programa un Techo para mi País, el CAI de la policía, el grupo juvenil, la iglesia Wesleyana, el programa Solidaridad por Colombia, la Escuela CEDEPRO, el comité de emergencia, el programa de Batuta, los proyectos Save the Children, Visión Mundial, de la Exclusión al Reconocimiento, el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, ICBF, los programas del INDER, la Mesa por la Infancia y una discoteca del sector. Participar de proyectos y organizaciones permite acceder más fácilmente a ciertos beneficios que llegan a los asentamientos. El siguiente testimonio da cuenta del significado sociocultural que tiene el contar con este tipo de organizaciones y proyectos entre la población juvenil afrodesterrada,

“[...] hay mucho niño que mantiene desatinado y ahí [en el espacio del grupo] ellos pueden como recrearse bien y al estar ellos dos horas con nosotros para ellos es una alegría impresionante, y se mantienen pensando en lo que aprenden del baile y en el estudio y no les da la cabeza para estar pensando en cosas malas, y cada día hacen los pases de baile mejor”

Hombre afrocolombiano habitante del asentamiento Unión de Cristo. Entrevista 5 Junio de 2009.

La organización comunitaria, aunque inestable y en ocasiones fragmentada por tensiones internas entre diferentes intereses, ha sido una estrategia significativa para resistir no sólo a la muerte luego del destierro sino también en la ciudad para enfrentar la exclusión y el olvido gubernamental en los asentamientos y los nuevos barrios de reubicación. En el caso de los habitantes del asentamiento Mano de Dios que fue consumido por el incendio afectando las iniciativas de carácter productivo que habían logrado fortalecer a través de años de lucha comunitaria (fábrica de colchones, restaurantes comunitarios, microempresas de confección y panaderías, entre otros), una vez reubicados en el barrio han adelantado nuevos procesos de solidaridad, liderazgo y gestión comunitaria en relación con proyectos dirigidos a distintas poblaciones, expresiones culturales, iniciativas productivas, procesos de capacitación para el empleo, deporte, entre otras actividades. Algunas de estas iniciativas han sido promovidas por ONG que actúan como operadores sociales contratados por la administración municipal para acompañar los procesos de entrega del barrio e instalación de los nuevos pobladores en el sector, lo que plantea interrogantes sobre la continuidad organizativa una vez estos operadores terminen sus contratos con el gobierno. A pesar de que puedan existir ciertas relaciones de cooptación institucional por parte del Estado y otros agentes nacionales e internacionales, especialmente a través de la participación en ciertos programas o proyectos con características poblacionales definidas de antemano, los líderes, lideresas y las organizaciones luchan por una autonomía relativa y logran definir también la agenda de diálogos, concertaciones y apoyos que les interesan de los agentes institucionales que intervienen tanto en la atención al desplazamiento forzado como en otras esferas de la vida social, cultural, económica y política de la ciudad. Los siguientes testimonios evidencian la búsqueda comunitaria de autonomía política frente a los programas y proyectos que intervienen en las reubicaciones,

“[...] tengo mis reservas con algunas de esas entidades, es que una cosa es que uno se relacione con organizaciones y no quiere decir que uno las tenga en un pedestal, no, porque tienen sus errores y casi siempre todas las organizaciones lo están es utilizando a uno, lo que hay que saber es aprender a manejar esa situación, como ellos utilizan yo también tengo que aprender a utilizar esas personas y instituciones [...] nosotros casi siempre todas las personas de los barrios,

nosotros somos los que les damos vida a ustedes que están por afuera, entonces nosotros tenemos que aprender es a manejar eso y aprender cómo le sacamos provecho a eso [...] realmente nosotras somos autónomas, nosotras siempre hemos peliado por nuestra autonomía, hemos peliado de que nosotras decidimos cuándo nos reunimos, decidimos qué vamos a hacer, decidimos qué talleres escuchar, a quiénes escuchar, entonces en ese sentido hemos luchado mucho por la autonomía porque nosotras siempre hemos visto que aquí entra una entidad, entra la otra, entonces los grupos se van organizando pero van quedando como que son de tal parte, va quedando siempre ese vacío, entonces nosotras nos organizamos con la idea de ser de nosotras mismas, si necesitamos un taller de la Red Juvenil lo pedimos, si necesitamos un taller sobre el desplazamiento y los derechos lo pedimos, o sea son muchos temas pero nosotros decidimos quien nos los da, entonces nosotras tenemos, a diferencia de los otros grupos, una autonomía, nosotras decidimos quien nos da y cuando nos reunimos”

Lideresa de la Asociación de Mujeres Diciendo y Haciendo de Nuevo Amanecer, ASMUDHANA. Taller realizado el 13 de julio de 2008.

“Por lo menos ya nosotros en Nuevo Amanecer nos hemos vuelto críticos entonces ya nos miran diferente, ya no somos los pobrecitos que vamos a darle tanto, no, ya somos una comunidad que nos sentamos de tú a tú y que vamos a exigir nuestros derechos, entonces ese cuento de que los pobrecitos ya pasó, ya tenemos una relación con el municipio y las entidades tanto ONG como entidades del gobierno de tú a tú, incluso nos ofende que nos traten como mendigos, ya somos autónomos, aprendimos a exigir nuestros derechos y ya queremos enseñarle a los jóvenes que ellos pertenecen y que no nos están haciendo un favor sino que tenemos derechos”

Lideresa y socia de la Asociación de Mujeres Diciendo y Haciendo de Nuevo Amanecer, ASMUDHANA. Entrevista agosto de 2008.

Los saberes y conocimientos traídos de sus territorios de origen son las herramientas de que se dispone para la búsqueda de condiciones de vida digna en la ciudad, haciendo que se actualicen las identidades y que se produzcan desde los espacios del destierro procesos culturales que les generen posibilidades de inclusión y que al mismo tiempo interrogan la pretendida homogeneidad cultural de la sociedad antioqueña. A través de la gastronomía, el baile, las estéticas corporales, la música y otras tradiciones, los afrodescendientes desterrados van abriendo sendas para el reconocimiento de su presencia en la ciudad mientras mantienen activas sus luchas y movilizaciones políticas y sociales. Veamos algunos relatos sobre estos *saberes otros*:

“[...] Yo hago panelitas, palitos de queso, churros, ojuelas, galletas negras, panes, pasteles, tamales, allá hacía hasta mazamorra, enyucao, de todo un poquito, si yo hacía esas cosas pa’ sobrevivir”

Mujer afrocolombiana desterrada del Bajo Cauca antioqueño, habitante del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios. Taller realizado el 6 de abril de 2008.

“[...] estuvimos de arrimados como seis meses, ya nos aburrimos y conseguimos una casa en el Pinal pagando arriendo, a mi me tocaba trabajar muy duro, me iba y hacía empanadas, pasteles de pollo, buñuelos, churritos y me ha tocado hacer comida rápida pa’ ayudarme y para mis hijos”

Mujer desterrada del oriente antioqueño, habitante del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios. Taller de cartografías socioculturales, 3 de julio de 2008.

“[...] allá [en el Chocó] no le decimos trenzas sino gusanillos porque como vienen pegados a la raíz del cabello por eso se llama gusanillos, pero acá los mestizos le llaman trenzas y hay varios estilos, que la hoja, el de medio lado, dos capas, el tictac, el de una sola capa, en el Chocó se ven peinados muy bonitos, hay uno que le llaman el caracol que son rueditas en toda la cabeza [...] aparte de que sea algo para ganar dinero yo creo que es algo de nosotros, de nuestras raíces, de nuestra cultura”

Mujer joven afrocolombiana habitante del asentamiento Unión de Cristo. Entrevista, 23 de julio de 2009.

“[...] hasta que conseguí un trabajito donde me pagaban mil quinientos pesos haciendo aseo en un café que queda por el pasaje La Bastilla. Ya con eso me fui a vivir a Niquitao, pagaba pieza, me costaba setecientos pesos la pieza diario, y de esos mil quinientos pagaba pieza, les compraba comida a mis hijos, pagaba guardería [...] y luego empecé a hacer ventas, panelitas de coco, rebuscándomela”

Mujer afrocolombiana desterrada habitante del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios. Entrevista realizada el 5 de junio de 2008.

Esta re-activación de los saberes propios no sólo permite la búsqueda de sobrevivencia y de inclusión en la ciudad, sino que constituye un remedio para la memoria del destierro al trazar horizontes de vida que imaginan reparación para los males sufridos. Las investigaciones realizadas durante los últimos dos años con hombres y mujeres afrodesterrados en Medellín han mostrado que frente a la violencia estructural y los procesos de discriminación socioracial de larga duración ya descritos, las comunidades y sujetos afrocolombianos resisten desde los nuevos lugares del destierro en la ciudad reconfigurando sus memorias sociales y reconstruyendo proyectos de vida individuales y colectivos articulados en torno a la apropiación y adecuación de los territorios recién conquistados. En los asentamientos y los nuevos barrios de reubicación se reivindicán los vínculos de filiación étnica, pero se entremezclan e hibridan en el proceso intercultural propio de la ciudad. En los espacios del destierro urbano la lucha ya no es únicamente por el reconocimiento como ser étnico diferenciado, sino que se trata de la reclamación de una interculturalidad equitativa que permita el libre ejercicio del ser, la práctica de la diferencia y la afirmación de la ciudadanía, partiendo de una equidad de oportunidades y una equiparación de derechos. Esto genera lo que he considerado *prácticas de re-existencia* entre los afrocolombianos desterrados en Medellín, pues a diferencia de las muy bien documentadas luchas culturales emprendidas colectivamente en las áreas rurales, en la ciudad se vive la tensión de la interculturalidad, lo cual no deslegitima el mantenimiento de las raíces étnicas, sino que comporta el reto de contextualizarlas en una sociedad que históricamente ha desconocido lo negro como parte de su acervo cultural. La re-existencia exige una postura política que trasciende del sostenimiento y la defensa estática o esencialista de la cultura, pues implica la capacidad de articular los saberes propios con base en el autoreconocimiento y la filiación identitaria, convertirlos en argumento para la cohesión y la solidaridad y proyectarlos en el ejercicio colectivo de apropiación y transformación de las espacialidades del destierro urbano en *contraespacios y espacialidades de la re-existencia*, entendidos como la producción de “[...] imaginarios [y prácticas] alternativos a las representaciones dominantes” (Oslender, 2007: 84), para un nuevo existir como afrodescendientes. Como bien señala Albán Achinté, la re-existencia consiste en,

[...] formas de re-elaborar la vida autorreconociéndose como sujetos de la historia interpelada en su horizonte de colonialidad como lado oscuro de la modernidad occidental y reafirmando lo propio sin que esto genere extrañeza, revalorando lo que nos pertenece desde una perspectiva crítica frente a todo aquello que ha propiciado la renuncia y el auto-desconocimiento (Albán, 2009: 70).

Deseo ilustrar las prácticas y discursos de re-existencia afrodescendiente en Medellín a través de las acciones que emprende el grupo Memoria Chocoana¹⁸. Don Cecilio Santos Saucedo (que recientemente falleció en su natal Chocó), un abuelo sabedor afrodescendiente desterrado y habitante del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios, nos hace comprender con sus versos y composiciones espontáneas lo que la re-existencia significa. Junto con tres abuelas desterradas participa (ba) con su grupo Memoria Chocoana en diferentes eventos culturales y artísticos en la ciudad, entre ellos distintas conmemoraciones y actividades organizadas por líderes y organizaciones afrocolombianas locales, trabajando por, “[...] rescatar nuestra cultura a través de la música, porque Memoria Chocoana no olvida quienes somos ni de dónde venimos”, como expresa constantemente una lideresa del grupo. Los abuelos portadores de saberes culturales tradicionales recrean junto con los jóvenes afrocolombianos diferentes cantos, versos, bailes, recetas gastronómicas y la historia oral aprendida en los pueblos de donde los arrancó la violencia y la desatención estatal, buscando:

“[...] compartir la cultura de nosotros los negros con todos los paisas, con toda la comunidad, con todo Medellín [...] y lo quiero hablar desde Memoria Chocoana viva, la idea fue esa de recuperar nuestra memoria, cuando uno se viene de su tierra a llegar a otra tierra diferente entonces trata de cambiar todas sus costumbres, porque uno se está enfrentando es a otras nuevas, entonces eso pasa con los negros, los negros se olvidan de su raza, de sus antepasados, está en otra cultura muy diferente pero esa es la idea, no olvidar lo que tienen de su pasado, su música, su baile, en el grupo tenemos niños, tenemos jóvenes es toda esa mezcla, para que todo tenga como esa trascendencia, para que no se olvide, para que cuando ya no esté ese adulto mayor estén los jóvenes, cuando ya no estén los jóvenes esté ese niño y así sucesivamente se vaya recuperando esa memoria y que no se quede en el pasado”

Joven lideresa afrocolombiana del grupo Memoria Chocoana habitante del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios. Taller realizado el 18 de mayo de 2008.

Antes de regresar a su tierra natal donde murió a causa de una enfermedad, don Cecilio Santos me permitió transcribir y tomar algunos fragmentos de sus versos y composiciones para presentarlas como expresión de una serie de *prácticas de re-existencias afrocolombianas* que es posible identificar en la ciudad. La siguiente composición de versos se titula “terrorismo”:

*“Pasan cosas en la vida
que a uno le causa abismo
que se ven cosas misteriosas
que eso es por el terrorismo*

*Por las maldades que hacen
sangre es lo que está lloviendo
y nunca les da terror
por lo que ellos están haciendo*

*Nosotros en este mundo
estamos viendo cosas raras
que por esta maldita violencia
la vida se ha puesto cara*

¹⁸ Es importante señalar que en la ciudad existen otros grupos y organizaciones que articulan prácticas y discursos que ponen en evidencia otras formas de *re-existencia afrocolombiana* y de apropiación territorial como ocurre en sectores de las comunas 13 y 4.

*Voy a regar las noticias
pa que sepa el mundo entero
que en el pueblo de Bagadó Chocó
llovió sangre de los cielos*

*Los médicos cogieron la sangre
y se pusieron a estudiar
la examinaron por laboratorio
confesaron la verdad*

*Eso es por mandado de dios
pa que le pongamos vista
que las cosas que se están viendo
eso es por los terroristas*

*La sangre de los que ellos matan
se subió para los cielos
y para que ellos se arrepientan
se convirtió en aguacero*

*Ellos no le paran bolas
todo lo echan al olvido
y el día menos pensado
también tienen su castigo*

*Nosotros estamos asustados
por este misterioso aguacero
sufrimos acá en la tierra
y también sufren en el cielo*

*Jesucristo que abra los brazos
para todas las ciudades
que agarre a los terroristas
pa que no hagan tantas
maldades*

*Como ellos manejan sus armas
solo piensan en matar
mandan a uno primero
pero ellos se van atrás*

*Ellos matan a los jóvenes
y también a los ancianos
ellos también van pa la tierra
que se los coma el gusano*

*Ellos como que no tienen vista
ni tienen ojo en la frente
matan a los que tienen culpa
y también a los inocentes*

*Siempre vamos para atrás
y nunca echamos para adelante
con estas cosas tan caras
así nos va a matar el hambre*

*Hay cosas que son muy serias
y se creen como sencillas
pa comprar una arroba de arroz
se reúne una familia*

*Nosotros los pobrecitos
nos vamos a ver en la miseria
por los alimentos contaminados
es que nos da la epidemia”*

Versos elaborados por Don Cecilio Santos Saucedo, nacido en el corregimiento Bebaramá, departamento del Chocó, hace 76 años. Entrevista, septiembre 9 de 2008.

Memoria Chocoana le canta y baila a la vida, a los seres queridos que han muerto y que recuerdan por medio de alabaos y chigualos. Cantan reclamándole a los grupos armados y a la sociedad en general que no los siga desterrando ni a ellos ni a sus paisanos de sus tierras, ni que tampoco les impida cosechar y vender sus frutas, su borojó o sus guineos. Le cantan a la amistad y al amor que se construyen en medio de la precariedad de la vida urbana, la desatención familiar y el olvido estatal que sufren los adultos mayores en condición de destierro. Unos meses antes de terminar de escribir este texto, don Cecilio Santos fue llevado por sus familiares de regreso al Chocó. Antes de partir compuso una canción que interpretó en distintas ocasiones en Medellín, y que sus amigas de Memoria Chocoana debían cantarle cuando le estuvieran rezando las últimas oraciones para despedirlo definitivamente, presintiendo que una vez allá no las volvería a ver nunca más. La noche en que sus compañeras rezaron y cantaron alabaos en su memoria frente al altar instalado en una casa del barrio Nuevo Amanecer Mano de Dios, también interpretaron su canción titulada “despedida”. Los siguientes son algunos fragmentos de la canción:

“Yo me voy a despedir, con un sueñito profundo
y yo me voy a despedir, con un sueñito profundo
y voy a darme un paseíto, me voy para el otro mundo
y voy a darme un paseíto, me voy para el otro mundo

Adiós amigos, adiós mis hijos que ya me voy,
pa el otro mundo
adiós amigos, adiós hermanos que ya me voy, pa
el otro mundo
ya me despido, ya me despido con un sueñito
profundo
yo me despido, yo me despido con un sueñito
profundo

El día que yo me muera, no se pongan a llorar
el día que yo me muera, no se pongan a llorar
que yo me voy para los cielos y para acá no vengo más
que yo me voy para los cielos y para acá no vengo más

Se buscan las cuatro velas, las encienden en mi
velorio
se buscan las cuatro velas, las encienden en mi
velorio
ahora se quedan contentos, los que a mí me
tengan odio
y ahora se quedan contentos, los que a mí me
tengan odio

Yo me voy a despedir y pa los llanos de Casanare
y yo me voy a despedir y pa los llanos de Casanare
que no vengo para acá, que son muy caros los pasajes
que no vengo más para acá, que son muy caros los
pasajes

Se buscan un lapicero, anotan letra por letra
se buscan un lapicero, anotan letra por letra
con un letrero que diga, que ya se murió el poeta
con un letrero que diga, que ya se murió el poeta

El día que yo me muera, mis hijos quedan llorando
el día que yo me muera, mis hijos quedan llorando
que ya murió mi papasito, y se murió Cecilio Santos
que ya murió mi papasito, y se murió Cecilio Santos

Adiós mis hijos, adiós hermanos que ya me voy,
pa el otro mundo
adiós amigos, adiós hermanos que ya me voy, pa
el otro mundo
y adiós mis hijos, adiós hermanos que ya me
voy, pa el otro mundo
ya me despido, yo me despido con un sueñito
profundo”

Canción *despedida* compuesta e interpretada por Don Cecilio Santos Saucedo acompañado de su tambor.
Entrevista, diciembre 2 de 2009.

Esto manifiesta un proceso de lucha por una interculturalidad abierta al pensamiento de la diferencia como posibilidad para la convivencia y no, como hasta ahora, como un obstáculo para la interacción y el encuentro entre seres humanos que se han dividido entre vencedores y vencidos con base en su adscripción racial/étnica/identitaria. De aquí la importancia del llamado de atención de Albán Achinté sobre la interculturalidad mal entendida que ha generado procesos de dominación y exclusión frente a los cuales emerge la re-existencia como una manera de luchar por la visibilización de las injusticias estructurales producidas por la discriminación racial, la exclusión y la marginalización. El re-existir es un renacer en medio de tensiones políticas por la renovación de las relaciones jerárquicas entre los grupos que componen la sociedad, por lo que implica:

[...] re-definir y re-significar la vida en condiciones de dignidad y autodeterminación, enfrentando la biopolítica que controla, domina y mercantiliza a los sujetos y la naturaleza, es mucho más que el relacionamiento entre culturas y apunta a cuestionar seriamente las desigualdades de poder, las inequidades de todo tipo, la racialización y marginalización de grupos étnicos, el adultocentrismo decisorio, el relegamiento y sometimiento de la mujer en el contexto de las estructuras patriarcales y la negación de diversas alternativas en lo sexual, lo político y lo religioso (Albán, 2009: 85-86).

Es importante tener en cuenta que las *prácticas y discursos de re-existencia* no indican que haya superación o cesación de las dinámicas anteriores de subalternidad, negación y marginalización de los afrodescendientes, sus conocimientos y formas de producción territorial, sino que implican un remodelamiento del ser y los saberes desde las formas culturales étnicas y desde su condición de desterrados, ya sea en los contextos cotidianos de precariedad urbana o en medio del confinamiento rural. También entiendo que las re-existencias se producen al interior mismo de las culturas y no implican necesariamente la apropiación de otros saberes, sino que son los propios saberes y memorias los que se re-actualizan en el intercambio con nuevos saberes, sujetos y situaciones cotidianas. La producción del nuevo ser en tanto personas afrodescendientes y ya no como simples víctimas o ciudadanos de segunda categoría, no es una búsqueda de *la esencialidad del ser negro* sino que apunta a la producción de nuevos sujetos políticos donde el vínculo étnico no se pierde sino que se entremezcla con otros y nuevos flujos. De esta forma los espacios del destierro se van transformando en lo que siguiendo a Lefebvre podemos denominar “contraespacios”, espacios de poder para la re-existencia desde donde los afrodescendientes desterrados luchan por sobrevivir física y simbólicamente produciendo nuevas representaciones de sí mismos y sus territorios.

En las espacialidades del destierro urbano se reifica el sentido del *ser afrocolombiano*, trascendiendo de la lucha mantenida en los territorios rurales originarios, los cuales son, para el pesar de los desterrados, recuerdos cada vez más borrosos para sus hijos y nietos nacidos en la ciudad. Por ello, el ejercicio de las *memorias desterradas* reivindica los saberes propios y busca transmitir los elementos particulares de las culturas afrodescendientes a estas nuevas generaciones de desterrados urbanos, de modo que, no se puede hablar del destierro como el borramiento de la cultura propia o de la transformación definitiva e irremediable de la identidad en los nuevos contextos, sino que, apropiando la propuesta de Restrepo, podemos comprender que en las espacialidades del destierro urbano se despliegan “los dispositivos de producción local de la diferencia” (Restrepo, 1999: 228), que producen una redefinición cultural permanente. Esto lo comprendemos mejor si consideramos que, para el caso de los asentamientos y nuevas urbanizaciones de reubicación incluidas dentro de mis estudios en Medellín:

- los alabaos se fusionan con los ritmos del rap o el hip hop.
- se conservan múltiples recetas de la gastronomía rural que se convierten en productos comerciales.
- las redes familiares y de parentesco son la pieza fundamental en los procesos de poblamiento y conformación de los asentamientos.
- las formas organizativas trascienden los escenarios locales o barriales y se inscriben en movilizaciones nacionales e incluso internacionales de lucha y reivindicación afrodescendiente.
- aunque los vínculos étnicos son esenciales para los procesos de reivindicación colectiva, la lucha por la inclusión y la re-existencia frente a la discriminación histórica apela

también a nuevos anclajes y lenguajes, produciendo nuevas identidades y formas de movilización en tanto afrocolombianos, desterrados, excluidos, mujeres, estudiantes universitarios, desempleados, feligreses de una misma iglesia, jóvenes, desescolarizados, desconectados de los servicios públicos, etc.

- los *saberes otros* reconfiguran con su ejercicio el paisaje urbano, proponiendo formas de sobrevivencia que resisten a la espacialización del poder y la dominación. En este sentido, ciertas prácticas rurales se reproducen en la ciudad, como es el caso de la construcción en las empinadas laderas de la periferia urbana de palafitos propios de las culturas acuáticas y ribereñas, el caso de la siembra de plantas medicinales y su uso para el cuidado y atención de la salud familiar, o, el caso de los ritos fúnebres que se convierten en eventos “atractivos” y llamativos para los demás habitantes de la ciudad.
- se mantienen fiestas tradicionales de los territorios de origen, por ejemplo el San Pachito chocoano y otras fiestas que ponen en escena la diversidad afrocolombiana a través de delegaciones culturales y artísticas de distintas regiones del país.
- las estéticas juveniles, cuerpos, peinados e indumentarias, se transforman y configuran las modas urbanas entre las y los jóvenes afrocolombianos, irradiándose también a las y los jóvenes no afrocolombianos y convirtiéndose en una posibilidad económica.

Estos procesos son expresión de los movimientos permanentes que buscan superar la negación que hace el destierro de la condición humana y caracterizan la lucha por la re-existencia, interrogando los órdenes jerárquicos, la racialización de la geografía, la colonialidad del ser y la colonialidad del saber que han producido a los afrodescendientes como sujetos subalternos. Podemos inferir que estas formas contemporáneas de re-existir actualizan el pensamiento cimarrón que desde la época colonial hizo parte de la tradición de lucha de los pueblos afrodescendientes esclavizados, haciendo que hoy sea posible evidenciar una cotidianidad del destierro urbano que está plagada de resistencias a la muerte, pero también de pequeñas rebeliones ancladas en la cultura y los saberes propios que van produciendo un ser negro diferente, lo cual, siguiendo a Walsh, equivale a la construcción¹⁹ de “[...] maneras de re-existir, de re-vivir y re-sentir la diferencia y la nación de otro modo” (Walsh, 2007: 205).

En el caso de los jóvenes, muchos de ellos traídos como niños en la huída de sus familias y muchos otros nacidos en los lugares del destierro urbano, sus formas de experimentar la diferencia abogan por la comprensión de la co-existencia de unas identidades culturales y étnicas en plural, haciendo que las narrativas de autoreconocimiento trasciendan de los límites socioraciales producidos por la exclusión histórica, lo que, en otros términos, es una manera de re-existir y re-significar la identidad que desmonta la clausura del ser afrocolombiano en los marcadores fenotípicos -color de la piel, tipo de cabello, etc.-, involucrando otros elementos que tienen que ver con procesos de empoderamiento social y de producción de las subjetividades que hablan de un autoreconocimiento renovado. Es así como lo narran algunos de ellos:

“[...] ¿Qué me define a mí como sujeto afrocolombiano? Como sujeto tengo unas características fenotípicas pero que eso no me reduce, el que yo tenga un color de piel negra no me define como sujeto afrocolombiano, tengo que tener una cosmovisión, una forma de relacionarme con el mundo, porque los afrocolombianos pensamos de una manera diferente, nos relacionamos con la

¹⁹ Aunque prefiero llamarle la producción, entendiendo con esto que la re-existencia no se compone únicamente de elementos ideológicos sino que implica unas prácticas que materializan unas espacialidades concretas.

naturaleza y con el mundo, uno no puede caer en un reduccionismo de decir que una persona por su condición de color de piel es un sujeto afro [...] sabemos pues que por la situación del blanqueamiento, por la situación de marginación social, por la situación de exclusión social que viven ellos [los jóvenes] y que se alejan de eso que les es propio”

Joven afrocolombiano representante legal de una organización de base afrocolombiana local. Entrevista, 11 de diciembre de 2008.

“[...] Para designarnos como comunidad somos la comunidad afrodescendiente o afrocolombiana, que refleja ese antecedente histórico desde África, que nos pone de África y nos traslada a estas tierras. Somos afrocolombianos porque a pesar de que venimos de África, nosotros no tenemos la expectativa de que vamos a regresar a África. Nosotros somos procedentes de África, pero lo que hemos construido lo hemos hecho aquí en Colombia y lo hemos hecho en todas las partes en donde nos han llevado. Hemos construido aquí, por ello nos deben de reconocer como pertenecientes a los espacios en donde nos encontramos. Pero al referirse a la comunidad negra o a los niches o a los mores, realmente se le quita esa trascendencia que realmente se podría tener, porque al hablar del niche, el more o el negro se está hablando de ese fenómeno de la esclavización, en el cual se le quita la identidad y se homogeniza una comunidad. Entonces, precisamente con ese error de hablar de niche, de more, de toda esta clase de homónimos con que se ha designado a la etnia afrodescendiente es como se le quita esa identidad y se le homogeniza y se desconoce esa diversidad dentro de la diversidad”

Joven afrocolombiano, suplente en el Consejo Municipal de Juventud por Comunidades Negras. Entrevista, 13 de noviembre de 2008.

“[...] la población afro no es homogénea, es heterogénea y viene de diversos sectores, por lo menos en Medellín no es lo mismo hablar de la población de Nuevo Amanecer a hablar de la población de Robledo Palenque, no es lo mismo hablar de Robledo que hablar de la gente que se encuentra en el Popular 1 y no es lo mismo hablar de la gente de Moravia o del Oasis [...] son cosas que de entrada demarcan situaciones, vivencias, sueños, esperanzas y realidades distintas”

Funcionario Afrocolombiano Coordinador de la Casa de Integración Afrocolombiana, adscrita a la Secretaría de Cultura Ciudadana de la Alcaldía de Medellín. Entrevista, 11 de diciembre de 2008.

“[...] algo que ha sido mal entendido por el movimiento social afrocolombiano es el pensar que la cultura es estática y que ella no se transforma y que entonces lo que nos va a permitir la identidad es seguir cantando alabaos, es seguir digamos forzando una serie de prácticas, incluso traerlas a la ciudad, extrapolarlas del lugar donde ellas se presentan no tiene sentido [...] entonces lo que nos demuestra la realidad es que digamos los jóvenes afro hoy tienen unas prácticas totalmente diferentes, con muchos elementos de lo que sus padres y sus abuelos hacían en sus lugares ancestrales, pero que ellos han reconfigurado aquí en la ciudad con todos los elementos que la ciudad tiene y con todos los otros jóvenes con los que ellos se relacionan, por ejemplo el rap es una práctica que no se daba en territorios ancestrales, eso es urbano y eso es de los afro [...] la cultura no es estática eso se transforma cada día, tampoco es pura”

Funcionario por Comunidades Afrocolombianas de la Oficina de Asuntos Étnicos, Secretaría de Cultura Ciudadana, Alcaldía de Medellín. Entrevista, 10 de diciembre de 2008.

Todo esto nos deja entrever que los procesos de organización, lucha y reivindicación de los afrocolombianos habitantes de los espacios del destierro urbano se han complejizado, planteando

un importante reto político a la sociedad nacional y exigiendo de las políticas públicas nuevas formas de comprensión de sus identidades y territorialidades. Según la aguda reflexión de un funcionario público afrocolombiano en la Alcaldía de Medellín,

“[...] el problema de garantizar la participación y la inclusión de poblaciones étnicas no es un problema de peso demográfico, de cuantos sean, ni es un problema de hacer una caracterización melanínica de la población, sino que es un problema de una sociedad que está enferma, de una sociedad que históricamente se le ha metido en la cabeza que existen razas y que hay unas que son inferiores a otras y eso es un imaginario históricamente consolidado, entonces se puede encontrar resistencias con algunos funcionarios, incluso muchas empresas privadas cuando dicen que garantizar por decir un Plan de Acciones Afirmativas que eso es seguir excluyendo, un argumento muy cómodo, sacan argumentos por ejemplo de que excluidos somos todos o lo que tradicionalmente se dice, y es que las causas de la exclusión de la gente es culpa de la gente misma, entonces no les importa, no les cabe en la cabeza que se tenga que garantizar ciertas cosas para una población que históricamente ha sido excluida, hay muchos imaginarios de ese tipo en personas que ocupan cargos claves en diferentes escenarios de la ciudad”

Funcionario de la Oficina de Asuntos Étnicos, Secretaría de Cultura Ciudadana, Alcaldía de Medellín. Entrevista 10 de diciembre de 2008.

En la contemporaneidad de un mundo caracterizado por las diásporas, los flujos culturales transnacionales, los movimientos masivos de poblaciones desterradas, refugiadas y exiliadas, las identidades están siendo re-territorializadas de otras maneras y tanto los lugares como las identidades están cada vez más distantes de poseer significados fijos y absolutos (Gupta y Ferguson [1997] 2008; Barros, 2000; Massey, 2004). Refiriéndose a las ideas de territorio y territorialidad presentadas en el capítulo dos, es posible remitirse a las nociones o asuntos de identidad y pertenencia, alteridad y otredad, que constituyen sentidos territoriales propios y, a su vez, implican tensiones que fijan diferencias frente a los *otros* territorios y sujetos que los habitan. El significado de un territorio (y también de las identidades) se construye interna y también externamente, donde el territorio autoreconocido desde adentro, por *el nosotros*, es diferente de aquel que se reconoce desde el afuera, por *los otros*.

Las identidades, siempre en plural, son elementos centrales en la distinción entre grupos sociales y están en directa relación con las espacialidades en que se articula la vida social, lo que permite que emerjan rasgos particulares y distintivos entre diferentes poblaciones que comparten territorios específicos. Sin embargo, esto no es obstáculo para que operen las capacidades creativas, adaptativas y de negociación entre diferentes referentes culturales que dialogan en espacios como los asentamientos y los nuevos barrios de reubicación en Medellín. La(s) identidad(es), y no la identidad, no son algo estático, homogéneo y definido de una vez y para siempre, sino que por el contrario, son producto de reacomodaciones e hibridación constante, en este caso particular, entre referentes culturales que pueden provenir de espacialidades rurales, pero que viven procesos de reelaboración en la ciudad con las nuevas formas de vida urbana. A pesar de que el destierro acarrea la fractura de los sentidos de pertenencia colectivos e individuales configurados en los espacios donde se suceden las violencias, y que las dinámicas de construcción de las identidades culturales y de transmisión de los saberes propios se ven también vulnerados por la violencia y durante el prolongado y traumático proceso de atención y restablecimiento por parte del Estado, distintas formas de reconstrucción simbólica y material

desplegadas por los afrodescendientes desterrados en Medellín permiten apreciar las formas en que desde los *contraespacios de la re-existencia* se producen nuevas subjetividades e identidades culturales, sociales y étnicas en lo urbano.



Conclusiones

A pesar de la contundencia de la forma como el modelo capitalista de la economía globalizada produce espacialidades y seres marginales, relegados material y simbólicamente, otros elementos entran en juego para la comprensión de las distintas violencias que sufren grupos sociales particulares, abriendo otros caminos más allá de la omnipresencia explicativa de la acumulación capitalista como eje del ordenamiento jerárquico del mundo y la humanidad. En ese sentido, los postulados de distintos autores latinoamericanos que hacen parte del *programa* (Escobar, 2005) o *giro* de la *modernidad/colonialidad* (Castro-Gómez y Grosfoguel, 2007), ofrecen perspectivas de indagación sugerentes para repensar el *patrón de dominación moderno/colonial* atendiendo a otros procesos relacionados con subordinaciones epistémicas, culturales y humanas acontecidas durante más cinco siglos, y que en articulación con un novedoso campo de estudios socioespaciales, permiten una mejor comprensión de las lógicas *geopolíticas/biopolíticas/coloniales/espaciales* que convierten en *otro subalterno* al pueblo afrodescendiente. En ese sentido, retomo la idea acerca de que la “raza” ha sido durante siglos el criterio central para la clasificación y dominación de seres y espacios en el mundo. La violencia que encarna la *racialización* como marcación negativa en los *regímenes de representación* dominantes desde épocas de la colonización de América hasta nuestros días, continúa operando no sólo sobre los territorios y poblaciones considerados como *salvajes*, aquellos ubicados en la “periferia” de los centros del poder hegemónico, sino también entre los espacios y grupos sociales al interior de los centros urbanos del país. La ciudad como el lugar privilegiado de los dispositivos biopolíticos se organiza a través de la racialización y marginalización de ciertos lugares y grupos humanos, por lo cual no es difícil comprobar que por ejemplo los mercados de vivienda y empleo están fuertemente racializados, condenando a la concentración de grandes contingentes de personas, en este caso afrocolombianos, a permanecer segregados en las zonas más periféricas y olvidadas por el desarrollo urbano, así como a ocupar las labores peor remuneradas y sin garantías de seguridad social para el trabajador y su familia.

La segregación racial y la continua segregación espacial en proyectos de unidades habitacionales son interdependientes, y les subyace la distribución inequitativa de las oportunidades para ser ciudadanos libres en tanto individuos y colectividad étnica. En contravía de lo que parece proponer el “reconocimiento” de los derechos culturales y territoriales de los grupos étnicos desde la perspectiva de políticas multiculturalistas e “incluyentes”, no sólo las instituciones del Estado sino también la sociedad en general, así como los diferentes grupos armados, reproducen diferentes formas de racismo y producción de la diferencia colonial deshumanizando a mujeres y hombres afrodescendientes y convirtiendo sus territorios en espacios de relegación dispuestos para la usurpación. El racismo y la subalternización de personas y espacios en base a la idea de raza no son asuntos del pasado ya superados, son por el contrario formas constitutivas de nuestro *sentido común* como sociedad y están presentes en el lenguaje, los pensamientos y las prácticas individuales y colectivas. Es tan así, que en Colombia ya no sólo la pobreza está racializada sino que también lo está el destierro contemporáneo.

En un proceso paralelo a la movilización política de carácter nacional para lograr el reconocimiento de la diversidad cultural como eje constitutivo de la nacionalidad en Colombia hacia finales de los años ochenta y principios de la década de los noventa del siglo XX, la agudización del conflicto armado, los nuevos intereses del capital económico que propiciaron a su vez la emergencia de nuevos actores armados que entraron a disputar por medio de las balas y el terror el control y posesión de territorios, la expansión del narcotráfico a nuevas regiones del país, la desprotección gubernamental de los ciudadanos y sus derechos, convirtieron a las

comunidades afrocolombianas en el nuevo grupo étnico condenado al destierro y el aniquilamiento cultural, como lo han presentado distintos analistas y organizaciones para el caso de la región del Pacífico. No obstante, son escasos los estudios, investigadores y organizaciones que se han preocupado hasta ahora por dar cuenta de los efectos del terror y la violencia entre la población desterrada que huye y se instala en las urbes colombianas, así como de las territorialidades que produce y las formas de vida que le siguen ante la no posibilidad de retornar a los lugares de expulsión. Tampoco hay una documentación sistemática sobre estas dinámicas en otras regiones como el Chocó y el Urabá antioqueño donde las comunidades afrocolombianas vienen siendo expoliadas desde hace varios lustros.

Teniendo como contexto histórico la nueva inmigración de grandes proporciones de expoliados afrodescendientes a la ciudad, así como de los nuevos impactos del destierro intraurbano, podemos hablar de un tercer y trágico momento de poblamiento negro en Medellín desde mediados de los años ochenta hasta hoy, como también de la producción de nuevos espacios del destierro que responden a la urgencia de refugio y a la búsqueda desesperada de sobrevivencia física y material. Para entender la producción discontinua e interdependiente entre las espacialidades del destierro y las espacialidades de las re-existencias, analicé los *asentamientos* y los *barrios de reubicación* urbana como las modalidades contemporáneas de presencia afrocolombiana en la ciudad. Intento argumentar que además de continuar elaborando estudios sobre las territorialidades producidas por el destierro en los *lugares de expulsión* y acerca de las formas de resistencia de las comunidades *in situ*, especialmente en aquellas regiones en las cuales todavía no se desarrollan investigaciones significativas sobre estos asuntos, se hace urgente profundizar en el conocimiento de otras espacialidades y espacios producidos por la guerra donde continúan las personas con sus proyectos de vida, máxime cuando no hay posibilidades reales de un retorno seguro y con las plenas garantías de poder continuar con la vida sin el asedio del terror, la muerte y el hambre.

Plantear la producción de unas espacialidades del destierro como nuevas formas de configuración y ordenamiento de las vidas de las personas desterradas que se localizan en distintas escalas del campo y de la ciudad o al interior mismo de cada una de estas ubicaciones, permite comprender de manera integral como la violencia y sus múltiples dispositivos fracturan unas territorialidades ancestrales construidas por los sujetos ahora desterrados, mientras que sus efectos se dispersan produciendo nuevos espacios propios del terror y la victimización humana. Las espacialidades del destierro entendidas como las relaciones sociales, políticas y económicas que configuran las vidas de los sujetos desterrados se tornan concretas y contingentes cuando se materializan en formas espaciales como son los lugares de expulsión, los refugios, los asentamientos, las urbanizaciones de re-ubicación y los territorios de retorno, que se producen de forma incesante y simultánea en Colombia en diferentes escalas. El análisis particular de cada uno de estos lugares evidencia no sólo el inminente fracaso de las políticas y acciones de atención y reparación para las víctimas del conflicto armado, sino también las distintas formas de control y dominio contemporáneo que despliegan sobre las poblaciones y espacios, el capital, los grupos armados, el narcotráfico, los megaproyectos de desarrollo e infraestructura y las políticas de ordenamiento territorial urbano.

Los asentamientos se constituyen en las primeras formas materiales en que opera la *re-territorialización* (Oslender, 2006) entre los desterrados afrodescendientes en la ciudad. Como lo han presentado algunos estudios, Quinchía (2003), Villa (2004) y Jaramillo, Villa y Sánchez (2004), la estigmatización y nuevas formas de discriminación en tanto gente racializada y

desterrada han configurado las representaciones sociales de estos espacios y sus habitantes por parte de la sociedad receptora y las instancias del gobierno encargadas de la atención al desplazamiento, constituyéndose en obstáculos significativos para el ejercicio de una reterritorialización solidaria y pacífica de los afrodescendientes en la ciudad. Igualmente, el miedo al desalojo, la precariedad material para armar los ranchos, el hambre, las formas de sobrevivencia ante la presión de las bandas y el continuo enfrentamiento armado, el rechazo de las instituciones educativas a aceptar los niños y jóvenes desterrados en edad escolar, los problemas de salud, la falta de empleo digno e inmediato en una ciudad desconocida, el dilatado y tedioso proceso de inscripción en el Registro Único de Población Desplazada -RUPD-, y las promesas incumplidas acerca de las ayudas humanitarias, constituyen algunos elementos que en Medellín marcan el rumbo de la producción de territorialidades entre los afrodescendientes desterrados. No obstante, y así sea en medio de la más vulgar precariedad material, en los procesos de reterritorialidad también operan elementos simbólicos individuales y colectivos que imaginan una nueva vida en mejores condiciones, y que encuentran en el proyecto de transformar sus asentamientos en barrios reconocidos por la municipalidad y en la defensa de su propiedad en los nuevos proyectos de reubicación urbana, las formas de proyección de las resistencias y defensa contemporánea de los nuevos territorios producidos por los afrodescendientes fuera de los lugares de expulsión, lejos de los ríos y las selvas húmedas. Se lucha por la autonomía organizativa, porque los recursos destinados a las reubicaciones se inviertan en cumplir con todos los componentes que los proyectos financiados contemplaron, porque se cumplan sus derechos ciudadanos a la educación de los hijos, para que el reconocimiento a sus derechos culturales se haga real y deje de operar el racismo cotidiano e institucional, porque los actores armados respeten sus territorios y la vida en ellos. Esta lucha por otra vida significa también una lucha política por el espacio y marca el horizonte de la reterritorialización urbana de los afrodescendientes.

Las experiencias y memorias de los desterrados afrodescendientes, los impactos del terror sobre las maneras de producir territorios en la ciudad, las estrategias de resistencia y solidaridad que se activan frente a la marginación y el olvido, así como las formas en que se reconstruyen las identidades y culturas, no han sido atendidas por los estudios afrocolombianos o por los estudios sobre el destierro en el caso de la ciudad de Medellín. Por ello, mi trabajo ha buscado dar cuenta de la producción de *espacialidades del destierro* procurando un acercamiento tanto a las situaciones de *des/territorialización* experimentadas por los desplazados en la ciudad, como de aquellos otros procesos de *re/territorialización* que se traducen, en lo que apropiando los términos de Lefebvre y Oslender, podemos definir como *contraespacios de re-existencia* donde se reivindican y disputan los derechos a la vida, la cultura y la libertad. Entendiendo el espacio como una producción social donde median distintos actores y fuerzas, se puede asegurar que el destierro, la violencia y el terror producen múltiples espacialidades que condicionan la vida de sus habitantes, los desterrados y los confinados/emplazados, pero que estos a su vez también agencian su producción apropiándolo, confrontándolo y marcándolo de formas materiales y simbólicas. Espacio y sujetos se producen mutuamente.

En ese sentido, otra faceta de las espacialidades del destierro la ofrecen las luchas constantes que ante la violencia y coerción producen los desterrados, la rebelión en potencia que implican distintos actos y enunciados cotidianos que son toda una filigrana de esfuerzos para huir de la muerte, la injusticia social y la anulación como personas racializadas. Adecuando la propuesta del profesor Ulrich Oslender (2008) sobre la “espacialización de la resistencia” que despliegan los

afrocolombianos en diferentes lugares del Pacífico sur colombiano, para el caso de Medellín podemos hablar de unas *espacialidades de la re-existencia* donde a través de diferentes tácticas y estrategias contrahegemónicas los afrodescendientes desterrados defienden sus vidas, se procuran un techo donde guarecerse del frío y alimentar sus familias, produciendo unas territorialidades urbanas que encienden la esperanza de continuar con los proyectos de vida familiar y colectiva. Estos *contraespacios de la re-existencia* posibilitan reconstruir las memorias colectivas desarticuladas por el destierro y el racismo, y facilitan la producción de nuevas subjetividades como afrodescendientes urbanos, desterrados y en lucha por un territorio para vivir la diferencia en libertad. La potencia de la vida hace que desde la periferia de la exclusión sea posible narrar otras historias acerca del destierro, donde las alegrías, solidaridades y esperanzas de la gente son el eje de su fortaleza. En ese sentido, las relaciones entre las memorias colectivas dislocadas, los nuevos espacios urbanos habitados, los saberes que portan consigo los desterrados y las tradiciones culturales que se disponen como horizonte de sentido colectivo e individual, producen las *memorias desterradas* donde confluyen *las re-existencias*. La misma consolidación de los asentamientos, que en algunos casos y tras años de lucha de sus habitantes terminan siendo legalizados y reconocidos por la administración municipal como nuevos barrios pertenecientes a una comuna en particular, como ocurrió hace más de una década con el barrio Ocho de Marzo de la comuna 9 donde la presencia histórica afrocolombiana ha sido significativa en la vida comunitaria, la construcción inicial de los ranchos y su paulatino mejoramiento hacia viviendas de material y con acceso a servicios públicos en condiciones más adecuadas, las formas en que los conocimientos adquiridos antes de la expulsión se convierten en las vías para acceder al dinero para los gastos diarios, las redes familiares de apoyo que se irradian a otras formas de solidaridad comunitaria, la preservación de recetas gastronómicas, bailes típicos de las zonas de origen, las estéticas corporales, las ritualizaciones de la muerte y la vida, los nuevos saberes aprendidos en la interacción con la ciudad y otros actores sociales, son algunos de los elementos que configuran las *memorias desterradas* y permiten el reconocimiento de los afrodescendientes desterrados en Medellín.

Otro elemento fundamental en la producción de las memorias desterradas y las nuevas subjetividades urbanas, se refiere a que la lucha por el reconocimiento de los afrodescendientes no remite únicamente a su identificación como parte de un grupo étnico, sino que articula una reclamación desde una perspectiva más amplia de interculturalidad donde sea posible el *ser* como personas libres, la ciudadanía equitativa y no como de segunda clase, donde las oportunidades de desarrollo económico sean justas con todos y todas sin distinción y jerarquía alguna, y en la cual sus derechos en tanto sujetos desterrados se cumplan y la reparación no sea un sueño postergado. Es precisamente esta perspectiva de lucha humana la que entiendo como *re-existencias entre los afrodescendientes desterrados*, donde se articulan los saberes propios con el acervo cultural, social y simbólico que ofrece la ciudad y sus ciudadanos, produciendo un nuevo existir como afrocolombianos y afrocolombianas. Re-existir implica un re-nacer en condiciones que aunque no dejan de ser adversas, sí vincula otros flujos de vida e identificación individual y colectiva.

De otro lado, las implicaciones conceptuales de la categoría *espacialidades del destierro* son de tal profundidad que no pretenden ser resueltas completamente en éste trabajo, sino que permite plantear para el futuro nuevos estudios y análisis donde se aborden otras preguntas que por ahora solamente pueden enunciarse de manera general, entre las cuales están las siguientes: ¿Qué especificidades en la producción espacial de las relaciones sociales podríamos identificar si comparáramos otros asentamientos configurados en la ciudad que no necesariamente fueron

motivados por la huida de personas afro de la guerra armada, sino que tuvieron otro tipo de exclusiones sociales como el eje de su configuración (migración por razones económicas, por el interés de estudiar en la ciudad, porque los lugares de origen no brindaban las mínimas condiciones de vida para generar el bienestar familiar o individual)? ¿Cómo se manifiesta el espacio-tiempo de diferentes tipos de violencias o exclusiones sociales de las poblaciones negras en la configuración urbana de la sociedad? ¿En la producción de la espacialidades del destierro se conjugan diferentes tipos de discriminación relacionadas con la racialización histórica, con el destierro contemporáneo o con otras violencias dirigidas a hombres y mujeres diferencialmente? Nuevos estudios pueden tratar de indagar estas vulneraciones particulares y luego relacionarlas entre sí ampliando el espectro de las formas de producción de estos espacios y de las estrategias de re-existencia que permiten la vida en cada uno de ellos. En resumen, ¿es posible que se utilice el concepto de espacialidades del destierro para analizar otro tipo de configuraciones espaciales de las relaciones sociales que no necesariamente se relacionan con las violencias armadas o con la expulsión masivas de pueblos étnicos?

En términos de los estudios sobre desplazamiento forzado, la conceptualización de las espacialidades del destierro genera nuevos horizontes de sentido para interpretar el destierro y sus consecuencias en la larga duración. Los análisis por ejemplo de nuevos o antiguos asentamientos ya no podrán ser pensados en términos de sus relaciones o dinámicas internas, sino que deben ser interpretados a la luz de sus relaciones con otros lugares en diferentes escalas y en relación con otras temporalidades que marcan las vidas de los individuos y grupos desterrados. Los lugares de expulsión necesitan ser estudiados en mayor detalle produciendo etnografías in situ que permitan comprender las dinámicas socioespaciales que allí se generan, así como las conexiones que con otros lugares se mantienen para resistir las violencias, especialmente en zonas que han estado alejadas por diferentes razones de los intereses de la producción académica. Así mismo, los lugares del retorno deben ser indagados a profundidad para comprender de mejor forma las relaciones sociales y políticas que configuran las vidas de los retornados y las posibilidades reales de la reparación.

Esta tesis ha pretendido aportar nuevos elementos al debate político y académico acerca de temas urgentes en la agenda pública de atención al destierro y otras situaciones que atraviesan las vidas de mujeres y hombres afrodescendientes en Medellín, y también herramientas documentales para que las organizaciones de desterrados y las demás organizaciones de base afrocolombianas, cuenten con información que les permita fortalecer sus reclamaciones y la reconstrucción de las *memorias del destierro y la exclusión afrocolombiana*. Las organizaciones comunitarias que operan en los asentamientos y barrios, cuentan con nuevos elementos para continuar con la reconstrucción de la historia de su destierro, las formas de arribo y producción de nuevas territorialidades y las luchas diarias que han dado desde hace décadas para sobrevivir a la guerra y sobrellevar una vida marginal en Medellín, es decir, en la producción y sistematización de las memorias del destierro afrodescendiente, que además conlleva un proceso de resignificación positiva de una serie de saberes y prácticas propias que han sido subalternizados por la geopolítica del conocimiento y el racismo estructural imperante en la sociedad local. La visibilización de las memorias colectivas del destierro y las formas de re-existencia afrocolombianas, contribuye políticamente a la afirmación de las identidades individuales y colectivas en la ciudad, al reconocimiento de formas históricas de producción territorial y a la postulación de estrategias que conduzcan a la atención y reparación por el destierro, la inequidad territorial y el combate público del racismo y la marginalización. Igualmente, los espacios de

representación de la población desplazada en general y los representantes afrocolombianos desterrados cuentan con información cualitativa sobre las condiciones de vida de los desterrados étnicos en la ciudad, así como de otros elementos de carácter estructural que han moldeado los múltiples ejercicios de violencia contra ellos. El aporte a las políticas públicas de atención al destierro y de otros campos de la intervención estatal en beneficio de las comunidades afrocolombianas en Medellín, parte del reconocimiento e incorporación de sus saberes y experiencias tanto en la elaboración de un conocimiento sobre sí mismos como de las formas de producción socioespacial que deben fundamentar la planificación urbana y el desarrollo de proyectos de intervención sobre los territorios que habitan. El diálogo de saberes entre el pueblo afrocolombiano y los representantes y funcionarios de la administración, entre otros agentes sociales, contribuirá además a la producción de nuevas formas de representación no estereotipadas de los espacios que habita la población afrocolombiana y desterrada en la ciudad, aportando a la construcción de un proyecto de ciudad democrática e intercultural, incluyente e igualitaria donde la diferencia sea un valor positivo para la transformación de las injusticias sociales y las condiciones de vulnerabilidad que los sumen en la pobreza estructural.

El estudio de las formas de producción de las espacialidades del destierro permite un acercamiento detallado a las diferentes expresiones de injusticia social que configuran en el tiempo y el espacio a las personas en Colombia como *seres desterrados*. Nuevos proyectos de investigación deberán etnografiar y cartografiar socialmente los *lugares de expulsión, los refugios y las zonas de retorno* que en ésta tesis no se alcanzaron a abordar en profundidad para contar así con un mejor conocimiento tanto de las violencias e inequidades que atraviesan los desterrados por estos lugares, como para rastrear las estrategias de re-existencia que despliegan las víctimas para sobrellevar la muerte y generar contraespacios de vida y esperanza. Igualmente, se hace necesario reconstruir las memorias del destierro afrodescendiente entre las personas y colectivos que en su largo éxodo han atravesado por los cinco lugares del destierro que se proponen aquí, para acercarse a los *sentidos del destierro* que configuran las personas victimizadas, las distintas formas de violación de derechos humanos, étnicos, territoriales, así como a las experiencias de reparación y restitución que imaginan y proponen los propios *desterrados/condenados de la tierra* y sus organizaciones.

En ese sentido, producir las cartografías de las alianzas y solidaridades que pueden estar presentándose entre las organizaciones de afrocolombianos desterrados en la ciudad, las agencias de cooperación que atienden el destierro y las organizaciones afrocolombianas que resisten y luchan *in situ* en las espacialidades de expulsión, son herramientas fundamentales en la lucha que desde múltiples lugares se adelantan por la defensa de la vida y el territorio de los pueblos afrodescendientes. La etnografía del destierro y la re-existencia instaure caminos para la articulación entre organizaciones locales del campo y la ciudad, con aquellas otras que como AFRODES representa a nivel nacional los intereses y luchas de los desterrados afrocolombianos. Igualmente, y en la perspectiva planteada por autores como Oslender (2004), Escobar (2005) y Appadurai (2007), se necesitan nuevos conocimientos acerca de las redes e intercambios que puedan estarse generando a nivel global entre organizaciones de afrodescendientes desterrados o no desterrados, con otras organizaciones en el mundo que luchan por la transformación de las condiciones de pobreza y la reparación de derechos vulnerados entre grupos subalternizados globalmente. Se requieren estudios y cartografías que den cuenta de las nuevas dinámicas en las que las conexiones y solidaridades globales pueden disponerse al servicio de las luchas locales por la vida y el respeto para vivir la diferencia en libertad.

Comparto el planteamiento de las organizaciones afrocolombianas de población desterrada acerca de que el fin último de las políticas públicas de atención al desplazamiento debe ser el retorno de las comunidades a sus territorios colectivos y de origen contando para ello con plenas garantías de seguridad, dignidad y no repetición de las violencias sufridas, así como la garantía y cumplimiento del derecho a la restitución de los bienes y patrimonios usurpados, independientemente de que haya o no un pronto retorno de los desterrados (AFRODES, 2008: 35-37). Sin embargo, es importante plantear en base al trabajo de campo realizado entre desterrados en Medellín, el debate acerca de que las reparaciones y restituciones por el destierro puedan acontecer en los espacios urbanos y desde perspectivas diferenciales de carácter étnico, lo cual implicará ajustar no sólo los postulados de la Ley 70 de 1993 y los mismos entendimientos acerca de las “comunidades negras”, sino sobre todo acciones positivas ya existentes como el Plan de Acciones Afirmativas para Comunidades Afrocolombianas habitantes de Medellín, el cual no contempla acciones concretas en este campo de la intervención política, así como al Plan Integral Único para población desterrada que se encuentra en su fase final de elaboración en la ciudad. Antes que construir nuevas políticas públicas y directrices institucionales que generalmente no tienen aplicabilidad concreta, lo que se requiere con urgencia es voluntad estatal y destinación de dineros específicos para implementar programas y proyectos pilotos de reparación y restitución diferencial para las víctimas afrocolombianas en la ciudad. Desconocer que gran parte de los desterrados no pueden o no desean tampoco retornar a los lugares de donde fueron expulsados, y que tras años de lucha han podido medianamente rearmar sus vidas en las ciudades de recepción, significa no sólo la invisibilización de nuevas territorialidades y formas de producción de las subjetividades afrocolombianas, sino también negar la posibilidad de imaginar otras formas de reparación fuera del Pacífico colombiano.

La revisión crítica de las formas en que se han producido y se siguen produciendo las representaciones del espacio y la diferencia cultural afrocolombiana desde instancias y funcionarios del gobierno local, algunos representantes étnicos y organizaciones de base, sectores de la academia, los medios de comunicación y la sociedad en general, ampliará la posibilidad de reconocer las otras formas en que se construyen los referentes identitarios desde una afrodescendencia urbana y antioqueña plural, porque al tiempo que trascenderá los márgenes de participación social, cultural, política y económica impuestos por los mecanismos de estereotipia socioracial vigentes, permitirá reconocer también el legado afrodescendiente que atraviesa la supuesta homogeneidad cultural local, y que históricamente ha querido ocultarse a través del mestizaje. En ese sentido, la presencia histórica y contemporánea de poblaciones negras y afrodescendientes en Medellín no puede seguir siendo pensada como parte de un proceso cultural monolítico, sino por el contrario, como una serie de dinámicas sociales y culturales que se modifican en el tiempo y se materializan de diferentes maneras en los espacios que ellos habitan. Antes que ser un grupo socioracial y culturalmente uniforme, los afrodescendientes y las negritudes han construido identidades y territorialidades heterogéneas y son poseedores de una gran capacidad de adaptación y re-creación cultural.

Finalmente, es necesario dejar planteadas otras sendas de indagación que próximos estudios, investigadores, líderes, lideresas y comunidades podrán retomar y ampliar sobre aspectos de gran importancia para la vida de las personas afrocolombianas y desterradas en los contextos urbanos, avanzando en caminos que conduzcan a la reparación de los diferentes males e injusticias que atraviesan su existir como individuos y colectividades, propiciando el reconocimiento y valoración positiva de sus memorias, pensamientos, saberes y formas de ser, que proyectados al

conjunto de la sociedad, serán aportes valiosos para vivir una interculturalidad que propicie la convivencia y el goce efectivo de los derechos ciudadanos y étnicos en Medellín y otras ciudades del país. ¿Es posible que los afrodescendientes sean reparados por la invisibilización a la que han sido sometidos y las distintas violencias sufridas en Antioquia? ¿Es posible imaginar que los diferentes proyectos de reubicación urbana contemplen elementos culturales y/o que tengan en cuenta las formas familiares de carácter extenso que predominan entre los afrodescendientes desterrados, y así puedan contribuir a una reparación y atención *integral* que vaya más allá de proveerles un techo para que no los sepulte un derrumbe, garantizando espacios para el encuentro comunitario y para adelantar proyectos de agricultura urbana que garanticen la seguridad alimentaria y donde el hacinamiento deje de ser otra forma de violencia?, ¿Cómo garantizar la participación colectiva de la población afrodesterrada en los proyectos de restablecimiento urbano, en la adjudicación de subsidios de vivienda, en las propuestas de estabilización económica, entre otras, y no como individuos particulares que logran “beneficiarse” como ha ocurrido hasta ahora?, ¿Es posible imaginar que en el futuro puedan haber titulaciones de territorios colectivos en las ciudades como forma de restitución por los territorios a los que en el campo no pueden retornar los afrocolombianos?²⁰, ¿Las organizaciones de base afrocolombianas de la ciudad podrían asumir funciones similares a las que detentan los Consejos Comunitarios en el campo, en caso de lograrse una titulación colectiva urbana? La discusión de estos asuntos implicará ampliar los marcos de reconocimiento étnico afrocolombiano en la ciudad y las posibilidades de su inclusión en la sociedad, que por cierto, hasta el momento se han restringido al fortalecimiento de expresiones artísticas y folclóricas, desconociendo otras realidades y formas de cultura desplegadas en las ciudades.

²⁰ Imaginar otros caminos posibles para la reparación por el destierro en las ciudades implica aprender de y retomar de manera contextualizada, algunos ejemplos de luchas afrodescendientes en otros lugares en el mundo, como por ejemplo, la ocurrida durante el primer semestre de 2009 en Porto Alegre, Brasil, donde por primera vez el movimiento Quilombola alcanzó la titulación colectiva urbana de 6,5 mil metros cuadrados para las 70 personas que conforman la Asociación Quilombo de la Familia Silva, con el respectivo reconocimiento por parte del Instituto Nacional de Colonización y Reforma Agraria, INCRA. En: Periódico “oestado.com.br” que circula impreso en la ciudad de Sao Paulo. “País ganha primeiro quilombo urbano”. Domingo 12 de abril de 2009. Página A10. Véase en: http://www.estadao.com.br/estadaodehoje/20090412/not_imp353465.0.php

BIBLIOGRAFÍA

ACNUR, 2007. Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. Unidad de Servicios Comunitarios. El enfoque diferencial y el proceso de la Sentencia T-025 de 2004. Bogotá.

-----, 2005. Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. Enfoque diferencial étnico de Colombia. Estrategia de transversalización y protección de la diversidad. Población Indígena y Afrocolombiana. Bogotá.

AFRODES. Asociación de Afrocolombianos Desplazados. 2008. Política pública con enfoque diferencial para la población afrocolombiana en situaciones de desplazamiento forzado o confinamiento. Propuestas para la construcción. Bogotá. CNOA, Conferencia Nacional de Organizaciones Afrocolombianas; ORCONE, Organización de Comunidades Negras; ACNUR.

Agnew, John (2005). Geopolítica: una re-visión de la política mundial. Madrid. Trama.

Agudelo, Carlos. 2005. Retos del multiculturalismo en Colombia. Política y poblaciones negras. Medellín. La Carreta Social.

-----, 2001. "El Pacífico colombiano: de "remanso de paz" a escenario estratégico del conflicto armado". En: Cuadernos de Desarrollo Rural, No. 46. Bogotá. Universidad Javeriana.

Albán, Adolfo. 2008. "¿Interculturalidad sin decolonialidad?: colonialidades circulantes y prácticas de re-existencia". En: Villa y Grueso (compiladores). Diversidad, interculturalidad y construcción de ciudad. Bogotá. Universidad Pedagógica Nacional.

Álvarez, Víctor. 1979. La presencia negra en el mundo colonial de la región antioqueña. Cali. Ponencia en el II Congreso Nacional de Historia. Ponencia.

-----, 1998. Presencia del negro en la vida histórica de Antioquia. Ponencia.

Appelbaum, Nancy. 2007. Dos plazas y una nación: Raza y colonización en Riosucio, Caldas, 1846-1948. Bogotá. ICANH-Universidad de los Andes-Universidad del Rosario.

Arango, Germán y Montoya, Vladimir. 2008. "Territorios visuales del tiempo y la memoria. Exploraciones metodológicas en la vereda Mogotes, Buriticá, Antioquia". En: Boletín de Antropología, vol. 22, 39: 185-206. Medellín. Universidad de Antioquia.

Arboleda, Santiago. 2007. "Conocimientos ancestrales amenazados y destierro prorrogado: la encrucijada de los afrocolombianos". En: Mosquera y Barcelos (eds). Afro-reparaciones: Memorias de la Esclavitud y Justicia Reparativa para negros, afrocolombianos y raizales. Bogotá. CES-Universidad Nacional de Colombia.

-----, 2004. “Negándose a ser desplazados: afrocolombianos en Buenaventura”. En: Restrepo, Eduardo y Rojas, Axel (eds.). Conflicto e (in)visibilidad: retos de los estudios de la gente negra en Colombia. Popayán. Editorial Universidad del Cauca.

Arocha, Jaime y Moreno, Lina. 2007. “Andinocentrismo, salvajismo y afro-reparaciones”. En: Mosquera y Barcelos (eds.). Afro-reparaciones: memorias de la esclavitud y justicia reparativa para negros, afrocolombianos y raizales. Bogotá. CES-Universidad Nacional de Colombia.

Arocha, Jaime. 1998. “Etnia y guerra: relación ausente en los estudios sobre las violencias colombianas”. En: Arocha, Cubides, Jimeno (eds.). Las Violencias: inclusión creciente. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia-CES.

Arias, Julio. 2005. Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales. Bogotá. Ediciones Uniandes.

Barros, Claudia. 2000. “Reflexiones sobre la relación entre identidad y lugar”. En: Doc. Anál. Geogr. 37.

Bauman, Zygmunt. 2005. Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias. Barcelona. Paidós.

Castro-Gómez, Santiago y Grosfoguel, Ramón. Compiladores. 2007. El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global. Bogotá. Siglo del Hombre Editores, Universidad Central y Pontificia Universidad Javeriana.

Castro-Gómez, Santiago. 2005. La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816). Bogotá. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

CEC y CODHES. 2006. Conferencia Episcopal Colombiana y Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento. Desafíos para construir nación: el país ante el desplazamiento, el conflicto armado y la crisis humanitaria, 1995-2005. Bogotá.

Codazzi, Agustín. [1853] 1959. “Informe al Gobernador de la Provincia del Chocó”. En: Jeografía física i política de las provincias de la Nueva Granada, vol 4. Provincias de Córdoba, Cauca, Popayán, Pasto y Tuquerres, Bogotá. Banco de la República – Archivo de la Economía Nacional. pp. 323 – 330.

CODHES. 2010. Boletín informativo de la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento, CODHES. Bogotá, 76 de enero. En: <http://www.codhes.org> Consultado en enero de 2010.

-----, 2008. Boletín de prensa de la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento, CODHES. Bogotá, 5 de febrero, pp. 3. En: <http://www.codhes.org> Consultado en septiembre de 2008.

Córdoba, Ovidio. 2005. Entre las llamas y las cenizas. Medellín. Constructora MIV S.A.

DANE. Censo 2005. Sistema de Consulta REDATAM. En: <http://www.dane.gov.co/censo/> consultado el 4 de abril de 2009.

Delgado, Ovidio. 2006. Espacio y territorio en la geografía contemporánea. Bogotá. Departamento de Geografía, Universidad Nacional de Colombia (Mimeo).

Echavarría, Aldemar. 2005. La tierra que creamos: la transformación de la identidad y la relación étnica que establecen los desplazados chocoanos asentados en el barrio La Iguana. Trabajo de grado para optar al título de Periodista. Medellín. Universidad de Antioquia.

Escobar, Arturo. 2005. Más allá del Tercer Mundo. Globalización y Diferencia. Bogotá. ICANH - Universidad del Cauca.

Fabian, Johannes. 1983. Time and the Other: How anthropology makes his object. New York. Columbia University Press.

FENAVIP, Federación Nacional de Vivienda Popular. 2006. Diagnóstico rápido participativo del barrio Nuevo Amanecer. Medellín. Secretaría de Desarrollo Social - Municipio de Medellín.

Foucault, Michel. 1992. Microfísica del poder. España. Piqueta.

Friedemann, Nina S. de. 1984. “Estudios de negros en la antropología colombiana: presencia e invisibilidad”. En: Arocha y Friedemann (eds). Un siglo de investigación social: antropología en Colombia. Bogotá. Etno.

Garay, Luis Jorge; Barberi, Fernando; Ramírez, Clara; Misas, Juan Diego; Prada, Gladys. 2009. Comisión de seguimiento de las políticas públicas sobre el desplazamiento forzado: El desplazamiento forzado en el caso de la comunidad Afrocolombiana. Proceso Nacional de Verificación, décimo tercer informe. Bogotá.

García, Andrés. 2009. “Geografías racializadas: configuraciones espaciales de la exclusión étnica afrocolombiana en Medellín”. En: García y Aramburo (eds.). Universos socioespaciales. Procedencias y destinos. Medellín. Siglo del Hombre Editores e Instituto de Estudios Regionales -INER-, Universidad de Antioquia.

Gupta, Akhil y Ferguson, James. [1997] 2008. “Más allá de la cultura”: espacio, identidad y políticas de la diferencia”. En: Revista Antípoda. Julio – Diciembre. Bogotá. Universidad de los Andes.

Halbwachs, Maurice. 2004. La memoria colectiva. Zaragoza. Prensa Universitaria de Zaragoza.

Harvey, David. 2001. Spaces of capital: toward a critical geography. Nueva York. Routledge.

Jaramillo, Ana. 2007. “Urabá”. En: Migración Forzada de Colombianos. Colombia, Ecuador y Canadá. Medellín. Corporación REGIÓN.

Jaramillo, Ana, Villa, Martha, Sánchez, Amparo. 2004. Miedo y desplazamiento. Experiencias y percepciones. Medellín. Corporación REGIÓN.

Jiménez, Orián. 2002. “Esclavitud y minería en Antioquia”. En Mosquera, Pardo, Hoffmann (eds). 150 años de la abolición de la esclavización en Colombia. Desde la marginalidad a la construcción de la nación. Bogotá. Aguilar.

Lefebvre, Henry. 1991. The production of space. Oxford: Cambridge.

Massey, Doreen. 2004. “Lugar, identidad y geografía de la responsabilidad en un mundo en proceso de Globalización”. En: Revista Treballs de la Societat Catalana de Geografia, 57.

Meertens, Donny. 2002. Encrucijadas Urbanas. Población desplazada en Bogotá y Soacha: Una mirada diferenciada por género, edad y etnia. Bogotá. ACNUR.

Mejía, Lina. 2008. Capitalismo, cuerpo de mujer y persona: imaginarios colectivos en torno a las mujeres del barrio Nuevo Amanecer. Trabajo de grado para optar al título de Antropóloga. Medellín. Universidad de Antioquia.

Mignolo, Walter. 2003. Historias locales diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo. Madrid. Akal.

Montoya, Vladimir. 2009a. “La cartografía social como instrumento para otras geografías. Apuntes para un diálogo de saberes territoriales”. En: García y Aramburo (eds.). Universos socioespaciales. Procedencias y destinos. Medellín. Siglo del Hombre Editores e Instituto de Estudios Regionales -INER-, Universidad de Antioquia.

-----, 2009b. “Espacio e identidad. Sobre el sentido de lugar y la idea de la territorialidad”. En: Cátedra Abierta. Universidad, Cultura y Sociedad, No.1, pp. 79 – 91.

Mosquera, Claudia y Barcelos, Claudio (eds). 2007. Afro-reparaciones: Memorias de la Esclavitud y Justicia Reparativa para negros, afrocolombianos y raizales. Bogotá. CES - Universidad Nacional de Colombia.

Múnera, Alfonso. 2005. Fronteras imaginadas: la construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano. Bogotá. Planeta.

Naranjo, Gloria *et ál*, 2009. Caracterización del desplazamiento forzado y el desplazamiento forzado intraurbano, asociado al territorio, el conflicto, la población afectada, la institucionalidad y las políticas públicas. Medellín: 2000-2008. Monografías de 16 comunas y 5 corregimientos. Medellín. Universidad de Antioquia. Instituto de Estudios Políticos. [Informes de investigación].

Naranjo, Gloria. 2005. Desplazamiento forzado y reasentamiento involuntario. Estudio de caso: Medellín 1992-2004. Medellín. Universidad de Antioquia.

-----, 2004. “Ciudadanía y desplazamiento forzado en Colombia: una relación conflictiva interpretada desde la teoría del reconocimiento”. En: Revista Estudios Políticos, No. 25, junio-diciembre. Medellín. Universidad de Antioquia.

Oslender, Ulrich. 2008. Comunidades negras y el espacio en el Pacífico colombiano. Hacia un giro geográfico en el estudio de los movimientos sociales. Bogotá. ICANH.

-----, 2006. “Des-territorialización y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: La construcción de “geografías de terror”. En: Herrera y Piazzini (eds.). (Des) territorialidades y (No) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio. Medellín. Universidad de Antioquia. INER. La Carreta Social.

-----, 2004a. “Geografías de terror y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: conceptualizando el problema y buscando respuestas”. En: Eduardo Restrepo y Axel Rojas (eds.), Conflicto e (in)visibilidad: retos de los estudios de la gente negra en Colombia. Popayán. Editorial Universidad del Cauca.

-----, 2004b. “Construyendo contrapoderes a las nuevas guerras geo-económicas: caminos hacia una globalización de la resistencia”. En: Tabula Rasa, Revista de Humanidades, vol. 2. Bogotá.

Ospina, Paula y Zapata, Ani. 2005. Caracterización de los asentamientos nucleados de población en situación de desplazamiento forzado en la ciudad de Medellín. Una aproximación a la noción de asentamiento nucleado.1992-2004. Trabajo de grado para optar al título de trabajadoras sociales. Medellín. Universidad de Antioquia.

Palacio, Germán. 2007. Fiebre de tierra caliente: una historia ambiental de Colombia 1850-1930. Bogotá. ILSA.

Pardo, Mauricio, Mosquera, Claudia, Ramírez, María (eds.). 2004. Panorámica afrocolombiana. Estudios sociales en el Pacífico. Bogotá. ICANH-Universidad Nacional de Colombia.

Pardo, Mauricio. 2001. (editor). Acción colectiva, estado y etnicidad en el Pacífico colombiano. Bogotá. ICANH-COLCIENCIAS.

Patiño, Beatriz (1993). “Indios, negros y mestizos. La sociedad colonial y los conceptos sobre las castas”. En: Guerrero (comp.). “Ciencia, cultura y mentalidades en la historia de Colombia”, ponencia presentada en el VIII Congreso de Historia Colombiana, realizado en Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander.

Personería de Medellín. 2009. Informe ejecutivo de derechos humanos 2009. Medellín.

Quijano, Aníbal. 2000a. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En: Lander (comp.). La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas. Argentina. CLACSO.

Quijano, Aníbal. 2000b. ¡Qué tal raza! Disponible en Agencia Latinoamericana de Información, ALAI: <http://alainet.org/active/929> Consultado en julio de 2009.

Quinchía, Suly. 2003. territorios e identidades negras en contexto de conflicto. Una aproximación desde el desplazamiento forzado. Trabajo de grado para optar al título de antropóloga. Medellín. Universidad de Antioquia.

Restrepo, Eduardo. 2007. “Negros indolentes” en las plumas de corógrafos: raza y progreso en el occidente de la Nueva Granada de mediados del siglo XIX”. En: Revista Nómadas. Bogotá. Universidad Central. No. 27, abril.

Restrepo, Eduardo y Rojas, Axel (eds.). 2004. Conflicto e (in)visibilidad: retos de los estudios de la gente negra en Colombia. Popayán. Editorial Universidad del Cauca.

Riaño, Pilar. 2006. “Geografías del desplazamiento, territorialidades y movilidades urbanas”. En: Herrera y Piazzini (eds.). (Des) territorialidades y (No) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio. Medellín. Universidad de Antioquia. INER. La Carreta Social.

Rojas, Cristina. 2001. Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX. Bogotá. Norma.

Rodríguez, César, Sierra, Tatiana y Cavalier, Isabel. 2008. El derecho a no ser discriminado: primer informe sobre discriminación racial y derechos humanos de la población afrocolombiana (versión resumida). Bogotá. Universidad de los Andes – CIJUS.

Rojas, Duberney. 2002. Vallejuelos: ¿Para llorar, o para admirar? Trabajo de grado para optar al título de sociólogo. Medellín. Universidad de Antioquia.

Roldan, Mary. 2003. A sangre y fuego. La violencia en Antioquia, Colombia 1946-1953. Bogotá. ICANH.

Rosero, Carlos. 2002. “Los afrodescendientes y el conflicto armado en Colombia: la insistencia en lo propio como alternativa”. En: Claudia Mosquera, Mauricio Pardo y Odile Hoffmann (eds.). Afrodescendientes en las Américas: trayectorias sociales e identitarias. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia-ICANH-IRD-ILAS.

Samper, José María (1861). “Naturaleza y distribución de las razas granadinas”. En: Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispano-americanas). París, s.e.

Sánchez, Amparo. 2007. “Medellín y el Desplazamiento Forzado”. En: Migración forzada de colombianos. Colombia, Ecuador y Canadá. Medellín. Corporación REGIÓN.

Serje, Margarita. 2005. El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie. Bogotá. Universidad de los Andes.

Steiner, Claudia. 2000. Imaginación y poder. El encuentro del interior con la costa en Urabá, 1990-1960. Medellín. Universidad de Antioquia.

Uribe, María Teresa. 2000. Desplazamiento forzado en Antioquia, Valle de Aburrá. Instituto de Estudios Políticos. Medellín. Universidad de Antioquia.

-----, 1990. "La territorialidad de los conflictos y de la violencia en Antioquia". En: Realidad social 1. Agosto 1989 – Agosto 1990. Gobernación de Antioquia. Medellín. Editora Nacional de Colombia.

Villa, Martha. 2004. "La percepción de los desplazados. Un asunto de política pública". En: Revista Foro, No. 51. Bogotá.

Villegas, Lucely. 1990. Mazamorreo y población negra libre en Antioquia 1770-1820. Boletín de Antropología. 7 (23). Medellín. Universidad de Antioquia.

Wacquant, Loic. 2001. Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del nuevo milenio. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

Wade, Peter. 1997. Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia. Bogotá. Ediciones UNIANDES.

Wade, Peter. 1987. "Raza y ciudad: los chocoanos en Medellín". En: Revista Antioqueña de Desarrollo Económico. (23): 35-46. Medellín.

Walsh, Catherine. 2007. Lo afro en América andina: reflexiones en torno a luchas actuales de (in)visibilidad, re-existencia y pensamiento. *The Journal of Latin America and Caribbean Anthropology*, vol. 12 (1): 200-212.

Wouters, Mieke. 2001. "Derechos étnicos bajo fuego: el movimiento campesino negro frente a la presión de grupos armados en el Chocó". En: Pardo (editor). Acción colectiva, estado y etnicidad en el Pacífico colombiano. Bogotá. ICAHN-COLCIENCIAS.

Yépez, Alejandro. 2006. Nativos del presente: nuevas sensibilidades en jóvenes de un contexto semi-urbano. Trabajo de grado para optar al título de Antropólogo. Medellín. Universidad de Antioquia.

Yépez, Jorge. 1984. Aspectos históricos y socioculturales de un palenque urbano. Trabajo de grado para optar al título de Antropólogo. Medellín. Universidad de Antioquia.

Artículos de prensa y revistas

Afroamérica. 2004. "Drogas, conflicto armado y afrodescendientes. ¿Hacia dónde vamos?". Bogotá, año 1, Nos. 2 y 3.

-----, 2004. “Reparaciones para el pueblo afro. ¿En qué va la discusión?”. Bogotá, año 2, No. 4.

-----, 2006. “La política pública afro y el Plan de Acciones Afirmativas en Bogotá: Una experiencia para imitar”. Bogotá, año 3, No. 5.

El Colombiano. 1996/08/01. Empieza negociación con desplazados. P.5^a

-----, 1996 /08/21. Ordenan desalojo de desplazados de Belencito. P.4C

-----, 1997/04/05. Desplazados se toman cerro de Calasanz. P. 6B

-----, 2003/07/07. Compromisos con Iguaná y Mano de Dios. P.11^a

-----, 2003/08/04. La Mano de Dios se irá para Bello. P.10^a

-----, 2003/08/29. La Mano de Dios aún espera. P.10^a

-----, 2003/09/09. En torres renace Vallejuelos. P.8^a.

-----, 2007/03/08. Las casas de cartón. P.4^a

El Espectador. 1998/05/06. Peligran barrios de invasión en Medellín. P.10^a

El Mundo. 1995/05/19. Solución a medias. P12

-----, 1997/04/08. Desplazados del barrio. P. 5

-----, 2002/07/26. Desplazamiento en Medellín. P.13

-----, 2007/04/04. Nostalgias y olvidos en Urabá. P4

De la urbe. 2008. “Escampaderos” de interés social”. Medellín: Universidad de Antioquia. Junio, pgs. 4 y 5.

Webgrafía

http://www.accionsocial.gov.co/documentos/Ley_387_de_1997.pdf